

Alfonso Reyes

TRAYECTORIA DE GOETHE



BREVIARIOS

BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

100

Alfonso Reyes

Trayectoria de Goethe



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1954

Cuarta reimpresión, 2014

Primera edición electrónica, 2014

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 1954, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2399-7 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

Acuérdate de vivir

Wilhelm Meister, VIII, 5.

INTRODUCCIÓN

El año de 1932 se conmemoraba el centenario de la muerte de Goethe. Respondí entonces al llamado de la revista Sur (Buenos Aires), y envié unas páginas algo improvisadas, en mi afán de no faltar a la cita. Como entonces lo declaré, “por una vez, acudí al toque de asamblea con el dormán todavía desabrochado y el lazo suelto”. En 1949, se ofreció la celebración del segundo centenario natalicio del poeta, y quise entonces ordenar aquellas viejas cuartillas. Han vuelto al telar, en efecto, pero aún no he logrado darles estabilidad y coherencia; antes han crecido por todas partes, verdadera rosa de los vientos. Algún día se publicarán como una colección de estudios goethianos. Entre tanto, no quisiera verlas nunca reproducidas bajo la misma forma en que aparecieron, aun-que en ellas conste mucho de lo que pienso y siento sobre el autor del Fausto.

Mientras veía crecer mi ensayo original, y crecer en libro abultado, sentí la necesidad de trazar un derrotero a fin de no perderme en el bosque. De mis apuntes fue saliendo el presente breviarío: instrumento para trabajos venideros o de futura aparición, que tal vez preste por sí mismo alguna utilidad a quien no pueda despojar todos los documentos que he manejado, los libros mismos de Goethe, sus numerosas “correspondencias” y “conversaciones”, los abundantes comentarios sobre su obra y su vida, cuya referencia bibliográfica resultaría aquí embarazosa y desvirtuaría mi intención.

No presento, pues, una obra de crítica literaria, ni tampoco una biografía más de Goethe, sino que recorro la frontera entre las dos zonas, recogiendo los principales hechos de aquella vida, hasta donde ayudan a apreciar la evolución. de aquella mente, y alterno la narración de los episodios esenciales con breves reflexiones que marquen las sucesivas etapas. En esta tortuosa jornada hacia la sabiduría, nos interesan las circunstancias externas que se ofrecieron a Goethe y que él supo aprovechar — incorporándolas y dándoles sentido moral— así como las conquistas voluntarias de su conducta que él impuso a su medio.

*Los intérpretes extremos nos dan un Goethe abstracto y, a veces, estático. Los biógrafos extremos, un ser vivo, sí, pero que lo mismo pudo no ser Goethe. La verdad está en el medio aristotélico. Hay que conciliar los dos métodos para mejor apreciar la sensibilidad de Goethe y su contemplación del mundo, siempre en desarrollo, tendidas sobre los sucesos de su existencia. Pero sin rigor ni sistema, que sería absurdo; pues no sin razón Groethuysen hace decir a Goethe: “Yo soy el que cambia”.**

Es tan íntima la relación entre la vida de Goethe, su pensamiento y su obra, que no se lo puede entender sin recordar los principales accidentes de su viaje terrestre. Algunos han fingido —como hipótesis o, mejor, metáfora explicativa— que Goethe, antes de nacer, se hubiera trazado un programa; han fingido un Goethe por dentro, que luego había de volcarse afuera, un jinete anterior a la cabalgadura. El peligro de este supuesto es que fácilmente para en condenar a Goethe, por falla ante el destino, en vista de un plan hechizo y seguramente arbitrario. La objeción que de aquí resulta se reduce a inculpar a Goethe, por ejemplo, porque no siguió escribiendo el Werther, sino el Fausto, a lo largo de su dilatado existir; en suma, porque superó el subjetivismo enfermizo de la adolescencia, y se fue aliviando y serenando gradualmente en una concepción mucho más objetiva y generosa del mundo, donde ya su poesía, a la vez que se encamina a la cumbre clásica, abarca los intereses sociales, la acción y la ciencia. Ya nada humano le es ajeno, como en la palabra de Menandro que repitió Terencio. De aquí esa aceptación panteísta que conmovía y admiraba a Nietzsche, aunque era hombre de naturaleza tan distinta.

Ahora bien, este inmenso y heroico ensanche ¿puede significar una quiebra de la vocación, aun cuando sacrifique de paso algunas graciosas blanduras juveniles? Y, además, ¿con qué imagen irreal, con qué misterioso espejo estamos enfrentando a Goethe? ¿No se nos ha dicho por ahí, y aun adelantándose, si he leído bien, a ciertos autores alemanes hoy muy recibidos, que el hombre no tiene naturaleza sino historia? Tal vez el propio Goethe haya provocado estos desvíos: hay en él su poco de desafío a los dioses y “fabulación a posteriori”, hybris que se paga siempre, tarde o temprano. Tal vez no sea posible dar cuentas tan estrechas de la conducta humana, ni menos pedir las. Goethe era un poeta de la experiencia inmediata —Leben-sdichter—, y en la experiencia inmediata hay que buscarlo, dejando que la armonía final se recomponga sola. Si pecó por algo fue por querer apreciarlo todo al alcance de los sentidos, negándose a la mano oscura de la matemática o a las abstracciones filosóficas; pues, caso único de alemán, y poeta al fin, nunca quiso pensar en el pensamiento, sino sólo en las cosas. Para estimar con justicia a Goethe no hay más medio que ver acontecer a Goethe, aplicando aquí la regla que él mismo daba sobre el encaminamiento de los estudios naturales, regla inspirada en una sentencia de Turpin, botánico normando: “Ver acontecer las cosas es el mejor modo de explicárselas”.

La vida de Goethe puede reducirse en cuatro etapas:

I. La primera va desde su nacimiento hasta sus veinticinco años: infancia, estudios, Universidad, experiencias sentimentales. Su escenario general es Fráncfort, cortado por las residencias en Leipzig, Estrasburgo, Darmstadt, Wetzlar, un primer viaje a Suiza, etc. Domina el “estado mercurial”, cuya expresión suma es el Werther.

II. La segunda etapa ocupa de los veintiséis a los treinta y seis años: los diez años de Weimar, cortados por pequeñas excursiones a Ilmenau, Berka, el Harz y, sobre todo, el segundo viaje a Suiza. Aquella juventud tenaz se encamina trabajosamente a la madurez, sometida al afinamiento de tres influencias:

- a) *El servicio público o deber social;*
- b) *el estudio metódico de la ciencia: interés por la naturaleza de un orden ya no puramente sentimental;*
- c) *finalmente, la lenta educación o remodelación bajo el amoroso cuidado de Carlota de Stein.*

De todo lo cual resulta un gradual corregimiento del romanticismo desorbitado. (Pues ya es propio llamarle desde entonces “romanticismo”. Otros dicen “prerromanticismo”, por mero escrúpulo académico.)

III. La tercera etapa es el viaje a Italia, de los treinta y siete a los treinta y nueve años. Se acelera la maduración de Goethe y se definen sus ideales clásicos.

IV. La cuarta etapa se extiende hasta su muerte, a los ochenta y tres años, y es el Weimar definitivo; permanencia interrumpida por las experiencias guerreras de la expedición a Francia, el sitio de Maguncia, etc., y más tarde, por las frecuentes vacaciones en los balnearios a la moda. Cuando se dice “Weimar”, debe entenderse “Weimar-Jena”, verdadero campo de operaciones de Goethe. Esta cuarta etapa se desarrolla en tres capítulos sucesivos:

a) El primero, a raíz del retorno de Italia a Weimar, es el momentáneo retraimiento de Goethe, su nido de amor con Cristiana Vulpius, y corre de los treinta y nueve a los cuarenta y cinco.

b) El segundo capítulo es la plena conjunción con Schiller, en que éste aprende y Goethe se rejuvenece, y abraza de los cuarenta y cinco a los cincuenta y seis; es decir, hasta la muerte de Schiller en 1805.

c) El tercer capítulo es la soledad definitiva —por cuya penumbra pasa, como raudo temblor de luz, la imagen de ese “Euforión” que fue Byron—, de los cincuenta y seis años hasta la muerte de Goethe: soledad de monumento público, visitado por la admiración y la curiosidad universales, en su alto mirador de Weimar.

A. R.

México, 12-IV-1954.

* *La Nouvelle Revue Française*, 1-III-1932.

I

LAS JORNADAS HEROICAS

1749-1775

1. EL PRIMER FRÁNCFORT

28-VIII-1749 a 29-IX-1765

Durante los primeros años, se diría que su madre fue el sol; su padre, la sombra. Ella daba los premios, él imponía los castigos. Ella cultivaba su amor a la naturaleza y avivaba su imaginación con aquellos cuentos que, como los de Jerezarda, no tenían fin. Acaso Goethe, en *Poesía y realidad*, ha exagerado los rasgos adustos del carácter paterno. Mucho habría que decir en favor del consejero imperial Juan Gaspar Goethe, quien se desvivía —aunque con cierta dureza— por educarlo en las humanidades, las artes, los deportes, y le procuró los mejores maestros que había a la mano.

En su afición a los títeres, bulle el germen del futuro *Fausto*; en el trato con sus hermanos, la preocupación pedagógica; en el difícil roce con los compañeritos de escuela, el sentimiento de que él es cosa diferente; en su contacto con el mundo que lo rodea —la gente, las calles—, el horror a la fealdad bajo todas sus formas. Cuando, en la vejez, recuerda las quemaduras de libros prohibidos que le tocó presenciar, exclama: “Hay algo espantoso en este castigo de objetos inanimados” (*Poesía y realidad*, I). El terremoto de Lisboa —que inspiró el *Cándido* de Voltaire— le sugiere amargas reflexiones sobre los desviados caminos del Señor. Los cuatro años de ocupación francesa —desfile de títulos y uniformes, cuadro de asunto libertino— lo divierten como un gran espectáculo. Y aunque su padre no pudo tragar a su huésped de guerra, el conde de Thorane-en-Provence, este tardío representante del cinismo setecentista es para él un maestro de amenidades. La escena francesa le trae un pregusto de las bambalinas, larva del *Meister*. Quiere hacer teatro y pergeña un drama mitológico.

Primera amenaza: precoz idilio amoroso con la Gretchen de Fráncfort, una muchacha obrera rodeada de chicos de mal vivir, a quienes el niño Goethe frecuenta algún tiempo atraído o retenido por ella. Les escribe versos, los acompaña a las cervecerías. Escapa de noche con ayuda de una llave falsa, o a pretexto de participar en los preparativos para las fiestas imperiales. Los chicos resultaron unos falsarios y fueron a dar a la cárcel. El mismo Goethe, con ser nieto del Burgomaestre, figuraba en la lista. Gretchen alejó de él

toda sospecha, declarando en el proceso que siempre lo había considerado como a un hermanito menor. El escándalo y el amor propio ofendido lo salvaron. No sin sufrimiento, no sin crisis. Buscó alivios en la naturaleza, el caballo, las armas, la flauta y el clavecino. La “muchacha de Fráncfort” prestará más tarde algunos perfiles a la figura de “Margarita” y acaso a la “Clara” del *Egmont*.

Este incidente ocasionó que el jovencito (andaba Goethe en los catorce) no fuera aceptado en la Filandria o Sociedad Arcadiana de Fráncfort, especie de liga de la virtud recién fundada. Fue una suerte. Diez años más tarde, la Filandria, transformada en logia, solicitará el honor de contar entre los suyos al autor del *Werther*. Entonces será él quien la rechace. Las cartas en que solicitaba su ingreso nos dan su primer autorretrato: temperamento impaciente —confiesa—, tan vulnerable a la ofensa como pronto al perdón. Y añade: “Tengo mucho de camaleón”, variabilidad increíble que aún le tomaba a mala parte, en 1766, Horn, un amigo de la infancia, y que diez años después, en Weimar, deleitaba todavía al poeta Wieland. En su poema de Leipzig *Die Freuden*, en el *Goetz*, lo persigue la metáfora del camaleón; y en sus *Xenias*, habla de anonadar a los adversarios con su naturaleza de Proteo.

Entre sus primeros maestros —ninguno de los cuales ve con gusto sus inclinaciones poéticas— hay tres que pertenecen ya al orden mefistofélico: el director Albrecht, hebraizante lucianesco y sardónico, especie de Esopo protestante, que lo inició en la crítica bíblica, más que por sus comentarios, por sus reticencias y sus sonrisas; el fantástico aristócrata Reineck, arruinado y ensombrecido, que destilaba pesimismo en sus enseñanzas de historia universal y política, y el consejero de corte Hüsgen, jurista sin plaza a causa de su calvinismo, tuerto de viruela y gesticulante, que en todo descubría deficiencias, incluso en Dios.

Aunque la fúnebre casa familiar había sido mejorada a la muerte de la abuelita, a Goethe se le caía encima; lo mismo la ciudad de Fráncfort. Cuando su padre lo envió a Leipzig, poco antes de los dieciséis, tomó la silla de postas sin una lágrima: escapaba a la dura férula, rumbo a la libertad y a la vida.

2. LEIPZIG

Octubre de 1765-agosto de 1768

En Leipzig aprendió muchas cosas —no lo que llevaba encargo de aprender—; ensanchó notablemente sus horizontes; aun entró en la escuela del mundo, si bien con aturdimiento y a testerazos: Mesón de la Bola de Fuego, Facultad de Derecho frecuentada con desgano, buena mesa y alegre vida (“alegre” es un decir), comedia, acceso de dandismo y pedantería... Escribió, quemó sus manuscritos, volvió a escribir. A pesar de los consejos del buen preceptor Oeser, no encontraba el camino; el pretendido maestro Gottsched —este doctor Johnson estereotipado— no logró infundirle el menor respeto, y

el virtuoso fabulista Gellert lo desalentaba y entristecía. Reaccionó de nuevo en busca de la naturaleza.

Entre tanto, y de una en otra aventurilla, se enamora perdidamente de Kätchen, dulce Catalina del pueblo. El sentimiento, manso al principio, se fue encabritando con los celos; y cuando ya el muy atolondrado ofrecía a la hija del posadero su mano y su fortuna, ella tuvo la cordura de no rechazar al abogado Kanne, con quien se desposaría poco después. Goethe, que aún no cumplía los veinte, se exasperó y se consoló a su manera. Comprendió que nuevamente se había salvado: “¡Oh amigo Behrisch! —escribía a este otro personaje mefistofélico, preceptor del joven conde de Lindenau y que ejerció sobre Goethe una influencia mezclada de bien y mal—. He vuelto a la vida..., satisfecho como Hércules después de su tarea..., aunque he pasado días terribles... Comenzamos por el amor y acabamos por la amistad”.¹

Y si no llegó a entretejer otros lazos con Federica, la hija de Oeser, su maestro de dibujo, fue porque ésta supo mantenerse a la prudente distancia de las confidencias y los consuelos, y aceptar con una mezcla de buen humor y bondad sus suspiros de amante abandonado, sus reflexiones alambicadas y bobas de moralista barbiponiente, que a la sazón oscilaba entre el epicureísmo de la *Inconstancia* y la resignada melancolía de *La Mariposa* o la *Oda a Venus*.

Los desórdenes y excesos por una parte, y por otra la influencia de Rousseau traducida en extravagancias “naturistas”, provocaron al fin la hemorragia que estuvo a punto de matarlo.

Han querido hacerlo abogado. Él se sabe poeta. Regresa a Fráncfort sin haberse decidido a pasar un solo examen, después de seis semestres, y con el cuerpo muy quebrantado.

3. EL SEGUNDO FRÁNCFORT

Agosto de 1768-marzo de 1770

La religión lo había preocupado desde los albores de su conciencia. En la primera época de Fráncfort, le había interesado de preferencia el Antiguo Testamento, porque lo hartaba el abuso de lugares comunes del Nuevo Testamento en los sermones pastorales. Durante la enfermedad de Leipzig —por persuasión de Langer, nuevo preceptor de Lindenau—, y durante su convalecencia en Fráncfort —por persuasión de la señorita Klettenberg, la “Noble Alma” del *Meister*, que durante su ausencia había adquirido mucho ascendiente sobre su madre—, se refugiaba en el Nuevo Testamento.

Pero siempre se resistió a las Iglesias definidas. Ni el protestantismo y sus sectas, ni el catolicismo romano lo saciaban, aunque reconocía en éste una coherencia mayor. Su instinto lo arrastraba hacia el panteísmo. Siendo aún muy niño, había pretendido comunicarse directamente con su Jehová, instituyendo un culto singular y solitario en las

bohardillas, lo que estuvo a punto de echar a perder un pupitre musical de laca roja que le servía de ara. En Leipzig, lejos de la vigilancia paterna, abandonó todo cumplimiento para su iglesia. Y vuelto ahora a Fráncfort, insistió en su sueño de fabricarse una religión a su gusto: la magia, la teosofía y la alquimia —prenuncios del *Fausto*, influencias del misterioso doctor Metz que entonces lo atendía— se enredaba con la Trinidad, con Lucifer y con su panteísmo espontáneo, gobernado todo por un afán de síntesis entre las diversas creencias, conforme al principio de que la Creación es una restitución, una reparación contra el Mal, un retomo a la divina fuente.

Estas tentaciones personales evitaron que se sumergiera de lleno en el pietismo de los Hermanos Moravos, a cuyo Sínodo de Marienborn asistió en 1769. Ellos nunca lo dejaron acercarse mucho, sospechando en él un herético pelagiano.

La recuperación de la salud aleja estas extravagancias místicas. Los veinte meses del segundo Fráncfort, meses de un sedentario que se rehace en la reclusión, se han considerado como un intermedio sentimental y una lenta expulsión del racionalismo de Leipzig. Sigue describiéndose como un camaleón —si bien con otras palabras— a Federica Oeser: “Ya irritable como criatura en la dentición, ya tímido como mercader entre acreedores, ya mudo como un hipocondriaco, ya intachable como un menonita, o sumiso como un cordero, o alegre como un enamorado”.² Choca un poco con su padre, y un mucho con la mojigatería de las muchachas de su tierra. Comienza a rebullir en su alma el anhelo de la revolución estética. Otra vez quema sus papeles. Cuando, en la primavera de 1770, lo envían a continuar sus estudios a Estrasburgo, vuelve a abrírsele la perspectiva de la emancipación.

4. ESTRASBURGO

Abril de 1770-agosto de 1771

Recién llegado a Estrasburgo, presencia el paso de la archiduquesa de Austria, María Antonieta, que va a unirse con el Delfín de Francia, y le parece de muy mal gusto que, en esta ocasión nupcial, hayan colgado el Palacio del Wörd con tapices de Beauvais donde se representa la triste historia de Jasón y Medea. Se instala junto al Mercado de la Pescadería y come en la pensión de la señorita Lauth, cuya mesa de estudiantes preside el escribano Salzmann, solterón simpático que iba para los cincuenta y le ayudó mucho a entender aquel mundo desconocido.

Hasta aquí parece que lo han empujado las fuerzas exteriores. Ha sido todavía un niño. En Estrasburgo comienza el desperezo, la lucha voluntaria contra el obstáculo. Ella se anuncia por los esfuerzos de autoeducación. Adopta resueltamente el deber de concluir sus estudios jurídicos, “cerveza de Merseburgo que repugna al principio, y a los ocho días se vuelve indispensable”; frecuenta cursos y salas de medicina para emanciparse del miedo morbosos a los espectáculos repugnantes; se corrige de la

intolerancia al ruido, acompañando, tarde a tarde, la retreta de tambores y antorchas; del vértigo, trepando a la flecha de la Catedral; de los pavores indefinidos, visitando por la noche los cementerios. ¡Éste era aquel que, a los tres años, aullaba de cólera si le acercaban un niño feo, y que en sus paseos de escolar huía de las calles desagradables!

Nuevas corrientes habían transitado por su alma. La Catedral le había enseñado la exaltación, la lógica y la biología del gótico, curándolo de las sequedades de Oeser —cuyas ideas, sin embargo, parece que superaban a sus cuadros—, y alejándolo de las gracias algo endebles de Wieland, que antes pudieron seducirlo. Shakespeare y Ossian, a quienes admiraba algo lejanamente desde los días de Leipzig, han entrado al fin en su corazón. Acaban de descubrirse las viejas baladas escocesas. Federica Brion le canta las tonadas de Alsacia. En este nuevo acento, como lo pensó su época, cree escuchar por primera vez la auténtica voz de la naturaleza. Rousseau sigue hablándole al oído. En la mescolanza fronteriza, se exagera su germanismo, al punto de detestar por mucho tiempo a Voltaire. Pero el toque de Francia orientará un día su europeísmo, pues Estrasburgo es encrucijada en que se encuentran y acaban por entenderse dos virtudes occidentales.

Sus poemas se han pegado a la tierra y recogen como sin esfuerzo las emociones cotidianas. El individualismo ha desplegado las alas. Lo aguijan, en Silesia, Günther en Hamburgo, Hagedorn; Haller, en Suiza; Lessing y Klopstock, en Sajonia; Kleist, en la Pomerania. Se siente gruñir el *Sturm und Drang*. Un encuentro casual en la escalera de un albergue: Herder aparece en el horizonte. Goethe se le acerca, y Herder —que le lleva cinco años y tiene ya un renombre de crítico— lo vapulea y lo sacude como para quitarle la hojarasca de encima. Pero Goethe sólo aprenderá en los demás lo que cuadraba a su forma. Lo propio le acontecerá con Herder, Spinoza, Jacobi o Kant. En éste ni siquiera advirtió que negaba realidad a aquella “naturaleza sensorial” por él idolatrada y cantada. El estado de entusiasmo a que llegaba Goethe en esos días alarmaba a su amigo Franz Lersé. Su *animula vagula*, dice él, giraba como el gallo de la veleta.

Se aproximaba el término de su residencia en Estrasburgo. Goethe se había entregado, a ojos cerrados, en brazos de la pequeña alsaciana Federica Brion, hija del pastor de Sesenheim. Este nuevo amor bien hubiera podido acabar en matrimonio sin mucha oposición familiar. Como su alejamiento será una resolución en frío, siempre lo recordará con tristeza. Prescindió sencillamente de Federica. Los biógrafos lo defienden o lo atacan. Goethe abandonó a la niña alsaciana como “Fausto” abandonó a “Margarita”. Lo llamaba el mundo, y no quiso fijar prematuramente su destino. Sacrificó al sueño la realidad. Temió, como su héroe en *La nueva Melusina*, verse convertido por el matrimonio en un enano feliz. (Y pasamos por alto —lo conocen todos y no tuvo consecuencia ninguna— el episodio de las dos hijas del maestro de baile que se lo disputaron a besos.) Claro es: Goethe da la espalda a Federica para acudir a las promesas del universo. Desde arriba de su caballo, le alarga la mano y derrama algunas lágrimas, hijas de su buen natural. Tiende el galope: por el camino se encuentra con su propia imagen que galopa en el sentido contrario. Hasta eso le parece un buen augurio. Debemos a Federica la primera obra maestra de Goethe: *Saludos y adioses*.

En consejos a su camarada Trapp, Goethe, cada vez menos conforme con las ortodoxias, quiere que la religión y la moral no sean impuestas desde afuera, sino que nazcan de las propias entrañas. Como Federico II, pretende que cada uno gane el cielo a su modo. En su tesis doctoral propone, con innato helenismo, que, para acabar con las luchas religiosas, el Estado imponga los ritos de un sencillo culto oficial, dejándose a todos la libertad de creencias. La Facultad rehusó prudentemente la tesis, y no faltó profesor que lo considerara un tanto extraviado. Sólo pudo obtener la licenciatura; no volvió a Fráncfort con el birrete de doctor, sino con el casco de Prometeo.

5. EL TERCER FRÁNCFORT

Agosto de 1771-abril de 1772

Su padre le preparaba las causas, él hacía los alegatos. Con tanto ardor, por cierto, que varias veces el tribunal tenía que llamarlo al orden. Pero él no estaba en eso: estaba ya, entero, en su trabajo literario. Lo rodean los jóvenes. Para mejor olvidar a Federica, se entrega a los deportes, tira espada, patina, anda cabalgando de pueblo en pueblo, trepa a una roca solitaria; pasa lo más del tiempo en Darmstadt, en Hamburgo. A merced de los huracanes poéticos, Carolina Flachsland —la novia de Herder—, desconsolada, declara que Goethe la lleva y trae como pelota. “Ni el más rápido escriba podría tener al corriente el diario de mi vida.”³ El acre y moroso Merck, de Darmstadt —otro “Mefisto”— se le aficiona y lo empuja a escribir. Su misma hermana Cornelia le ha sugerido un drama sobre el caballero Goetz de Berlichingen. Concibe un Sócrates sin los dorados de Platón ni el incienso de Jenofonte.

Y ya va a enamorarse de Luisa von Ziegler —dama de compañía de la señora de Hesse-Homburgo, que hacía de pastora idílica suspirando por los alcores y conduciendo un corderito con un lazo color de rosa—, cuando su padre decide enviarlo a la Cámara Imperial de Wetzlar. No le venía mal: se sentía estrecho en Fráncfort, echaba de menos Estrasburgo. Merck escribía a Nicolai que la cabeza de Goethe era un torbellino de novedades. Es el “modo mercurial”, que dice Fairley, y que domina toda la etapa anterior a Weimar. Goethe navegaba su *Sturm und Drang*.

6. WETZLAR

Mayo-septiembre de 1772

Ridícula sociedad caballeresca, imitación de la Tabla Redonda entre jóvenes diplomáticos. Goethe se liberta con el estudio de los griegos; Píndaro lo arrebató. Su

correspondencia con Herder hace ver que solicita su censura, pero ya no la teme.

En un baile campestre, aparece Carlota Buff, hija del intendente de la Orden Teutónica de Wetzlar, novia del abogado Kestner y “mamita” de diez hermanos menores. Aquella amistad se torna peligrosa, tempestuosa. Acude Merck en su auxilio —también víctima, en tiempo de los atractivos de Carlota—, y en vano trata de distraerlo con los encantos de una estupenda Juno, moza en libertad. La borrasca hace crisis a lo largo de quince días. Goethe sacrifica su egoísmo en aras de la pareja. Aquella “tercera vida universitaria” no fue, pues, tan indiferente como lo pretenden sus memorias. Esta vez se ha vencido solo, en buena lid, gracias a la virtud de dominio que Píndaro acaba de aconsejarle.

Mientras Goethe se aleja lentamente por el valle del Lahn, Lota —que ha comprendido la congoja del joven predestinado— llora sin rebozo a presencia del noble Kestner. Merck esperaba a Goethe en Coblenza, en casa del consejero Laroche. Era éste un volteriano enemigo de las delicadezas cordiales y de la monarquía. Su esposa, por contraste, era una sacerdotisa del sentimentalismo a la moda. Goethe se consiente el coquetear un tanto con la hija Maximiliana —aunque embargado por el recuerdo de Lota— porque, como dirá en la vejez, es muy grato ver salir la luna cuando aun no se pone el sol. Pero Merck hace una seña providencial: el barco para Fráncfort los espera ya en las aguas del Rin.

7. EL CUARTO FRÁNCFORT

Septiembre de 1772-octubre de 1775

La experiencia de Lota, la falsa nueva del suicidio de Goué, la trágica muerte de su amigo Jerusalem, víctima de un amor imposible, comienzan a elaborar el *Werther*. Se escribe, entre otras cosas, el *Goetz*, y... ¡Maximiliana de Laroche a la vista!

Ella se casa con el guapo comerciante Pedro Antonio Brentano, quien le consiente que Goethe haga de *chevalier servans* y de enamorado platónico. Por suerte, su éxito teatral lo conserva en el necesario equilibrio. Pero el comerciante italiano comienza a impacientarse. Si Lota podía ser feliz junto a Kestner —se dice Goethe— no es fácil que Maximiliana lo sea junto al vendedor de aceite y queso. Con todo, declara: “Me liberté con una violenta revolución”. Y confundiendo en una sazón estas y aquellas especies, escribe el *Werther*. Catarsis poética tan cabal, que reanuda la amistad casi interrumpida con los Brentano.

El “juego del matrimonio” —juego de parejas para ocho días—le depara tres veces seguidas la compañía de Ana Sibila Münch. Acaso Ana traería el alivio a tantas desazones. ¿El poeta iría a “sentar cabeza”? La familia comenzaba a creerlo. Entre tanto, la fama del autor del *Werther* cunde y atrae a los visitantes ilustres: Lavater, Basedow,

Klopstock, Boïe, los príncipes de Weimar, el médico Zimmermann. Este ruido va borrando la voz de Ana...

No nos engañemos: acaba también de ofrecerse, en el campo visual del poeta, Lili Schönemann, sentada al clavecino. Tiene dieciséis años, es huérfana de un padre banquero. La conciencia de su belleza, la edad, la situación social, la fama de Goethe, lo explican todo. ¡Pero no poder frecuentarla sino en los salones, aguantar por ella interminables partidas de *whist*! A juzgar por sus cartas a Augusta Stolberg, esta vez la llama no prende. La señorita Delph, de Heidelberg, amiga de los Schönemann, quiso hacer de casamentera. Los ambientes eran distintos, también las religiones: aquí protestantes, allá calvinistas. Las familias no se entendían bien. Goethe “se da a todos los diablos”.⁴

Y sobreviene otra vez la ayuda providencial: los hermanos de Augusta Stolberg, su confidente desconocida —un par de mocetones atléticos—, han proyectado pasar por Fráncfort para llevarse a Goethe consigo en un viaje a Suiza. No lo tuvo a mal su padre: tampoco a él le seducía la perspectiva del matrimonio con Lili. Goethe no sabe si se ha despedido de ella para siempre. A su paso por Emmendingen, su hermana Cornelia, que vive ya casada en aquel rincón aburrido, lo incita al rompimiento. ¿Se habrá equivocado esta vez la Providencia? El inquietísimo Goethe decide pronto regresar a sus cadenas, tras una ausencia de diez semanas. Por cierto que, de vuelta, recogió a un arpista vagabundo, heredero de los antiguos rapsodas, a quien resolvió proteger con gran escándalo de su casa. Ya presentimos al “Arpista” del *Meister*.

La indecisión en que vive es un infierno. Esta vez pide ayuda a Merck: “Convence a mi padre de que me mande a Italia”. La hoguera suelta una que otra llama, pero se va extinguiendo. Los adoradores de Lili la rodean, con motivo de la feria de San Miguel. —¿Qué derecho tengo de estorbarles? —se dice Goethe—. Ellos son su verdadero mundo —. Vacila un instante. Contempla la sombra de Lili en la ventana. Y se va sin decir adiós. Sea dicho en mérito de Lili: siempre recordó a Goethe con cariño, y aseguraba que a él debía la revelación de su verdadero ser moral y el desarrollo de su inteligencia. No deja de extrañarnos que Goethe, muchos años después, declare que Lili ha sido su amor más verdadero.⁵

Lo inverosímil sucede. También acabó por prendarse de su corresponsal, la condesa imperial Augusta Stolberg. Ella le había propuesto, a raíz de la publicación del *Werther*, una relación literaria y sentimental, por correo, según la usanza entonces difundida por Leuschenring. Ella mantuvo el anónimo lo más que pudo, no por muchos días. Él desahoga con ella sus perplejidades respecto a Lili. Tales desahogos son siempre peligrosos entre santa y santo. “¡Qué lejos estás, quiero verte, tenerte a mi lado!” (Porque ella vive en Copenhague.) Pero nunca se encontrarán. Desde Weimar le seguirá escribiendo. ¿No le bastaba para confidente la señora de Stein? En suma, este “amor entre almas” no llegó a privarlo de libertad, y sin duda le hizo algún bien. Así “Fernando” repartía su corazón, sin esfuerzo, entre “Estela” y “Cecilia”.

Este vivir peligrosamente es orillado a mil descalabros. Se queja él en sus cartas, suelen quejarse sus amigos. Jacobi, que acaba de conocerlo, teme que sus arrebatos lo

pierdan.⁶ Su cuñado Schlosser tiembla, como Lerse en Leipzig, por su equilibrio mental, y sólo anhela que no se le haga pedazos antes de lograr entenderse con él. Bodmer cree que va a consumirse en su propia hoguera. Knebel se alarma de verlo siempre en disputa con su yo. Cristián Stolberg lo halla propenso a la violencia, aunque corregido por su auténtica bondad. “Pasa en un cuarto de hora de la ternura al desvarío.”⁷

Y él, por su parte, no disimula su desazón. Ya pide que no se cuente con él por unos días, dada la perturbación que lo aflige. Ya se compara con el “caballo-mecedora” que se balancea sin avanzar; o con Tántalo, o con Filoctetes herido, o con San Sebastián acribillado de flechas.⁸ Sólo se soporta a sí mismo porque se descarga en sus dramas; y anuncia crudamente a Johanna Fahlmer su certeza de que se encamina a un fin siniestro. “Mi vida es un vórtice de placer y dolor.” “Cambio cien veces al día.” Sin duda el azote de las Euménides, como a su “Orestes”, va a expulsarlo pronto de la tierra.⁹ Estos y otros documentos nos lo muestran arrastrado por el instinto y por el torrente de las emociones.

El desconcierto había llegado a un extremo irresistible. Como su “Psique” en brazos del “Sátiro”, ya no distingue entre la pena y el gozo. Y con todo, desde su regreso de Estrasburgo hasta su partida para Weimar, ha escrito algunas de sus mayores obras. Y su fecundidad ha sido extraordinaria. Nunca más podrá rehacerse de esta sangría poética y sentimental. Para continuar en este mundo, necesita alimentarse de otras sustancias que no sean ya las desazones religiosas o los amorosos sobresaltos. Ya ha dejado correr bastante su cuadriga. O hace un alto, o perece. Y por otra parte, no podría seguir indefinidamente como “huésped literario” en la casa paterna. Por octubre de 1775, parte rumbo a Weimar, y grita como su “Goetz” moribundo: “¡Viva la libertad!”

8. EL TORBELLINO

El alma de Goethe se apresura tormentosamente hacia el equilibrio. Hemos apreciado este desorden emocional en la primera etapa de su vida. Junto a los hechos y las cartas, que hartó lo reflejan, no podía faltar el eco en su misma literatura. Goethe destruyó buena parte de su poesía incipiente. Entre lo poco que se ha salvado, hay un fragmento escrito para celebrar su decimosexto aniversario. Allí nos da su imagen del mundo como un conjunto de escenas inconexas, inventario de los impactos que marca sobre él la realidad tumultuosa: guarida de malhechores, cuarto de estudiante, ópera, cena de universitarios, cerebro del poeta, espectáculo callejero... Un biólogo diría que la función aún no crea su órgano; un físico, que el contenido se derrama sin continente. Tal carta rimada a Federica Oeser; tal otro poema en que se pinta como un Diógenes que rueda su tonel sin descanso, en medio de un mundo ya cómico o serio, quieto o agitado, esto y lo de más allá, todo y nada; o aquél en que describe el mundo como algo torcido, algo derecho, algo que gira en redondo, confirman el mismo estado de fluidez receptiva. Los

versos se le caían de la pluma a la más leve provocación, y parecerían mero juego de ingenio si no insistieran en la misma tortura de lo cambiante y vertiginoso.

Cualquiera sea su valor artístico, las abundantes obras menores escritas en Fráncfort de 1772 a 1775 comprueban la identificación entre su poesía y su vida. En la *Alborada funambulesca* el tono muda y salta de una en otra estrofa. El *Concierto dramático* es de una celeridad no común. *El Sátiro* mezcla la locura y la cordura. *La feria de las baratijas* es un cuadro de abigarrado impresionismo. *La boda de Hanswurst*, —pieza cómica incompleta—, humor y hasta picardía, despilfarro que traspasa las conveniencias. En 1831, aún divertía con ella a Eckermann. Hay algunas páginas semejantes en una gaceta de Fráncfort. Varios planes se le amontonaban en la cabeza al mismo tiempo, y algunos de asunto tan desenfadado que no se atrevía a darlos a la revista femenina *Iris*.¹⁰

Todo lo comenzaba a la vez, todo lo dejaba a medio hacer ante nuevas incitaciones, condición que atribuyó a su “Meister” y que éste confiesa en carta a “Werner”. “Su vida devoraba su obra.” Y mientras más de prisa escribía, más seguro estaba de haber atrapado la instantánea poética. La libérrima mutabilidad de acento dentro de la misma obra llega a la contradicción. No es tan sólo agilidad técnica, sino expresión inmediata de su velocidad interior. En ocasiones, apenas puede trazarse el tema de sus piezas, y el final parece un “golletazo”, como decimos en términos del oficio. Su “Sátiro” irrumpe en pleno siglo XVIII, baja del monte para predicar las doctrinas de Rousseau y la dieta de castañas silvestres, riñe con sus secuaces y, como el “Zaratustra” de Nietzsche, los abandona a sí mismos. No es menos extraño *El Judío Errante*, boceto en que lo vemos saltar del lecho a medianoche, acosado por el estro, ansioso de hablarnos; y empuñando un mango de escoba a falta de cosa mejor, pedir atención y paciencia para sus crudezas. Tales raptos de inspiración, según declaraba en la vejez, le eran singularmente propicios. De pronto, callejeando por la noche, se exasperaba de no poder escribir al instante lo que se le ocurría. Solía arrojarse sobre el papel y borrarlo con renglones oblicuos, a como salieran, por miedo de que se apagara el ardor sagrado. Entre su experiencia viva y su creación poética estaban rotas las aduanas. Sin duda se le fueron en el aire mil chispazos sin dejar huella. Durante una velada de junio, en 1777 —primera época de Weimar— asombró a Gleim improvisando poemas en metros diferentes, prestidigitador que se saca cintas de la boca. Wieland llegó a decir entonces que aquellas improvisaciones orales eran lo mejor de Goethe. Así, durante una jornada en coche, “Meister” solía componer un drama entero.

En las obras más elaboradas de aquel periodo se transparenta igual inquietud; sea el *Werther* (1774), sea el *Fausto*, cuyo manuscrito lo acompañó a Weimar. Salvo que el *Fausto* prendió lo bastante para asegurarse la “recurrencia” en suerte de brotes esporádicos, y en zigzag, como viaja del cielo a la tierra el Cristo de *El Judío Errante*. Las palabras que significan movilidad, cambio extremoso y brusco, cruzan sus grandes y pequeños poemas, y todavía durante el primer Weimar las emplea hasta para describir estados muchísimo menos turbulentos. Era hombre capaz de decir: “¡Ha estallado la paz!” El joven “Werther” toma nerviosamente la pluma y escribe a sus amigos en estos o parecidos términos: “No quiero decirte lo que quisiera decirte, o lo hago ahora o

nunca...”, etc. A cada instante, otro relámpago; cada presencia borra el resto del universo. Igual trepidación en el personaje de “Estela” —contrafigura femenina del “Werther”—, que apenas despierta a una aurora de serenidad cuando ya la angustia la sobrecoge. “Fausto” alternativamente bendice y maldice la Creación. El “Goetz” —más ameno que profundo y ligeramente más lógico— tampoco escapa a la fórmula del torbellino. Tal vez escape *El capricho de amante*, pastoral de escaso espíritu goethiano; tal vez el *Clavijo*, teatralidad que no nos seduce; y todavía el personaje afirma que vive en un sueño siempre cambiante. Goethe gira y gira sin tregua, como el torno de “Margarita”.

Tan singular condición nació con Goethe y existía en su naturaleza aun antes de conocer las ideas e inclinaciones culturales de su época prerromántica: a menos que se respiraran en el aire. Sus raros instantes de quietud —como a su “Tasso” habrá de sucederle más tarde— hasta lo ponen desconfiado. Y esta tremebunda vitalidad iba acumulando el tesoro de su genio, pero estaba expuesta a mil peligros y era capaz de destruirse a sí misma.

Bien quisiéramos matizar este cuadro con otras tintas más apacibles. Se han preguntado los biógrafos si, a pesar de este desorden emocional, el desarrollo mental de Goethe, aun cuando de ello no quede testimonio en sus cartas o en las ajenas, no habrá adoptado, entre tanto, un curso más seguro, asistido por la educación esmerada que recibió desde sus primeros años. Aunque todo lo absorbía con extraordinaria facilidad, alguna disciplina requirieron sin duda sus conocimientos lingüísticos, humanísticos, literarios, históricos, geográficos y científicos en general. Y la disciplina de los estudios por fuerza sería contrapeso de la conducta. Él cuenta que dominó el italiano asistiendo a las lecciones de su hermana, mientras él ejercitaba su latín en el mismo cuarto, así como a juego y a modo de variante risueña del latín; y que el francés se le entró sin sentir durante la ocupación extranjera. Aconseja a Sofía de Laroche que aprenda el griego sola, como si fuera lo más fácil del mundo.¹¹ Se complace en lucir su inglés y su francés en las cartas a su hermana Cornelia. Pronto pudo dar lecciones de inglés a Johanna Fahlmer. Las primeras enseñanzas a domicilio lo salvaron de algunas ásperas y enojosas rutinas. Siempre —declara— detestó trabajar con esfuerzo. Fácilmente aceptaba y aun superaba las instrucciones de su padre o de sus maestros. De los estudios universitarios nunca hizo mucho caso; fue lo menos abogado posible y, en los días de su corta práctica, es sabido que dejaba al señor consejero la enojosa preparación de los litigios. Si en otros la cultura se va labrando en cuesta arriba, él la cubría en cuesta abajo como por pesantez natural. ¿Será posible que esta rara disposición, al dejar inútiles las habituales coerciones, haya contribuido, como se sospecha, a mantenerlo en aquel desbarajuste emocional?

Diríase que huye premeditadamente de lo “intelectual”, lo racional y lo libresco. De casualidad lo encontramos explicando “en serio” su *Werther*, su *Clavijo*, su *Goetz*. Le repugna de suyo escamotear las intuiciones entre generalidades y teorías. Hace entender que no cree en la crítica ni en los principios preceptivos, sino más bien en la acción artística. Por sobre la cabeza de los críticos —dice— ha lanzado su *Goetz* hacia el

corazón de los hombres. Sostiene ante Betty Jacobi su derecho al desorden de las ideas. No halla posible describir una emoción sino bajo el choque del momento.¹²

Para bien o para mal, este constante recurso al corazón se prolonga en él, como fijación de adolescencia, mucho más de lo acostumbrado. Semejante borrachera de la naturaleza tenía que encauzarse alguna vez. Los demás *Stürmer und Dränger*, aunque nunca formaron escuela definida ni pléyade, se portaban lo mismo y se mantenían en guardia contra la Ilustración (*Aufklärung*). Y —lo advierte su editor Freye— todos se agotaron a las primeras llamaradas. Goethe hubiera tenido igual fin si no llega a encontrar su senda, que algunos consideran como su desvío. En los demás puede apreciarse la magnitud del peligro que corría Goethe. El derrotero era tan parejo, que Lavater tomó por obra de Goethe el *Allwill* de Jacobi, y Lessing, con toda su perspicacia, creyó que el *Julius von Tarent* de Leisewitz se debía a la pluma de Goethe. Pues bien: de Gerstenberg se ha dicho que murió para las letras cincuenta y cinco años antes de morir, una vez que hubo publicado su *Ugolino*. Leisewitz, después de su *Julius*, entró en una esterilidad de treinta y cinco años y recomendó que se destruyeran sus papeles. H. L. Wagner se seca a los veintinueve y parece pocos años después. Klinger (cuya obra dio nombre al movimiento literario) y “Maler” Müller sólo cuentan por lo que escribieron al punto del arranque. Lenz empezó a enloquecer hacia los treinta. Los que sobreviven pertenecen más bien a la crítica que no a la creación (Herder), o son posteriores (Schiller) al apogeo del incendio que Goethe cruzó a todo galope.

¿Cómo fue que pudo salvarse el más expuesto? ¿Cómo escapa a la disgregación mental (de que todavía Heine será víctima) el que era mil veces más polífono? Precisamente aliviando poco a poco aquel ahogo emocional y sometiendo la violencia a medida: el *Sturm und Mass* que se le ha exigido en nuestros días. Goethe, por temperamento, era el más expuesto a perderse, aunque sea, como decía el Estagirita, porque la corrupción de lo excelso es la más espantosa. Cuando los otros quisieron madurar, no encontraron —como sus hermanos de Francia o de Inglaterra— una tradición en que apoyarse. Goethe la descubrió en las normas clásicas universales y se fabricó su propio mundo. La fatalidad del fracaso se cernía sobre aquella generación literaria. Pero, a semejanza de lo que acontece en los primitivos ritos de sustitución o simulacro, el rayo no cayó sobre Goethe, sino sobre aquel pintor subsidiario que lo acompañaba y quedó aniquilado en cierne. Pues dicen algunos contemporáneos que las primicias de su pintura, en Fráncfort y en Suiza, eran prometedoras. Es decir, que su pintura no logró superar la era de la improvisación emotiva. Otras energías de su ser tardaron en alcanzar la maduración, es cierto, mas no lo defraudaron. Persistirá por algún tiempo en su afán romántico de entregarse a la naturaleza, pero ya no insistirá en la angustia, sino en la saludable confianza. Si un día la naturaleza lo sedujo como manifestación de lo impremeditado, ella acabará por murmurar a su oído las áureas sentencias de la ley. Es tanta su felicidad de expresión desde la época de Fráncfort, que olvidamos el sentido trágico envuelto en sus hermosas palabras. El *Werther* y el primer *Fausto* son la historia de una catástrofe de la persona. La acción —allá la víctima, acá el victimario— es, más que acción, estado de ánimo y, por mucho, un monólogo del autor,

más que un desarrollo externo y teatral como sucede en Shakespeare. Y en uno y otro poema, oímos la voz del desorden, del desorden de la adolescencia —sea juvenil o sea “senil”—, de la adolescencia que no encuentra su redención: “¡Perezcamos juntos!”

Bajo el manto de *Poesía y realidad* se transparenta el cuadro patético. Hoy podemos reconstruir este cuadro merced a otros nuevos documentos que han ido apareciendo después y que completan la imagen de Goethe. A lo largo del *Sturm und Drang* desciframos el revés de la tela. Su consecuencia por el anverso, su último destino, es lo único que Goethe quiso mostrarnos al registrar, en *Poesía y realidad*, el derrotero de sus primeros años. Él mismo advierte que tal libro es complementario y debe leerse en consonancia con su obra poética general, para mejor apreciar la trayectoria en que ésta se desenvuelve. La sublime fabulación es precisamente lo que da su valor artístico a esta autobiografía. Ella, de otra suerte, se hubiera deshecho en anales como los que se puso a juntar desde el instante de su viaje a Italia.¹³ No quiere ello decir que haya falseado los hechos, sino que ha modificado inconscientemente el punto de vista, el *tono* como dice Lewes. *Poesía y realidad* no es un viaje, es una perspectiva hacia atrás, dibujada desde el punto final del viaje. En tal sentido, es poesía real, es realidad poética. Pero no hay por eso disimulo. Más de una vez, como a la pasada, Goethe confiesa que en aquellos primeros trances —según el célebre verso de *Saludos y adioses*— sus actos casi se adelantaban a sus pensamientos. Hasta habla del estado sonambúlico en que solía entonces escribir, y de aquella frenética disposición a confundir el presente y el pasado. *Poesía y realidad* es un libro pudoroso y a veces irónico, y debe ser leído entre líneas. Sólo así se deja conciliar con la verdad de su primera juventud, tan amenazante y tan amenazada.

Al llegar al ápice la crisis de Fráncfort, previene a Merck que aun la simpatía ajena lo perturba, y que prefiere pelear a solas con el monstruo. Así sobrevino la oportuna emigración a Weimar, a donde el duque Carlos Augusto acababa de convidarlo.

NOTAS

¹ Carta de Goethe a Behrisch: 26-IV-1768.

² Carta de Goethe, en verso, a Federica Oeser: XI-1768.

³ Goethe a Salzmann: 28-XI-1771.

⁴ G. a Knebel y a Herder.

⁵ Juan Pedro Eckermann, *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida*. 3ª pte.: 5-III-1830. En adelante, esta obra se designa con la sigla: Eck.

⁶ Jacobi a Wieland: 8-VI-1774.

⁷ J. G. Schlosser a Lavater: 10-VI-1774; Bodmer a Klopstock: 4-IX-1774; Knebel a G.: XII-1774; Cristián Stolberg a su hermana Augusta: 12-V-1775; Federico Stolberg a Klopstock: XII-1775.

⁸ G. a Johanna Fahlmer: 27-VI-1770 y III-1773; a Langer: 8-IX-1768; a Kestner: 25-IX-1772; a Herder: 10-VII-1772; a Sofía de Laroche: 15-IX-1774.

⁹ G. a Augusta Stolberg: III-1775; 3-V-1775; 17-VIII-1775.

10 G. a G. Jacobi: 28-1-1775.

¹¹ G. a Sofia Laroche: 20-XI-1774.

¹² G. a Schönborn: VI y VII-1774; a Cornelia: 11-V-1767; a Oeser: 9-XI-1768; a Hetzler: 14-VII-1770; a Langer: 27-X-1773; a Betty Jacobi: XI-1773; a Augusta Stolberg: 14-IX-1775.

¹³ “Los últimos años —es decir, de Weimar en adelante—, más bien deberé tratarlos en forma de anales; en ellos debe resaltar más mi actividad que mi vida. Porque, en general, la época más importante de un individuo es la de su desarrollo, el cual, en mi caso, se cierra con *Poesía y realidad*. Después comienza el conflicto con el mundo, y éste sólo tiene interés en cuanto aporta algún fruto” (Eck., 27-1-1824). Sin duda Eckerman escribió impensadamente la palabra “conflicto”, pues conflicto lo hay desde los primeros instantes. Goethe ha querido decir que, a cierta altura de su vida, interesa ya más el fruto de sus meditaciones que los sucesos de su biografía.

II

UN ALTO EN WEIMAR

Noviembre de 1775-septiembre de 1786

1. TOMA DE POSICIÓN

La invitación a Weimar no era inesperada. Desde la visita de los príncipes a Fráncfort, Goethe procuraba de modo discreto hacerse presente en el recuerdo de Carlos Augusto, y aun había logrado disipar la mala impresión que pudieron haber causado a Amalia, la duquesa madre, las sátiras que en los últimos tiempos se le escapaban contra Wieland, quien decididamente le resultaba ya demasiado estrecho.

Por aquellos tiempos, era ambición general de los soberanos alemanes el ornar su corte con la presencia de un “sabio”, fuera poeta o matemático. Federico II había tenido consigo a Voltaire; el conde Schaumburg-Lippe aún contaba con Herder: la duquesa madre, en Weimar, con Wieland. Cuando Carlos Augusto recibió las riendas del ducado, invitó a Goethe, y al instante lo colmó de honores y funciones. Goethe llegó a la pequeña ciudad de Ilm a comienzos de noviembre de 1775. En junio del año siguiente, fue nombrado consejero de legación. A los tres años, se le confirieron diversas comisiones de gobierno; y en diciembre de 1779, se le otorgó la categoría de consejero privado, honor increíble para un burgués. El duque, atajando las murmuraciones, lo hace ennoblecer por el emperador José II y sigue encumbrándolo.

Temperamento algo fogoso, Carlos Augusto deseaba renovar los aires del ducado, desquitándose de la larga tutela materna y de la sujeción de Görtz. Por su parte, Goethe desde el primer día quiso afirmar su independencia portándose muy a lo estudiante y haciendo que todos lo siguieran. El duque mismo lo imita, viste a la moda de “Werther” y aprende a patinar. Su esposa Luisa, una jovencita congelada en la corte de Rusia, se muestra altiva y disgustada. Pero la duquesa Amalia, que aún era joven y bulliciosa, está encantada de aquella revolución traída por el poeta-ministro a su “Versalles”. Bailes, cacerías y cabalgatas nocturnas —Goethe a la cabeza —mantienen al séquito ducal en deleitable animación, a pesar de algunos descontentos. El duque trata al burgués de Fráncfort como a un verdadero camarada. Aquel poeta le resulta su único émulo digno en aventuras y deportes. La murmuración asegura que se embriagan juntos y comparten la amante, Klopstock hasta toma el partido de los quejosos y escribe a Goethe una carta en que lo acusa de corromper al duque y hacer la desgracia de la duquesa. El primer

ministro Fritsch —adivinando en Goethe a un sucesor— comenzará por renunciar y acabará por someterse. Wieland, reconciliado, le cede generosamente su puesto de favorito: “Mi alma está llena de Goethe, como una gotita de rocío con los rayos del sol naciente”.¹ Goethe hace venir a Herder, venciendo la oposición de algunos recelosos. Si ha aceptado el nombramiento permanente de consejero privado en Weimar, no olvida las reservas de su libertad. Se le ha dejado el derecho de retirarse cuando le plazca. El sentimiento de que su servidumbre es voluntaria lo mantiene tranquilo. Se arregla una casita aislada, con jardín, a orillas del río, por las afueras de la ciudad.

Al principio, se diría que su oficio se reduce a cuidar de las representaciones teatrales, en Weimar, en el castillo de caza de Belvedere, en Ettersburgo, en Tiefurt. Pero poco a poco lo invaden las obligaciones administrativas que, según refiere Wieland, tomó desde luego muy a pecho. Largas sesiones burocráticas, papeles y cuentas inacabables, experimentos para reanudar la explotación minera en Ilmenau, comisión de arquitectura, comisión de guerra, comisión de carreteras y puentes (Herder lo llama *Pontifex maximus*), comisión de finanzas, caza y pesca, cuerpo de bomberos, profesorado de la Universidad de Jena, presidencia de la Cámara y, una que otra vez, la dirección general del ducado: tales son los eslabones de la cadena voluntaria. Reduce los gastos exagerados de la Corte y del dispendioso e inútil ejército liliputiense; mejora las redes de caminos y de canales; enriquece y organiza los depósitos artísticos; se esfuerza, aunque en vano, por fundar una Academia; lucha por una distribución más equitativa de la propiedad territorial. Un creciente anhelo de caridad social se revela en todos sus actos. Antes de siete años llega a ser, dice Knebel, la espina dorsal del ducado.

En diciembre de 1778 emprende un penoso viaje al Harz para ver y aconsejar a Plessing, estudiante de teología de Wernigerode, cuya carrera costeaba Goethe; y la nevada soledad lo conforta y lo devuelve de mejor ánimo. En septiembre del siguiente año, sale por segunda vez rumbo a las montañas de Suiza, en compañía del duque, y esta segunda visita, muy distinta de la primera, ejerce una profunda influencia sobre su mente y espolea sus meditaciones. Para subir hasta el San Gotardo, realizan ambos hazañas de alpinismo que alarman a los montañeses, y ante las cuales retrocederá Guillermo de Humboldt doce años después, al enfrentarse con los glaciares de la Furca. Al sentimiento de triunfo se unen ideas consoladoras, que equivalen a una redención del pasado: de ida, Goethe visitó a sus padres en Fráncfort y se detuvo cinco días con sus viejos amigos; en Alsacia, se atrevió a pasar por Sesenheim —cumpliendo la premonición que tuvo cuando, años antes, se vio galopar por la carretera en sentido inverso—, y los vecinos lo acogieron con alegría, lo mismo que la familia del pastor y Federica, ya consolada; en Estrasburgo, saludó a Lili Schönemann, ahora casada con el banquero Türckheim y madre feliz de una criatura. Le pareció que se sentía perdonado.

2. EL SERVICIO PÚBLICO

Nueva transformación del héroe, en que intervienen varios estímulos: el servicio público, los deberes del gobierno libremente aceptados; el servicio de la dama, el trato con Carlota de Stein; finalmente, las nuevas lecturas y los estudios científicos.

El servicio público significa un aprendizaje de acción y de renunciamiento, únicas armas que faltaban a su verdadera libertad. El sujeto dolorido se va curando al volcarse sobre las obligaciones objetivas. Ya no es aquel mecerse al grado de la tormenta y la tempestad, sino el sortearlas y vencerlas. Ya no es aquel vivir al margen de la vida ordinaria, entregado a los propios desvaríos pasionales. Es la hora en que el adolescente reacio, sépalo o no, se reconcilia en su interior con la voz paterna e ingresa en la continuidad social. El imperioso individualismo se depura ensanchándose y olvida su defensivo encogimiento. Junto a los solos derechos que antes exigía, acata ahora los deberes. Aun se ayuda con aparatos exteriores: Goethe se relaciona con la masonería, mera beneficencia protegida por la duquesa Amalia.

El cambio no es súbito, es trabajoso y lento; pero su intención apunta en las cartas, aquí más explícitas que los poemas: a los seis meses de Weimar, escribe a Lavater que se siente ya más seguro en su barquilla; al año siguiente, escribe a su madre en igual espíritu, felicitándose de la tranquilidad de su casa-jardín.² En cambio, su poema *Travesía marítima* quiere hacernos creer que ha dejado la calma por los vendavales —exactamente lo contrario de la verdad, reclama Brandes—, si bien acaba confirmando la confianza en su estrella. El *Amor incansable* parte de la turbulencia, pero desemboca en la quietud. El *Canto nocturno del viajero* es una invocación a la paz. En la oda *A la luna*, se despoja de su desasosiego y lo lanza al rumoroso río. Sus amigos aún están inciertos. Wieland nos lo pinta muy semejante al joven de Fráncfort, aunque su mentalidad poética tiende siempre a transportarlo al tipo de la “alegría sin reposo”. En su femenino desvelo, Carlota de Stein, tras unos meses de experiencia, se manifiesta algo intranquila.³ Emilia Berlepsch está francamente mareada ante aquel espíritu en vaivén.⁴ Todavía en 1783 hay convulsiones y remolinos, pero se dijera que Goethe aprende a conllevarlos. Quisiera contar con media docena de secretarios a quienes dictar las mil cosas que se le ocurren —ideas, sentimientos, observaciones, historias, incidentes—, en la antecámara, en el comedor, en el despacho ministerial, a caballo, durante la vigilia o el sueño. Buen síntoma, sin embargo: en *El triunfo de la sensibilidad* (¿1778?) él mismo se burla ya de semejante atropellamiento. No era éste el tono de Fráncfort. Por fin, lo oímos asegurar un día que “su caos se amansa”.⁵

Tenía ya treinta y siete años. Su tiempo vital —condición de longevo —marchaba lentamente. Cuando los de su camada han comenzado a endurecerse, él sigue creciendo. Es muy significativa en tal concepto la carta en que explica a su madre que Fráncfort lo hubiera hecho trizas, y que la disparidad entre la existencia de hijo de familia y la ebullición interior hubieran acabado por fijarlo en una perpetua infancia. A Federico Jacobi casi le asegura textualmente que su propia mayoría sólo empezará a los cuarenta;⁶ y mucho tiempo después, el canciller Müller le escucha con asombro describir sus diez primeros años de Weimar como una era mitológica (1830). Cuando, más tarde,

se resuelve a escribir sus memorias (*Poesía y realidad*), suspenderá el relato a los umbrales de Weimar, en 1775, con una cautela que ni siquiera justifica ya la embarazosa presencia de Carlota de Stein; dejará en sombra esos diez años, y sólo reanudará el cuento en 1786, con las notas del viaje a Italia.

Han sido —si vale decirlo para quien ya había alcanzado antes tamaños vuelos poéticos— diez años de crisálida; metamorfosis del primero al segundo *Fausto*. Le acontece algo misterioso, y más por dentro que por fuera. La palabra “oscuridad” pasea por sus cartas; teme el esclarecimiento y la introspección; no quiere escarbarse, atento pero respetuoso ante su destino. Hacia 1777 puede fijarse la hora de su mayor perplejidad: “No sé cómo están los dioses conmigo”, dice a Carlota de Stein.

Mientras acontece esto en su conciencia, la vida exterior, práctica, se va desplegando en trazo más seguro, y hasta servirá de excipiente a la solución del enigma. Por lo pronto, ella rompe la unilateralidad, la “idiosincrasia dominante”. Simmel dice bien que Goethe aparece atraído en varias direcciones, pero lo simplifica atribuyéndolo a la sola Carlota de Stein. De momento, lo vemos sumergirse en las tareas públicas.

Por supuesto que hay instantes de duda y desfallecimiento, pues gobernar no es vida y dulzura. Aunque Weimar es ciudad de seis mil habitantes, y todo el Estado no pasa de cincuenta mil, sus cuatro zonas —ducado de Weimar, territorio de Jena, principado de Eisenach y distritos franconios en tira y afloja con Prusia y Sajonia— son un verdadero rompecabezas. “Me siento a veces, como el chivo expiatorio que lleva a costas por el desierto los pecados de la comunidad.”⁷

También el príncipe da quehacer. Mientras Goethe se va encaminando a la sabiduría, el otro se mantiene en su principesca condición caprichosa y sigue sus burdas inclinaciones. Sin chocar con Goethe, se le escabulle. Se entregaba a sus esparcimientos sin el conveniente recato. Nada le importaba más que sus mujeres, sus caballos, sus perros, y el pasar revista en Aschersleben al regimiento de coraceros que Federico II había puesto bajo su mando. Lo que menos se figuraba es que tan inocente juego de guerra y las ligas así contraídas con la corona de Prusia crearían en Weimar dificultades amenazadoras para la paz de Europa.

Por otra parte, Goethe no puede consagrarse a sus labores poéticas con la asiduidad que quisiera. Se entretiene coleccionando la edición de sus escritos, se desembara de algunos temas poco ambiciosos, medio adereza las obras en marcha de mayor aliento. Una visita en compañía del duque a la sociedad berlinesa le ha dejado un sabor ingrato. La mundanidad en sí no le conforta. Pero ya no se exaspera: “Mi vida interna sigue su curva, sin que nada pueda desviarla”. Por grados nos aproximamos al bien, y el mal se va desprendiendo como del pellejo las escamas.⁸ Ya el 7 de agosto de 1778, el *Diario* nos permite apreciar el nuevo término a que ha llegado. La página despide un aroma de oración expiatoria y de “Padre Nuestro”:

“... Tranquila mirada retrospectiva sobre la existencia, la confusión, la actividad, la insaciable curiosidad de la juventud, y aquella busca aventurera de cuanto pudiera satisfacerla; cómo yo mismo he encontrado un deleite en los misterios y en los estados de ánimo más sombríos, cómo he hecho ciencia de *dilettante* y sin espíritu de continuidad;

cómo, en cuanto he escrito hasta ahora, se mezclan la humildad y la presunción; cómo, en lo divino y en lo humano, he girado en un círculo sin horizonte; cómo muy pocos de mis actos y mis pensamientos o mis producciones poéticas tienen un carácter real de oportunidad; cuántos días he despilfarrado en vanas sentimentalidades y en pasiones fugitivas como las sombras; cuán poco provecho he sacado de todo ello y cómo, pasada la mitad de la vida, no he obtenido un adelanto apreciable: cómo me encuentro aquí a manera de náufrago, que el sol bienhechor comienza a enjugar. No me atrevo aún a abarcar con igual mirada mi actividad desde octubre de 1775 a la fecha, en que me hallo mezclado en los negocios del mundo. ¡Dios quiera guiar mis pasos en el porvenir para que yo mismo no obstruya más de la cuenta mi propia jornada! ¡Déseos el hacer desde la mañana hasta la noche lo que conviene, y el prever con claridad las consecuencias de nuestros actos! No seamos como aquellos que cada mañana se quejan de dolor de cabeza y toman remedios, y al volver la noche vuelven a embriagarse con vino. ¡La idea de la pureza, que llega hasta el modesto bocado con que me alimento, sea en mí cada vez más nítida y luminosa!”

3. CARLOTA DE STEIN

No se han borrado del todo las huellas de las viejas pasiones, cuando —apenas llegado a Weimar— Goethe se siente atraído por la baronesa Carlota de Stein, dama de honor de la duquesa madre y esposa de su escudero mayor. Goethe tenía entonces veintiséis años, contaba con su gloria y con el valimiento del príncipe. Ella, treinta y tres años, su aristocracia y sus encantos, lindos ojos negros, voz dulcísima, mesurada naturaleza y aquella facilidad social que ni siquiera se da siempre con los buenos pañales. Había tenido siete hijos, de que le quedaban tres: el menor, Fritz, acabará por vivir con Goethe. Desde antes de venir Goethe a Weimar, el cambio de siluetas —las “fotografías” de entonces— y el auge de las teorías fisonómicas habían despertado una mutua curiosidad entre él y la baronesa. Ya la sola imagen del poeta, confesaba ella, le había ocasionado tres noches de insomnio. Se encontraron, se agradaron, y ambos se sentían halagados de su buen avenimiento. Durante diez años viviendo en la misma ciudad —bueno es recordar que aún no había teléfono— Goethe llegó a enviar a la baronesa de Stein no menos de mil quinientas cartas. Él se desborda, ella hace por tenerlo a raya. Le prohíbe tutearla en público; le censura la manía de usar palabrotas, resabio de estudiantón; quiere convertir al *Stürmer und Dränger* en todo un caballero. Él acepta el arte de vivir y se pliega hasta donde lo consiente su índole. Aprovecha la contradicción, en vez de rechazarla, y dice a la baronesa de Stein: “Acaba tu obra”.⁹ Los biógrafos se dan de puñadas sobre si hubo o no contactos carnales. No nos importa averiguarlo. Tampoco el saber si ella merecía de veras la estimación que Goethe le concedió, lo cual para el caso da lo mismo. Pero como tal situación no podría prolongarse indefinidamente, Goethe tirará de la rienda en el momento preciso.

Nada hacía presentir en Goethe esta actitud. Hasta aquí se ha conducido como cualquier joven soltero y apasionado, que lleva en sí mismo la forma del amor, y trata de aplicarla una y otra vez a la materia más o menos dócil, sin encadenarse en el matrimonio. Sin duda desde entonces sabía ya distinguir entre las dos hipóstasis de Afrodita, como lo hará cincuenta años más tarde: “Odio la improvisación en todo, y en materia de noviazgo me inspira horror. El amor puede nacer a primera vista, y toda inclinación verdadera alguna vez se ha encendido como relámpago. Pero ¿quién va a casarse en cuanto se enamora? El amor es cosa ideal; el matrimonio, cosa real; y ambos órdenes nunca se confunden impunemente”.¹⁰ Verdad es que Goethe se hacía estas amargas reflexiones a raíz de su fracaso con Ulrica de Levetzow.

Pero en sus relaciones con Carlota de Stein hay algo nuevo. La temperatura media se mantiene, a pesar de los inevitables altibajos. Tal estabilidad durante dos lustros no deja de ser asombrosa, si se considera, sobre todo, lo equívoco de aquella situación y la distancia que media entre las dos personas del diálogo; y no tanto en la edad como en los temperamentos respectivos y los distintos ambientes de que cada una procedía. El rebelde, el hereje, se somete a la dama ortodoxa y convencional. Ella viene a ser su guía y su reposo, su tutora y su indispensable compañera. Cuando Schiller creía ver una mano femenina en la *Ifigenia*, no le faltaba cierta razón: el consabido camaleón toma el matiz de su cielo. Y la sola duración de tan extraño comercio —hay quien diga “inercia”— mide la intensidad de la crisis que la produjo.

La baronesa de Stein ejerció una influencia poderosa sobre el héroe desorbitado. Lo ayudó en el paso más orillado al despeño, lo ciñó a sus límites cuando estaba a punto de disgregarse. Si él la conservó, es sin duda porque la necesitaba a toda costa. Sólo cabe preguntarse si tal influencia no la ejercía el mismo Goethe, oscuramente, por mano de la Baronesa de Stein, como aquel que se pone en cura. Él sólo acierta a explicárselo en términos de metempsicosis: en alguna parte, en algún siglo, han sido ambos hermanos o esposos, y sus corazones lo recuerdan confusamente. Las cartas y los poemas que corresponden al “ciclo de Carlota” —donde descuellan la *Ifigenia* y el *Tasso*— comprueban la profundidad de aquel sentimiento y la sed de aquel amoroso arrimo. Que el Goethe anterior, el de las urgentes pasiones, emigre hacia este apaciguamiento, es sorprendente pero no incomprensible. Que el Goethe actual, tan puntual y lúcido para cuanto afecta a sus deberes públicos, se arrope en las nieblas y los sueños de la transmigración y la transubstanciación en cuanto convierte la mirada a Carlota, ya acusa una dualidad que tarde o temprano habrá de resolverse. Que el poeta, fecundizado ahora por la meditación, el estudio de la naturaleza y el cultivo de las ciencias, sujete a su Musa eternamente bajo el fanal de Carlota, será ya del todo imposible. La fuga a Italia va a facilitar la ruptura.

4. NUEVOS DERROTADOS

Pues el pensamiento de Goethe, en efecto, ha comenzado a viajar por nuevas órbitas. Hasta ahora su interés por la naturaleza había sido de orden sentimental. En Weimar se opera el cambio. La afición científica de toda su vida, antes informe, adquiere un carácter definido. El impulso parte de ciertas necesidades administrativas —los socavones argentíferos de Ilmenau inundados desde 1739—, y de su trato con el fisonomista Lavater —cuyas exageraciones y extravagancias acabarán un día por hartarlo—, o con herboristas como Dietrich, o naturalistas como el estudiante Batsch y el profesor Büttner. Sonrían en buena hora los profesionales: Sömmering en Kassell, Blumenbach en Gotinga, Camper en Holanda. Torciendo el gesto, reconocerán a la larga que Goethe no se engaña del todo. Por lo pronto, la contemplación de los principios naturales hace más llevaderas las pequeñas reglas cortesanas de Carlota de Stein.

Goethe no preveía seguramente el premio que Weimar le reservaba. Si los negocios públicos, por una parte, ensancharon su conciencia social, por otra lo enseñaron a ver con nuevos ojos las realidades naturales. Un bosque ya no es meramente un paisaje, sino además un posible aprovechamiento humano. Las casucas de la pobre gente campesina han dejado de ser tan sólo pintorescas. Las rutas son algo más que avenidas de canciones y aventuras por donde discurren los bardos. Y para intervenir en la vida, para mejorarla, hace falta ciencia. “Llegué a Weimar muy ignorante en ciencias naturales, y me llevó a estos estudios la necesidad de dar consejos prácticos al gran duque en sus diversas empresas, construcciones, instalaciones.”¹¹ Su ciencia, hasta hoy borrosa, comienza a enfocarse por 1779, cuando su segundo viaje a Suiza, ocasión de muchas reflexiones sobre la formación y el color de rocas y montañas. Escribe a Carlota de Stein que empieza a percibir, como en panorama, las relaciones permanentes entre los hombres. Y al regreso de Suiza, Wieland, que lo observa con manifiesta simpatía, lo encuentra cambiado.¹² La salubre objetivación —el desprendimiento del yo doloroso— se abre paso. El ensayo *Sobre el granito* (enero de 1784) anuncia una nueva visión del mundo, a la vez artística y científica. De cierta manera, puede admitirse que la iluminación poética, en Goethe —la confianza intuitiva de la naturaleza— precedía a la investigación. Y la investigación, por fin, lo llevó hasta la más estricta disciplina, según lo atestigua Loder, el anatomista de Jena. A la patética sobreexcitación de Fráncfort, sin meta definida, sucede el entusiasmo científico. Si antes luchaba por sacudirse una posesión satánica, ahora se abraza con una afición provechosa, y hasta quisiera que todos sus amigos lo acompañaran y disfrutaran de su alegría. Cuando Schiller, en su ausencia, visita Weimar por vez primera (1787), nadie presta oídos a su filosofía escolar: todos se ocupan de geología y botánica, siguiendo el arrastre de Goethe. La botánica, que sin duda está más cerca de su alma, y allí muy cerca en su jardín —hasta la incorpora en su biografía—, confluye con la geología y la anatomía en busca de alguna doctrina general: “las leyes fundamentales de la estructura, la armonía de los efectos que señalan una causa común” y dan los reflejos de la divinidad *in herbis et lapidibus*.¹³ La telaraña interior vivificada en todas sus fibras, lleva mensajes a todos los puntos del espíritu, y todos se enlazan con puentes insospechados. Goethe ha llegado a ser, de veras, el *Pontifex Maximus*.

La renuncia, ante la mujer, es trabajosa; ante la naturaleza, es austera pero serena. Y Spinoza, leído con mayor atención, nos enseña que puede ser plácida. En torno a Spinoza se ha movido una controversia —Mendelssohn contra Jacobi— que logra apasionar a Goethe. En torno a Spinoza giran sus conversaciones con Herder. Lo ocupan asimismo otras lecturas secundarias: Saint-Martin, cuyo tratado *Del error y de la verdad* le parece una mezcla absurda de verdades y errores;¹⁴ y Hemsterhuis, platónico holandés, cuya *Astrea* acoge cuanto rechaza Spinoza —virtud de la imaginación, dualismo de Dios y el mundo, pruebas sentimentales y populares de la existencia de Dios, causas finales—, y que acaso le interesaba a Goethe por sus solas consideraciones éticas: el amor y la amistad, la unión ideal de las almas, etc. Nos aflige un poco figurarnos a Goethe y a Carlota de Stein inclinados sobre estas páginas, haciendo la Corte de la Paz Sentimental de La Haya. En cuanto a Hamann, nebuloso mago del Norte, genio inadaptado al gusto del *Sturm und Drang*, Goethe nunca lo olvidará, y todavía en 1813 pensaba en provocar la publicación completa de sus obras.

La evolución de Goethe respecto al concepto del amor, del deber social, de la naturaleza, está reflejada en su poesía lírica y en sus dramas de esta época, singularmente el *Egmont* y la *Ifigenia*. La evolución de sus ideas estéticas resulta de una somera comparación entre el *Goetz* o el *Werther*, el *Prometeo* o la oda *Al postillón Cronos*, a una parte, y a otra, la *Ifigenia*, *Elpénor*, *La roca escogida*, *La dicha aceptada*.

Dos obras merecen examinarse, las dos de la misma época: la primera parte del *Meister (La misión teatral)*, comenzada en 1777, y la *Ifigenia en Táuride*, cuya versión en prosa data de 1779. Hay una profunda diferencia entre ambas. *La Misión* no parece escrita por el autor del *Werther* o el *Fausto*, salvo las misteriosas figuras y canciones de “Mignon” y el “Arpista”. Corresponde más al espíritu de la Ilustración que al espíritu del *Sturm und Drang* y es un ensayo dialogado más especulativo que poemático. Es obra estructurada, lógica, propia de un escritor de oficio que no se entrega a los raptos de la inspiración. La *Ifigenia*, en cambio, aunque no en el rojo-blanco de la “era Fráncfort”, es un poema emocional. Goethe trabaja en dos niveles, y la novedad está representada por el “régimen intelectual” y el don selectivo de la *Misión*: tarea cerebral, prosa lenta y tersa, sin las invenciones verbales a que nos tenía acostumbrado. El aprendizaje del trabajo metódico puede explicarse por su inmersión en la vida activa.

Pero la antinomia entre la poesía y el gobierno no puede conciliarse de manera cabal, y *El bardo* —balada escrita en plena acción pública— rehúsa la cadena de oro que el monarca le ofrece: “Dala a tu Canciller, que añada este áureo fardo a los muchos que ya lleva encima. Yo no, que canto como el ave en la rama”. Y en el *Torquato Tasso* —tal vez comenzado por 1780—, el poeta se entiende difícilmente con “Antonio”, el hombre de negocios, al punto que este drama se ha considerado “como la primera y mejor manifestación de la naturaleza antisocial del artista en la literatura europea”.

Goethe no se declara, pues, satisfecho. Algo le falta todavía, apenas inicia la subida. Y luego, tras diez años de prueba, la resistencia a las disciplinas de Weimar comienza a

agotarse, y prácticamente, ellas han rendido ya todo su fruto. Fiel a sus normas, medita la evasión, una evasión que a su turno sea aleccionamiento. Un buen día del mes de septiembre de 1786, sale para Carlsbad. De allí, sin prevenir a nadie, escapa a Italia bajo el nombre de Juan Felipe Moller, comerciante en Leipzig. A su regreso, no volverá a ocuparse de los negocios meramente administrativos: ya ha exprimido bien la experiencia que necesitaba.

NOTAS

- ¹ Wieland a F. Jacobi: 10-XI-1775.
- ² G. a Lavater: 6-III-1776; a su madre: 16-XI-1777.
- ³ C. de Stein a Zimmermann: VI-1776.
- ⁴ Emilia Berlepsch a Herder: por 1778.
- ⁵ G. a F. Jacobi: 12-I-1785.
- ⁶ G. a su madre: 11-VIII-1781; a F. Jacobi: 13-VIII-1783.
- ⁷ G. a Knebel: 28-X-1799.
- ⁸ G. a C. de Stein: 2-III-1779 y 7-XI-1780.
- ⁹ G. a C. de Stein: 19-III-1781.
- ¹⁰ *Conversaciones de Goethe con Müller*: 14-IX-1823. En adelante: Müller.
- ¹¹ Müller: 16-III-1824.
- ¹² Wieland a Merck: 17-1-1780.
- ¹³ G. a F. Jacobi: 9-VI-1785; a C. de Stein: 15-VI-1786.
- ¹⁴ G. a Lavater: 9-IV-1781.

III

ITALIA

1786-1788

¡Dahin, dahin!

1. SENTIDO DE LA FUGA A ITALIA

Septiembre de 1786-junio de 1788

¡Qué felices días los de Italia! Evocarlos ya en la vejez, a la hora en que se sirve el vino, a la mesa donde se congregan Augusto, la vivaz Otilia y el joven Eckermann, mientras corretean los nietos sin hacer caso de las personas mayores, ¿es un placer o es un dolor? Goethe cambia la conversación de repente, con aquel temor de restarse fuerzas tan característico de sus últimos años. No de otro modo huía de la relectura del *Werther*.

Todo viaje es un alivio moral. Pone tregua a las obligaciones habituales, a las costumbres que se han vuelto tiránicas; desarma el sistema de trabazones entre el individuo y el ambiente, permitiendo una cierta huelga biológica. Viajar, por eso, es ser feliz. Partir es revivir un poco. Y más cuando el término del viaje es Italia, camino de la tradición, de la cultura eterna.

Goethe había heredado de su padre el amor a Italia. Además, Italia era lugar de peregrinación para los artistas alemanes. El anhelo acabó de cristalizar con las enseñanzas de Oeser y con el estudio de Winckelmann, y aun sin los apremios interiores que al fin lo empujaron al viaje, soñaba en él, por lo menos, desde 1756 y lo proyectaba en 1773. Apréciase la progresiva agudización de este anhelo en el *Meister*: “Mignon” y su canción soledosa datan de la era de Weimar.

La fascinación era tal que hasta producía inhibiciones como en el amante de Ovidio. Se lo ha visto, años antes, detenerse en el preciso momento de realizar su sueño: ya en Suiza, 1775; ya cuando pide el auxilio de Merck para convencer a su padre de que lo envíe a Italia; ya cuando salió de Fráncfort con ese destino y —según él cuenta—, al tocar Heidelberg, mudó el rumbo a Weimar. Por todas partes se llega a Roma y, sin embargo, cuando se decide a la grande aventura, todavía se apodera de él la superstición de que no alcanzará el deseado término si alguien descubre su salida. Así el guerrero de la balada se encamina hacia Carcassonne acosado por oscuros presentimientos. Por eso Goethe escapa, por eso su viaje es una fuga y tiene todos los encantos de una secreta iniciación. “Fausto” se acerca, temblando, al trípode sagrado.

¿Cómo pude, en un viejo libro —*El Suicida*, 1917— desconocer a tal punto la importancia del viaje a Italia? Aquella escapada significó para Goethe el descubrimiento de la luz, la luz mediterránea que tiembla en las telas de Claudio Loreno, desde entonces ya comprensibles a sus ojos. La profundidad en la claridad —el secreto de la *Odisea* y el secreto de Grecia— se le descubrieron ante el fulgor del mar siciliano. En su constante investigación del orden, ha presentido que el orden es la ley grecolatina, y va a comprobar su presentimiento sobre la materia viva de Italia, con aquella necesidad que sentía tan imperiosamente de ver las ideas encarnadas, operando en la naturaleza, en tanto llegaba a descubrir que el arte tiene sus normas exclusivas. De paso, rectificará una dirección equivocada —¡admirable adolescencia de cuarentón, medida a su talla de gigante!—, y al renunciar, por consejo de Italia, a la pintura, depurará para siempre sus inclinaciones dominantes, aunque sin dejar de lado, en ratos perdidos, el inofensivo “violín de Ingres”. Nunca se figuró seriamente que iba a ser pintor; pero el dibujo era un precioso auxilio de su estudio y de su trabajo. También dibujaban Victor Hugo, Ruskin, Paul Valéry, Chesterton, Hillaire Belloc, Focillon... No hace ningún daño.

Italia —explicará a Schiller en su primera conversación— “vive de los goces del presente, porque la dulzura y fecundidad de su cielo simplifican las necesidades, abreviando su satisfacción”. Los napolitanos no trabajan todo el día porque tal esfuerzo es inútil. Aun se diría que las desgracias, aunque se expresen con gran viveza, se les hincan menos en el corazón. También Renan, en carta a Berthelot, observa que el italiano se sacude fácilmente los contratiempos, mediante algo como una “coartada moral”.

Pensando en la labor oculta que esta lección de sencillez fue haciendo en su espíritu, me figuro que gracias a Italia llegó gradualmente a aquellas concepciones desnudas y esenciales que son, en el orden de lo sensible, un parangón de la “reducción fenomenológica” de Husserl. Un día de abril de 1827, paseaba por la carretera de Erfurt y exclamaba de pronto: “Siempre lo he dicho y ahora lo repito. El mundo no podría subsistir si no fuera tan sencillo. Este miserable suelo soporta con igual vigor las cosechas desde hace miles de años. Un poco de sol y un poco de lluvia bastan para hacerlo reverdecer a cada primavera, y así será indefinidamente”. Dondequiera que Goethe reduce a sus líneas maestras una maraña de ideas o incorpora, por decirlo así, su explicación en un objeto palpable, parece que se acuerda de Italia. La explicación, el entendimiento de la naturaleza, son para él una función de la hermosura visual. El paralelo que solía hacer entre el aspecto físico de los italianos y los alemanes es ya bastante expresivo sobre lo que encontró y adquirió en Italia. “La mano de Dios es menos legible en un rostro alemán que en un rostro italiano”, decía a Falk.

Italia, aparte de lo que en sí misma haya enseñado a Goethe, representó en su vida aquella interrupción oportuna, como la del cruzado que se iba a Jerusalén con el principal objeto de hallarse otra vez a sí propio y atajar el proceso de digestión del individuo por el medio. Todo hombre, en cierto momento, debiera someterse a una sacudida semejante. Italia, después de los años de solaz mundano, labor administrativa y sumisión amorosa, fue el viaje de expiación de Goethe. Al volver de Italia es ya otro, siendo todavía el

mismo, o si se prefiere, es más él mismo. Se ha librado del sedimento psicológico acumulado por su vida anterior. Al regreso, lo espera la obra, las *Elegías romanas* y el *Tasso* inacabado, dos reinos tan diferentes que sólo un emperador de sí mismo podía frecuentarlos alternativamente sin extraviarse. ¿Trajo alguna mala influencia de Italia? Una sin disputa: la desmedida afición a las grandes escalinatas, con las que echó a perder su casa de Weimar, reduciendo las habitaciones mucho más de lo conveniente.¹

2. LA NUEVA METAMORFOSIS

Tanto el traslado a Italia en 1786 como antes el traslado a Weimar en 1775 obedecen a una exigencia interior. Nunca hubiera Goethe emprendido este nuevo viaje sin una “verdadera necesidad”, y hacía tiempo que el solo recuerdo de Italia y hasta el pasar los ojos por los versos latinos lo hacían sentirse culpable:² le parecía que retrasaba una cita de honor. Teme que la disciplina de Weimar haya sido excesiva; que Carlota y el gobierno lo hayan distraído demasiado de sus verdaderas inclinaciones, ahora ensanchadas con el cultivo de la ciencia. Cuando poco antes se había puesto a juntar la primera edición de sus obras literarias, lo desconsoló el percatarse de que la era de Weimar daba una cosecha alarmante de fragmentos y esbozos, al punto que le parecía andar entre los papeles de un muerto.³

El viaje a Italia —sueño de “Mignon” realizado— había sido previsto como “un plan para corregir defectos y subsanar deficiencias”.⁴ La fórmula parece ambiciosa; la “racionalización”, excesiva. Las notas de viaje y las cartas nos demuestran que no lo fueron. Weimar presenció la primera metamorfosis de Goethe; Italia, la segunda.

Se detuvo en Carlsbad para no defraudar a la sociedad que festejaba su aniversario. Escapó furtivamente a las tres de la madrugada y amaneció en Zwota. La linda mañana de bruma le sugiere las primeras observaciones meteorológicas. A medio día llega a Eger, “cuya altura polar es la misma de mi ciudad natal”. Apenas en Ratisbona, ya siente que ha recommenzado la vida.⁵ Llegado a Verona, anuncia que volverá a Weimar renacido. Este año será el más importante de su vida, y está dispuesto a sacar el mayor provecho de su “salto mortal”. Muda de piel cada día, dice a Carlota. Durante medio año, éstas o parecidas expresiones se repiten hasta la saciedad, y todavía al año de haber comenzado el viaje asegura: “Cada día aprendo algo nuevo”. Cueste lo que cueste, el valor y la felicidad de su existencia se juegan en esta aventura. Su entusiasmo no fue, pues, esa embriaguez del primer instante que todos los viajeros conocen.⁶

Ni suspira por Weimar, ni se adelanta a imaginar lo que aún le espera, sino que se concentra en lo actual, deseoso de no perder un solo rasgo. Los versos latinos le acuden ahora como comentario para los objetos presentes, y dice que está “en conversación con las cosas”.

La preocupación científica lo acompaña como un fantasma: forma y formación de las nubes, dirección de los vientos, latitudes, régimen pluvial, estructura del suelo, flora: todo

ello es objeto de anotaciones y pequeñas teorías. El poeta, el pintor, han comenzado a contemplar el cielo con un nuevo interés. Su meteorología arranca de la primera semana del viaje.

Las costumbres y los monumentos empiezan a solicitar su atención en la llanura lombarda. Pero unas y otros, como cosas de la naturaleza, le arrancan ahora reflexiones sobre las fuerzas que los han engendrado, sobre su genética y su función. La necesidad de ver por encima de la cabeza del que está enfrente determina la figura de cráter en el anfiteatro de Verona. La estructura de Venecia o de Roma, como la de un bosque o una montaña, se entienden en relación con las energías naturales que las circundan y con las razones que fijaron su sitio. La geología, la botánica, la anatomía, ya habían iniciado un dibujo orgánico del mundo físico, dibujo que ahora se completa con la meteorología, la geografía humana y descriptiva, la arquitectura, la escultura, la pintura. Italia pasa a la categoría de “una de sus ciencias favoritas”.⁷ Sus cartas, sus notas, lo mismo que el *Viaje a Italia* compaginado veinticinco años más tarde, respiran igual doctrina: Las grandes obras de arte son obras de la naturaleza, realizadas conforme a sus leyes necesarias por intermedio del hombre. En una galería escultórica, siente que lo rodean “las fuerzas de la naturaleza en conmoción”. Si Platón cerraba su Academia al ignorante en las conmensuraciones, él no franqueará su puerta al ayuno de conocimientos naturales.⁸ La Catedral de Estrasburgo le había dado los primeros atisbos sobre el arte como un crecimiento vivo; aquel germen latente se desarrolla ahora en pleno vigor. Su filosofía se asienta más a gusto con el estudio del arte clásico. La telaraña sigue extendiéndose y cada vez abarca más. Las palabras “todo” y “conjunto” le llenan la boca y el alma.

Se deshace aquella reclusión de las ciencias en dominio aparte, que algunos quieren atribuir a la dualidad mantenida en su mente durante el embrujo de Carlota o eso que llamamos “Carlota”. Ahora lo contempla todo desde un solo punto de vista: su persona. Último humanista, la época le permite todavía intentar una reducción al orden humano de los nuevos brotes científicos —lo que sería imposible en la diferenciación actual del saber, mientras no aparezca el genio que lo realice—, juntando el inmenso racimo en una magna *Lebensphilosophie* o filosofía de la vida, y solicitando aquel maridaje de arte y ciencia que evoca los nombres de Vinci y de Albrecht von Haller: camino real de las intuiciones mucho más que armazón de lógica, armonía de las experiencias más que abstracción de los conocimientos. Todos los recursos interiores de Goethe “se han consolidado”.⁹

Pues bien —dice la mejor crítica—, sólo con referencia al previo drama de Carlota puede entenderse el desenlace de Italia. La vida de Goethe “aumenta como una bola de nieve”, y ahora será inevitable que Carlota quede arrollada. Si la turbulencia anterior de Fráncfort ha explicado la larga sujeción de Carlota, la demasiada limitación de Carlota explica la expansión de Italia. El viaje tenía, entre otros fines, “el curarlo de una antigua aflicción que venía sufriendo en Alemania”. Este año de 1786 “vino a libertar su índole natural de cierto morboso encantamiento”.¹⁰ A Herder, a Carlota misma, una y otra vez

les escribe desde Italia, afirmando sin rodeos que la forma latina lo ha dotado de solidez. Ello pudo haber sucedido antes, pero “el deficiente gobierno de su propio ser” no le hubiera permitido entonces aprovechar cabalmente la lección.¹¹ Poco tiempo después, el fruto se deja apreciar en las *Elegías romanas*. Se enlazan el ver, el desear y el hacer; “los ojos realizan la obra de las manos, las manos realizan la obra de los ojos”, mientras la mente mide y compara. Y se enciende el Eros filosófico en toda la magnitud de su tradición y su misterio.

3. EL ORDEN NATURAL

Nunca lo abandona su curiosidad por las ciencias particulares. El Jardín Botánico de Padua le dicta los primeros trazos sobre el posible desarrollo de toda planta desde una forma esencial y única. Observa, en Venecia, las conchas, las algas, la trabajosa subsistencia de la fauna marítima, los influjos del mar en la ciudad y los habitantes. Sale de Bolonia a caballo y recoge piedras por los Apeninos, aunque se había prometido no cargarse con demasiado peso. Con igual afán de verlo y estudiarlo todo, emprende la ruta de Roma, meditando en la esterilidad de la campiña. Colecciona y envía a su ayudante Seidel granos y flores. Se dirige a Nápoles, extasiado con los juegos de la luz en el mar, las penumbras de la arboleda, las higueras, los mirtos, olivos, granados y naranjales. El Vesubio, la bahía, la gruta del Pausílopo, las tempestades... ¡Con razón su padre no podía olvidar a Italia! El Vesubio propone la inquietante tesis del volcanismo, que parece perturbar las nociones evolucionistas de Goethe, las cuales casi han asumido para él una trascendencia moral. Se aplica a desentrañar, entre aquella diversidad de vegetales, el tipo primero de la planta. Se alarga hasta Sicilia, con la esperanza de adivinar desde allí lo que pueden ser las lejanías de África y aun de Asia. Palermo enriquece sus noticias geológicas y botánicas. Por un instante, se le atraviesa el recuerdo de Esqueria, y acude a una librería para releer el pasaje homérico sobre los venturosos feacios. Vuelve a la obsesión platónica de la *Urpflanze* o planta de las plantas, lo uno que se oculta tras lo múltiple. Parece confirmar sus sospechas cierto pie de hinojo cortado con mano temblorosa en Segesta. De regreso a Roma, pide a la baronesa de Stein que comunique a Herder la estupenda noticia: —Ha entrevistado la planta madre, la planta que explica todas las plantas, punto de partida asimismo para provocar otras especies que aún no existen. Si tuviera diez años menos —escribe a Knebel— iría hasta la India, no en busca de novedades, sino para examinar a la luz de su método lo que ya conoce: la *harmonia plantarum*, apenas sospechada por el microscopio y que él descubre a la simple vista. Pone a contribución a sus amigos, consulta la ciencia de Reiffenstein, explica su idea a Moritz para aclarársela a sí mismo, y empieza a redactar el resultado de sus estudios. Tal vez este principio de la vida vegetal —que organiza y rectifica a la vez la obra de Linneo— pueda extenderse a los demás órdenes naturales.

Pero tampoco olvida sus afanes por explicarse, con ayuda de la anatomía y la osteología, el bello equilibrio de la figura humana; y se abisma ante el Desollado del Hospital de San Spirito.

Prosigue en sus notaciones meteorológicas, con el empeño de buscar la ley más allá del cambio; y aunque sólo en 1815, al verse confirmado por Howard, se atreverá a publicar sus ideas, es notable que desde 1786 haya percibido la influencia de la atracción terrestre en las mudanzas atmosféricas.

Mal hubiera podido prescindir de la óptica ante aquella fiesta de colores que le ofrecen los paisajes y las pinturas de Italia. Y se lanza a sus divagaciones poético-científicas. De paso, la claridad italiana, más expresiva a la luz de la luna que a la luz del sol, educa sus ojos y le permite apreciar la relación de tonos y contornos, lo que le disimulaban los cielos grises de Turingia. De suerte que Italia demuestra sus adivinaciones de Weimar: la simplicidad de los principios fundamentales en que reposa la profusa variedad de las apariencias.

4. EL ORDEN ARTÍSTICO

El ideal estético a que había llegado —libertad de la forma artística y variedad de clasificaciones— era aún libresco y abstracto —lecciones de Oeser, lecturas de Mengs y de Winckelmann, yesos de Dresde o Mannheim—. Necesitaba confrontarlo con el repertorio de arte que es Italia, necesitaba aún el marchamo de la intuición.

No esperemos, con todo, que los ojos venzan de una vez ciertos prejuicios teóricos y morales a favor de la grandeza antigua: el anfiteatro de Verona lo deleita, pero es indiferente para las iglesias románicas y góticas y le impacienta el amontonamiento de las telas modernas. Si admira al Palladio, en Vicenza, es porque en su arquitectura encuentra una conciliación entre la verdad antigua y la mentira moderna. Para mejor entenderlo, compra en Padua su *Tratado* y se dedica a estudiarlo en Venecia: quiere curarse racionalmente de ser moderno, libro en mano y a la vista de la Caridad, San Giorgio, la Redención; y luego se extasía ante los leones del Arsenal, los caballos de San Marcos, el colosal Marco Agrippa, anotando cuidadosamente a Vitrubio. No es ciego al colorismo del Tintoretto, de Tiziano y del Veronés, pero los monumentos modernos no lo convencen. San Marcos es un contrasentido, un cangrejo enorme; el palacio de los Dogas, una extravagancia; Santa Maria della Salute, producto del mal gusto; se empeña en no reconocer las maravillas del Gran Canal. Quiere, a la fuerza, reaccionar contra su anterior goticismo y castigarlo con la severidad del templo griego. Su teoría de la correspondencia entre el asunto y la forma, y su convicción de que los asuntos cristianos del Renacimiento son inferiores, empañan su libre contemplación. Da la espalda a su antigua tesis sobre Falconnet, respecto a la indiferencia del asunto y la preeminencia de la personalidad del artista.

Sólo se detiene ante el ascetismo cuando no ha escondido la belleza humana. El Guerccino lo seduce en Cento por su gracia y su libertad. ¡Es una pena que tantas veces

se torture en temas ingratos! En Bolonia, la Santa Cecilia o la Santa Ágata de Rafael lo deleitan como obras de inspiración antigua, sencilla y salubre. Pero los atormentados y gesticulantes de Guido lo horripilan. Siempre, y en todo, la ley de acomodación a la naturaleza: el pequeño templo de Minerva de Asís, pero no el convento ni la tumba de San Francisco, “para no perturbar su imaginación”; en Spoleto, el acueducto romano. Aleja con disgusto el recuerdo del castillo de Weissenstein, inutilidad ficticia y monstruosa que visitó unos años antes. Sólo la necesidad íntima sustenta el arte verdadero. “Desde que ando por Italia, no cabe en mi mente una idea falsa.”

Con alguna inquietud cruza la Porta del Popolo en Roma, por miedo a que lo decepcione el interior del santuario. Las ruinas de antaño, las antiguas joyas de los museos lo ponen en éxtasis. Ante el Apolo de Belvedere aprecia la superioridad del mármol sobre el yeso, y su teoría respecto al valor del asunto empieza a completarse con la importancia de la materia en que se incorpora el objeto de arte. Se empeña laboriosamente en descifrar la vieja Roma entre el laberinto de la actual. Las logias — diversiones espirituales—, la “Escuela de Atenas” de Rafael, sólo le procuran un “placer imperfecto”. Los frescos de la Sixtina, en cambio, lo dejan estupefacto y arrobado. “La naturaleza misma me parece muda, pues no poseo, para admirarla, ojos tan grandes (como los de Miguel Ángel).”

El chubasco de impresiones artísticas lo desconcierta. ¿Podrá absorber tamaño espectáculo? Acaso sea más fácil estudiar la naturaleza que el arte. Aquí las leyes son más difíciles de establecer y se enredan con tradiciones. Roma le da y le quita mucho. Se compara con el torrero que derrumba y rehace su construcción. Miguel Ángel conmueve las certezas que creyó encontrar en Palladio. La medida común no parece acomodar al gigante.

Cierra por un instante los ojos y vuelve al Júpiter colosal, a la máscara de Juno que parece un canto de Homero. Ahora, con ayuda de Winckelmann, busca la evolución de los antiguos estilos. Para mejor apreciar la estatuaria, insiste en la anatomía. Quiere vivir plenamente sus experiencias, pasarlas por sus manos; pinta y dibuja bajo los consejos de Tischbein. Pero el paisajista Hackert, en Nápoles, le hace ver lo mediocre de sus intentos, y lleva consigo a Kniep en su visita a Sicilia, para que dibuje a cuenta suya los sitios y monumentos cuyo recuerdo le importa.

Lo hostiga el ansia de encontrar en el arte —como en botánica— un principio común, un tipo fundamental. Esto tomará tiempo, y se llena de alegría cuando el duque lo autoriza a prolongar su ausencia por otro año. Pompeya, Herculano, Portici, el templo de Neptuno en Paestum, muy importante todo; pero ¿qué vale todo eso junto al cielo azul y el mar radioso? Sicilia está llena de mal gusto. El príncipe Pallagonia vive rodeado de cosas absurdas. Muy preferibles las colecciones numismáticas de los príncipes Torremuzza y Biscari; y desde luego, el templo de Segesta, que le sugiere nuevas reflexiones sobre los zócalos de las columnas, asunto que le preocupa desde Asís. ¡Lástima que no haya aceptado ir a Grecia con el príncipe de Waldeck, para definitivamente olvidar el seudoclasicismo a lo Palladio! En todo caso, la naturaleza

siciliana le ha revelado la verdad de Homero, de la *Odisea*. La naturaleza inspira todo el arte de los antiguos, y no el capricho de una raza o de un individuo.

A su regreso a Roma, la fiebre científica ha cedido el sitio a la fiebre artística. Convive con los artistas alemanes Bury, Schütz, Moritz, Meyer, Hackert y Angélica Kauffmann. Sus ojos han progresado —dice— y no quiere que su mano se quede atrás. Anhela aprender a fondo el oficio, y sus amigos lo ayudan. Pero sobreviene el desaliento: el arte, como la sabiduría y la dicha, sólo nos dejan tocar el extremo de su manto. Intenta entonces acabar sus operetas, aprovechando la presencia del músico Kayser. Vuelve al dibujo, a copiar las partes del cuerpo bajando de la cabeza a las extremidades, y al fin se confiesa que es demasiado tarde. Por lo menos, ha aprendido a ver con estudio. Ya no teme el enfrentarse con las obras modernas. Logra equilibrar su admiración entre Miguel Ángel y Rafael. Ya sabe distinguir épocas y estilos. Examina con atención los dibujos que Cassas ha traído de Oriente. Sin abandonar su ideal clásico, admite una buena parte de eclecticismo. Y deriva todas sus reflexiones, como de costumbre, hacia la meta del equilibrio ético. En el fondo, este romántico se ha vuelto pagano. Huye de la Edad Media; y si no aprecia a los primitivos —salvo al preclásico Mantegna— recordemos que aún no había nacido Ruskin. Para ser justos, hay que situarlo en su época, la época de Winckelmann. Sus juicios sobre la pintura italiana —más poéticos, sentimentales o filosóficos que pictóricos— son, a los ojos de algunos críticos, tan absurdos como los de Stendhal.

No logró cautivar a Goethe el teatro de Italia en aquellos días. La gran ópera “es un monstruo sin vida ni savia”. Los bailetes tienen siquiera amenidad. La ópera bufa es discordante y disparatada. Algún drama, pasable; las comedias, más deglutibles. Cimarosa, acaso porque Goethe andaba preocupado con sus propias operetas, le divierte un poco. No lo convence el entusiasmo por el *Aristodemo* de Monti. La dicción de algunos actores, herederos de la antigua tradición oratoria, y el empleo de las máscaras, lo hacen meditar.

La música le atrajo más: en Venecia, un oratorio de los Mendigos; en Roma, un concierto vocal el día de Santa Cecilia. En casa de Tischbein, él mismo —para agradecer cortesías— ofrece un concierto organizado por Kraus, maestro de capilla de Weimar, y con ayuda de los cantores de la Ópera Cómica. Cuando, a fines de 1787, aparece Kayser, consagra un estudio más detenido a la música.

Los escritores lo fatigan por su empeño de reclutarlo en sus opuestas facciones, y aunque se deja llevar a la Academia Arcádica, se retira discretamente. No le interesa el discutir la respectiva jerarquía del Ariosto y del Tasso. Sólo lee con gusto los cuentos galantes de Casti.

5. EL ORDEN SOCIAL

I

El viajar es arte de acicate y freno, como la equitación. Las novedades atemorizan o entusiasman más de la cuenta, y sostener el paso medido supone un cuidado constante y una atención sin desmayo. El despejo y hasta la altiva negligencia, las costumbres y vestiduras pintorescas, aquella alegría vegetativa y aun la sensibilidad extremosa encantan a Goethe, que ofrece a Carlota, para cuando vuelva, todo un alegato en defensa del pueblo italiano, muchas veces mal entendido. Pero tampoco dejan de irritarle, en Venecia, ciertas exuberancias superficiales; en los campesinos de Umbría, el descuido de cigarras incapaces de tomar precauciones para el invierno; las necias rivalidades entre poblaciones vecinas; las discolerías de las clases sociales; el exceso de pasión verbal; la pésima administración de los Estados Pontificios; el catolicismo, ya un poco exangüe; la violencia y grosería del populacho romano, indiferente a los esplendores de su ciudad; la artificiosa alegría del Carnaval, que halla fingida.

Nápoles, en cambio, brinda el confortante espectáculo de un contentamiento natural y nada costoso, bajo la caricia de su cielo magnífico. Allí se vive de la hora presente, pero él se confiesa demasiado alemán para aprovechar aquella lección horaciana, con un ánimo muy semejante al de Renan cuando se siente bárbaro ante la Acrópolis. Sicilia le da el sentido de la vida homérica y patriarcal, y acepta de buen grado las faenas de prepararse la comida y hacerse la cama en aquellas ventas mal provistas. Vuelto a Nápoles, se aficiona a mezclarse con la gente de la calle, barqueros, pescadores, vendedores de limonada, los activísimos *lazzaroni*. Los moradores de la feliz Campania entienden la vida como en los días de Plinio. Se rodean de flores, telas vistosas y ornamentos de oro hasta para embellecer la muerte. La mundanidad es aquí también más plácida que en Roma; y la moral de manga ancha en los salones del embajador inglés — siempre acompañado de su linda amiga Miss Harte, la futura Lady Hamilton—, los duques de Ursel y la duquesa Giovanna, parece hallar una justificación en el ambiente físico: no hay que juzgarlo según cánones septentrionales.¹²

Esta visita al mediodía lo pone optimista y complaciente. Organiza más cuidadosamente su albergue en Roma, su vida de trabajo y su vida social, y aun se promete visitar a los cardenales, acaso por allanarle el camino a la duquesa Amalia, que está por llegar.¹³ Con todo, el pueblo romano no le agrada. Algunas cartas demuestran que estudió las costumbres contemporáneas algo más de lo que revela su *Viaje*, y aun parece que se proponía hacer una pequeña memoria sobre las instituciones del Estado romano; pero al fin prescindió de cuanto no afectara directamente a su propia educación en Italia.

II

Aunque las cuestiones religiosas han dejado de serle una tortura íntima, siguen interesándole como asunto histórico. Admira en Baviera el convento de Waldsassen, y en Ratisbona, el sentido práctico del clero. Las representaciones teatrales en los colegios de

la Compañía de Jesús le parecen un excelente recurso de catequismo, y cree advertir en los edificios jesuíticos un propósito —que no censura— de impresionar los sentidos y deslumbrar a las masas, hasta con exageraciones chillonas, en vez de “perpetuar una devoción gastada y envejecida”. Escucha con afabilidad, cerca de Innsbruck, el relato de una joven arpista sobre su peregrinación a Nuestra Señora de Einsiedeln; o en Wolfratshausen, las quejas de los moradores porque Dios no les envía el buen tiempo. Le divierte la impaciencia del cochero por llegar a la misa y procesión de la Madre de Dios. No se ríe del viejo cura que, en la iglesia abandonada de Trento, lanza imprecaciones contra el papa y llora sobre la decadencia de la orden jesuítica. Se encoge de hombros ante la casa que el Diablo edificó en una noche, y observa que la casa es la más bonita de la ciudad. Le complace que, en Verona, en vez de los caballeros que oran, armados, rígidos y con los ojos en blanco, un matrimonio se asome por el nicho como a un balcón, o el padre moribundo parezca conversar tranquilamente con su familia: sentimiento apacible de la muerte que opone al ascetismo adusto. El coronamiento de María, del Tintoretto, en el Palacio Bevilaqua, le parece, en cambio, “una concepción estúpida ejecutada con hermoso genio”. Le agrada, en los dominicos de Vicenza, un Niño Jesús espantado ante los Reyes Magos. Todas sus observaciones son más humanas que religiosas, y se explica por eso su piedad para los infelices peregrinos alemanes que viajan de Padua a Venecia y a quienes el clero católico ha recibido con desconfianza, en tanto que los protestantes se han apresurado a socorrerlos. A bordo del barco que surca las aguas del Brenta, hace una colecta para ellos, distribuye en su nombre las estampas con oraciones latinas y obtiene del piloto la promesa de que los amparará en llegando a su destino. La fe de los humildes le parece cosa respetable.

Pero, según penetra en Italia, se apodera de él una irritación volteriana contra los que explotan las creencias. Y no se refrena para declarar a Carlota que la arquitectura de San Marcos corresponde a las locuras que se han predicado bajo su techo. En cuanto se apela a los sentidos, el hombre acepta cuanto le proponen: de aquí que la iglesia de San Roque se haya enriquecido por la superstición que atribuye a la Virgen el fin de la peste. Encuentra espléndido para la pintura el tema de Dánae, y estéril el de la Visitación. Aun antes de llegar a Venecia, se ha cansado de los templos y de la pintura religiosa. En Cento, le repugna la herida en el costado de Cristo. Lamenta el talento despilfarrado de los Carracci, del Guido, del Dominiquino: todo aquí es anfiteatro quirúrgico, patíbulo, muladar, malhechores, extáticos y perturbados. Pero aprueba el pudor de una Madona al desnudar el seno, y la naturalidad de la Virgen de Guido, en Bolonia, que amamanta al Niño, como con duda y resignación, como a un ser sobrenatural sustituido al hijo de su carne. (Anuncia la crítica de Walter Pater.)

En Lugano, le asquea la calumnia religiosa encarnada en un capitán de los ejércitos papales. En Terni, al acercarse a Roma, observa con disgusto a los católicos que lo acompañan, en quienes parece haberse borrado toda huella de pureza cristiana, y como en su poema del *Judío Errante*, piensa que si Cristo volviera sería otra vez crucificado. Lo decepciona, al llegar a Roma, que en la fiesta de Todos los Santos no se celebre a todos reunidos como él esperaba, sino que cada comunidad se consagre aparte a su

patrono; y que, en la misa del Quirinal, el papa se limite a oficiar como cualquier sacerdote, sin dirigir a sus ovejas algunas palabras eternas, como lo hacía el Divino Maestro. Se asfixia entre el incienso y, tirando del brazo a Tischbein, sale precipitadamente “en busca del arte libertador”. No es mejor su reacción ante la misa de Navidad en San Pedro. El rito griego, en la Epifanía, le resulta “más teatral y pedantesco que el rito latino”. “Estoy demasiado crecido —añade— para lo que no sea la verdad. Estas ceremonias, óperas, procesiones y danzas se deslizan sobre mí como el agua por la tela encerada.” Ante las recitaciones de un seminarista en el Colegio de la Propaganda, tras un grave discurso sobre si la Virgen María llegó a recibir a los Reyes Magos, el público ríe como ante una farsa. Repite anécdotas satíricas. La bendición de los cirios en la Sixtina es un “Hocuspocus”. “Los actores hacen inauditos esfuerzos para alegrar al público, y los sacerdotes para ponerlo en ánimo piadoso, pero sólo tienen éxito con cierta clase de gente. Ambas artes han degenerado.”¹⁴

Durante su viaje al sur juzga menos y observa con mayor atención. El clima favorable lo hace indulgente, como ya lo hemos advertido. Las fachadas de colorines de las iglesias; el capuchino que conmueve a sus feligreses contando su vida de pecador; la capilla de Santa Rosalía en Monte Pellegrino —donde se admira a la santa dormida ingenuamente en su gruta—; los festejos y cohetes a la puerta de los templos; las campanas y órganos de Pascua, más bien le divierten. El grotesco desfile de trajes talares y suntuosos, con el virrey de gran uniforme a la cabeza, en medio de aquellas calles lodosas, le hace pensar en los hijos de Israel que el ángel conducía a pie enjuto por los pantanos.

Cerca de Capri sobreviene una borrasca que casi da al traste con el barquito; y los pasajeros, las mujeres especialmente, cubren de injurias al capitán. Se le ocurre a Goethe, aunque iba mareado, predicar la calma recordando el paso del Tiberiades, y propone implorar a la Madre de Dios para que interceda ante su Hijo. Las mujeres caen de rodillas y todos oran. Goethe, nuevamente, hace honor a la religión de los humildes.

La celebración del 26 de mayo, en Nápoles, provoca en él simpáticas apreciaciones sobre la sencilla virtud de San Felipe Neri, adversario del clericalismo corrompido que, según Olivier Leroy, impresionaba a Goethe *pour son étourdissante fantaisie*.

Pero, en llegando a Roma, otra vez se apodera de él la impaciencia. Volvemos al tono de censura. No quiere relacionarse con el alto clero; y aunque logran interesarle las ceremonias de Semana Santa y la humillación del papa ante la Cruz, no modifican aquella actitud que ha de manifestarse en los *Epigramas venecianos*.

Las anteriores notas de viaje no corresponden al arte ni a la religión propiamente, sino al juicio social. Cuando recibe los *Diálogos sobre Dios*, de Herder, se felicita de hundirse en el sentimiento de la verdadera religión.¹⁵ La lectura lo devuelve a su mística de la naturaleza. Declara su aversión definitiva para los falsos profetas, llámense Lavater, Jacobi o Claudius, que confunden la revelación y el conocimiento racional. Se afirma en su spinozismo “rectificado” (el “error verbal” de éste, según Herder, consiste en haber identificado, por culpa de Descartes, “extensión” y “materia”), y procura convencer a su amigo, el indeciso y neurasténico Moritz.

III

Hasta su solicitud para el prójimo —que vimos nacer en Weimar, donde se metió por el Harz en pleno invierno para consolar a un pobre muchacho afligido del “mal de Werther”— se ha desarrollado. Ante todo, parece haber creído muy seriamente, a juzgar por la insistencia con que lo afirma en sus cartas, que, al perfeccionarse en Italia, está preparando un ejemplo benéfico a sus amigos distantes. Además, sus rasgos de filantropía para sus compañeros alemanes de Italia llegan a extremos increíbles. Cuando Moritz —el novelista y singular filólogo— se fractura un brazo, Goethe se instala a su cabecera con verdadera devoción fraternal, y le presta todos los servicios de un criado y hasta de un confesor. (Más tarde, lo hará nombrar catedrático en Berlín.) Hospeda y guía como a un niño a Fritz Bury, pintor de Hanau. Recomienda calurosamente con Wieland al arqueólogo Hirt y pide a Herder que le haga ganar algún dinero. Encarga al grabador Lips, para ayudarlo, la ilustración de sus libros. Propaga los merecimientos de Tischbein. Da dinero al músico Kayser. El pintor suizo Meyer se le asocia para toda la vida. Cuando parte de Italia, todos se sienten como huérfanos. Esta caridad se extiende a los extraños. Visita en Palermo a los padres de Cagliostro, que viven en la miseria, y más tarde procura auxiliarlos de algún modo anónimo, enviándoles el producto de la representación del *Gran Copto*, obra inspirada en la figura de aquel singular embaucador. Reconozcamos que la ocurrencia es epigramática.

IV

La relación epistolar con Carlota, siempre regular, muda de tono gradualmente. Comienza con vagas disculpas y recriminaciones. La dama, que no recibió a tiempo sus primeras misivas, se queja de la fuga y del abandono. La correspondencia continúa con las habituales manifestaciones amorosas, cada vez más mezcladas de impresiones de viaje; y poco a poco desemboza la alegría de su feroz independencia. No sabemos lo que pudo ser aquel idilio con la Linda Milanese en Castel-Gandolfo; algo sabemos de Faustina, la muchacha que prepara el escenario de las *Elegías romanas* en que ha de instalarse más tarde Cristiana Vulpius. Pero nos damos cuenta de que Goethe ha recuperado su equilibrio viril. Carlota que, amén de su instinto de mujer, tiene ya edad para percatarse del cambio acontecido, no se hace ilusiones. En ciertos jueguecillos poéticos, la oiremos decir que “nunca más gozará la dulce mirada de su amigo” y que, en adelante, la espera “la eterna soledad”.

Goethe se ha encontrado a sí mismo y no disimula su alegría de que lo dejen acabar a su manera la cura de Italia. Aun se las arregla para evitar que se le reúna la duquesa Amalia, y de una vez anuncia las nuevas condiciones para su futuro trabajo en Weimar: “Serviré mejor que nunca si se me permite hacer únicamente lo que nadie puede hacer por mí”.¹⁶ ¿Le interesaba reconquistar en Italia la libertad del bohemio que antes pudo haberlo seducido? Ya hemos comprendido que había logrado otra libertad más profunda.

Y como no era cosa de abandonar las comodidades y la situación ya adquiridas, pudo volver a Weimar. Iba más ligero de equipaje, a pesar de los ejemplares mineralógicos. Todo lo llevaba ya en sí mismo. Cuanto se ha escrito contra el viaje a Italia queda resumido en pocas palabras: No fue, por suerte, un viaje de especialista. Y si, allá, en Weimar, sus amigos se quedaron en el punto en que él los dejó, mientras él continuó su marcha, peor para ellos.

Como antes había agotado la experiencia de Weimar, ahora ha absorbido cuanto Italia podía ofrecerle. En marzo de 1790, volverá por unos días a Venecia para acompañar el viaje de regreso de la duquesa Amalia, pero ya no tiene nada más que decirnos: la hora de Italia ha pasado ya. Además, él ha superado la era de las efusiones epistolares.

NOTAS

¹ Carta de Schönborn a Gerstenberg: 1773; carta de G. a su madre: Roma, 17-X-1786; Schiller a Koerner: 7-IX-1788; Falk: 17-VII-1792, 20-IV-1825 y 10-IV-1829; Eck.: 10-II-1827, 3-V-1827 y 21-III-1830.

² *Diario*: Roma, 10 y 27-X-1786.

³ G. a Carlos Augusto: 17-III-1788.

⁴ G. a Knebel: 24-VII-1786.

⁵ *Diario*: 5-IX-1786.

⁶ G. a Herder: 18-IX y 13-XII-1786; a C. de Stein: 20-XII-1786, 20-I y 1-X-1787.

⁷ G. a C. de Stein: 29-XII-1786.

⁸ *Viaje*: 5-X-1787, IV-1788.

⁹ *Diario*: 23-VIII-1787.

¹⁰ G. a Carlos Augusto: 25-I-1788; a Eichstädt: 29-I-1815.

¹¹ G. a Kestner: 10-XI-1788.

¹² G. a C. de Stein: 25-V-1787.

¹³ G. a Carlos Augusto: 25-I-1788.

¹⁴ G. a C. de Stein: 6-I y 2-II-1787; a Carlos Augusto: 3-II-1787.

¹⁵ *Diario*: VIII-1787.

¹⁶ G. a Carlos Augusto: 27-V-1787.

IV

EL SEGUNDO WEIMAR

Junio de 1788-julio de 1794

1. INQUIETUD Y SERENIDAD

Salió de Roma el 22 de abril de 1788 y llegó a Weimar la noche del 18 de junio. Y es que al principio iba despacio, le costaba trabajo arrancarse a la “montaña de imán”.¹ Se recitaba la queja de Ovidio camino del destierro. Aún admiró telas y mármoles en Florencia. El Correggio, en Parma, logró distraer su melancolía; y en Milán, la Cena de Leonardo lo compensó de las “ineptas formas” del Domo. Pero, una vez en tierra alemana, apenas se detuvo unos días en Constanza para saludar a Bárbara Schulthess: “Frau Baebe”, la “cordial, bella y buena”, recordada en “la muchacha morena” de los *Años de viaje*, a quien se debe la preservación del primer estado de la *Misión teatral*, luego refundido en el *Meister* definitivo; que Goethe comunicó a su madre, ésta a Bárbara, y Bárbara hizo copiar a su hija. Tras este breve alto en Constanza, Goethe, enderezando por Augsburgo y Nuremberg, se apresuró a volver a Weimar.

Ahora sabe ya de fijo lo que antes sólo adivinaba. Su seguridad, por contraste, va a impresionar a muchos como alejamiento y despego. Ya no necesita volcar el corazón en sus cartas, ni importunar a los demás con sus incertidumbres. En más de cuarenta años que le quedan de vida, apenas habrá una media docena de cartas confidenciales. En la correspondencia ulterior, dictada a los secretarios —véanse las misivas a Zelter o a Mariana Willemer— domina el carácter impersonal. Ahora consulta consigo mismo.

Ni qué decir: el fuego interior no se extingue: “electricidad”, pondera Riemer en 1803. Y, a pesar de la máscara defensiva de las grandes ocasiones, Juana Schopenhauer, la madre del filósofo —mujer literata y pedante, pero perspicaz y de buen alma—, todavía descubre en 1806 los relámpagos de tremenda movilidad en aquella fisonomía y adivina lo que ellos esconden. Carolina Flachsland, hoy Carolina Herder —su antigua compañera en las travesuras pastoriles de Darmstadt—, acertó desde el primer instante, y al encontrarlo de regreso de Italia, exclamó: “¡El mismo cama-león de siempre!”² Veit repetirá en 1794 la observación de Kraus, veinte años atrás, sobre aquella singular costumbre de cortar inesperadamente la conversación y alejarse sin explicaciones. Schütze, que todavía lo halla proteico hacia 1810 —lo mismo que Soret en 1824— llegó a interrogarlo directamente sobre estas rarezas de su trato. Goethe le explicó que la gente

se le quedaba atrás, y cuando pensaban verlo en Weimar, él ya andaba en Erfurt. Pasados los ochenta, todavía dice a Zelter que necesitaría tener un taquígrafo dentro de la cabeza. Pero sólo a Schiller confesará que la parte irracional de su naturaleza sigue atormentándolo: “cierta oscuridad e indecisión que no logro dominar aunque las percibo”.³

Siempre que lo perseguía una obsesión, se escondía tras un fantasma (*Poesía y realidad*, XX). De una huyó en el *Goetz*, de otra en el *Werther*, arrojándolas como lastre para poder subir. Lo propio hace en el *Egmont* y en el *Tasso*, donde parece que descarga toda una realidad opresa durante el primer Weimar. Pero estas descargas —que en rigor explican toda su obra poética— no son más que aseos transitorios. *Werther*, por ejemplo, no consumió toda la pólvora. Goethe lo releyó diez años después de publicado, y... “me guardaré de volver a hacerlo —confesaba—. Es un libro lleno de materias explosivas. Me causa una desazón tremenda. Temo caer otra vez en el estado patológico que lo produjo”.⁴ Y el *Tasso* ¿no es, como la define Ampère, un “*Werther* potenciado”? La melancolía fue dada al hombre con la conciencia de su destino, pero también misterioso alambique para transformar en eternidades los instantes, como cantaban los ángeles en el prólogo del *Fausto*. Esta destilación del mal en virtud, a que se reduce el don poético, ni es “olimpismo” o indiferencia, ni es miedo al dolor, sino redención por el espíritu. Tampoco data del viaje a Italia; existía de todo tiempo en la nebulosa goethiana. Pero la catarsis, antes instintiva, se vuelve ahora un recurso consciente, acción perseverante que va sometiendo poco a poco los giros errabundos del alma.

Nos indigna, por eso, la insensibilidad de Robertson, quien se ha dejado decir que, a su regreso de Italia, Goethe “ha perdido su alma de artista”. La dedicatoria del *Fausto* —escrita a los cincuenta años—, el monólogo inicial de “Epimeteo” en la *Pandora* —escrito a los sesenta— permiten apreciar la vitalidad del viejo que evoca su juventud. El vaivén de pena y alegría con que “Fausto” contempla el amanecer —no escrito antes de los sesenta y seis—, expresan las inexhaustas reservas del *Sturm und Drang*. Las *Elegías romanas*, llenas de viril autarquía, y el despertar amoroso, a los setenta y cuatro años, en la *Elegía de Marienbad*, son testimonios de aquella riqueza emocional ya gobernada.

Hoy es moda deleitarse ante el espectáculo de la propia disolución, y hasta el “feísmo” se cotiza en la estética. Cierta mal olor pasa por ser prenda exquisita. Dolencias son de épocas arrebatadas y excesivamente mudables, y duran mientras se define un nuevo ideal de la especie. Si de veras fuera posible traer a Goethe entre nosotros, averiguaríamos que esta serenidad hacia la que ahora se encamina no es más que una inquietud de orden todavía superior, y que abarca en sí las inquietudes más individuales y estrechas. En esta capacidad de construcción clásica, acontece con la moral lo que con los versos. Los renglones de la *Ifigenia* o del *Tasso* quedan labrados firmemente, de modo que parezcan inmóviles, pero los recorre una fuerza trepidante y perturbadora. Consecuencia del bien pensar y el bien escribir, el dolor como que se regocija en la expresión cumplida y logra hacerse soportable. El dolor, por magia del arte, aprende a participar del gozo.

Mas no acusemos a nuestra época, cuando precisamente la anterior divagación se nos ofrece a propósito de lo que aconteció a Goethe por los días del segundo Weimar. Él volvía anhelante de mostrar sus tesoros. Pronto se convenció de que los gustos generales lo buscaban todavía en Weimar... ¡y él ya andaba en Erfurt! Para mejor entenderlo, vamos a revolver un poco los papeles que traía en sus maletas.

En sus días de Italia, y a pesar de sus múltiples actividades, logró dar término a algunas operetas; al *Egmont* y a la *Ifigenia en Táuride*, cuya lectura Angélica Kauffmann escuchaba con las lágrimas en los ojos; adelantó un poco el *Tasso*, el *Fausto*, el *Meister* y *El Judío Errante*; sin duda empezó las *Elegías romanas*; y planeó una *Ifigenia en Delfos*, y una *Nausícaa*. La escena de “La cocina de la Bruja” —donde “Fausto”, rejuvenecido, ve aparecer en el espejo la imagen de “Helena” y su belleza inmortal— fue escrita por febrero de 1788 bajo las frondas de la Villa Borghese y es un símbolo de su viaje. La *Ifigenia* y el *Tasso*, obras planeadas y comenzadas años atrás, aunque muy transformadas y corregidas, conservaron el antiguo espíritu. Con todo, las transformaciones y retoques, encaminados a darles mayor solidez y equilibrio, no fueron entonces comprendidos. Ya, en el *Egmont*, choca a las señoras de Weimar la apoteosis de “Clara”, hija del pueblo, y la actitud del héroe, cuyos ideales de libertad se levantan muy por encima de la fascinación egoísta y amorosa, morbosidades de que aún no se emanciparon ni “Werther” ni “Torcuato Tasso”, Tal vez abandonó el proyecto de *Nausícaa*, donde la hija del rey “Alcínoo” se suicida por amor a “Ulises”, no como se ha dicho en razón de que le repugnara dejar impune a “Ulises” —pues nunca le preocupó la justicia distributiva en sus dramas—, sino porque le repugna ya que la pasión se imponga sobre la voluntad. Aunque el amor provoque tormentillas como con la Linda Milanesa, Goethe no quiere ya que aniquile ni absorba la plena actividad de los hombres. Antes que plegarse a los azares y torcer el verdadero destino, conviene renunciar bravamente a las caprichosas seducciones, abandonar la casa al tirano y refugiarse —como el bandido enamorado de su *Claudina*— junto a las “ratitas” de Roma. Las operetas escritas y las proyectadas se inspiran en ideas semejantes.

Pues bien: la literatura alemana ya no marca el paso con su obra. A los veinticinco años, Goethe representaba el centro mismo de la batalla. Durante los quince años siguientes, no parece percatarse de ello, ni le interesa aprovechar tan eminente situación. Está consagrado a acumular sus energías y a ensanchar sus horizontes. Cuando lo ha logrado, se encuentra con que nadie lo sigue. ¿Quién ha podido acercarse en Alemania al clasicismo de Goethe? Acaso el único sea Stefan George. La literatura alemana no fue desviada por Weimar, como alguna vez se ha afirmado; la verdad es que se desvió de Weimar. “Si [los alemanes] hubiesen aprovechado mis experiencias, estarían hoy más adelantados” (*Máximas y reflexiones*). “Cuando logré esclarecer mis ideas —dirá un día Goethe—, me encontré aprisionado entre el ‘Franz Moor’ de Schiller y el ‘Ardinghello’ de Heinse.” La primera edición autorizada de sus obras —1787 a 1790—, que era la prueba de su fertilidad en los más diversos reinos de las letras, le hizo sentir su soledad. El prospecto reclutó seiscientos suscritores en toda Alemania. Las mujeres se divertían más con Juan-Pablo; Schiller ascendía como un nuevo astro.

Respecto a sus entusiasmos científicos, la pequeña corte sólo le prestaba una urbana desatención, y no entendían de qué hablaba en las *Metamorfosis de las plantas*. Cuando, entre los comensales diarios del duque, abría sus carpetas para mostrar los dibujos de Italia, tras el primer éxito de curiosidad todos seguían hablando de sus negocios. En suma, no participaban en su viaje, como él lo hubiera querido. Se le figuraba ser otro “Epiménides”, al despertar de su sueño de cincuenta y siete años.⁵ Entre él y su mundo hay ya un desajuste inevitable. Tras de recorrer los espacios interplanetarios durante cinco minutos con la velocidad de la luz, el viajero “einsteiniano” regresa a casa y se encuentra con que la tierra ha envejecido un año.

Durante su ausencia, había corrido el rumor de su conversión al catolicismo; se lo había acusado de gastar el salario oficial en sus diversiones, mientras sus sustitutos cargaban con doble tarea. Se lo acogió con cierta benevolencia superficial. Carlota de Stein —en quien se dejaban sentir los años como de un día a otro suele suceder a las mujeres— recibió con resentimiento a este alemán transformado en “güelfo”, en cuyas nuevas obras ya no encontraba ella su sitio (como antes en la *Ifigenia* o en el *Tasso*, los dos “dramas carlotinos”) y cuyos constantes viajes a la Universidad de Jena —que tenían por fin conferir con los profesores sus estudios científicos— se le figuraban a ella incalificables partidas de placer. Mientras él quiere interesarla en sus relatos, ella —como la amiga de “Sinclair” en *Las buenas mujeres*— juega distraídamente con su perrito Lulú. La siempre simpática duquesa Amalia iba ya, a su vez, camino de Roma. Herder preparaba un viaje a Italia, y por algún tiempo se le manifestó algo huraño. Las cartas que desde Italia dirigió a su esposa Carolina, impidieron que ésta mantuviera ahora su cordialidad habitual para con Goethe. Knebel, cada vez más hipocondriaco, sólo piensa en irse de Weimar; y Wieland, sólo en salvar su agonizante revista *Mercurio*. El que había de ser su amigo predilecto no acababa de entregársele con confianza: en efecto, tras sus primeros éxitos teatrales, Schiller había sufrido descalabros y buscó la sombra del duque. Goethe, sin parar mientes en su altivez ni en su conducta recelosa, lo hizo nombrar profesor de historia en Jena; pero Schiller todavía escribía a Koerner, en 1789, que Goethe le inspiraba una mezcla de odio y amor, “como la que seguramente sentían Casio y Bruto para César”. El tiempo mismo era contrario: las tempestades arrasaban las cosechas y todos traían mala cara. El cielo borrascoso invitaba a suspirar por Nápoles. Menos mal que, entre esta confabulación de circunstancias adversas, el duque, con su habitual generosidad, quitó de encima a Goethe los enojos burocráticos de otros días y, conservándole sus títulos y privilegios, le permitió concentrarse en sus trabajos propios y en la administración de la Instrucción Pública y las Bellas Artes. Y Goethe, inquieto por dentro, sereno por fuera, sintió que comenzaba a escalar otra cumbre más inmensa y más solitaria que la cumbre de San Gotardo.

No hay que figurarse, sin embargo, que Goethe se desentiende de cierta responsabilidad general en los asuntos de Weimar. Herder, cuya opinión cuenta más que la de algunos críticos de última hora, aseguraba a Schiller que Goethe era tan admirable en la poesía como en el gobierno.⁶ Schmidt, que se encarga ahora de la presidencia

efectiva del Consejo, había sido designado por Goethe, así como Voigt, el nuevo miembro de la Cámara. Los depósitos artísticos del ducado, la Universidad de Jena y sus revoltosos estudiantes, las irremediables minas de Ilmenau, la reconstrucción del castillo, toman gran parte de su tiempo. Schiller, a los comienzos de su trato, se queja de que Goethe está siempre muy ocupado. En enero de 1791 el duque resuelve fundar un teatro permanente, y Goethe lo toma a su cargo con un celo ejemplar, esforzándose, desde entonces hasta 1817, por crear la escena alemana que soñaba Lessing, gastando en ello sus propios fondos, reclutando y educando a los actores enviciados por falta de buena dirección, alternando y sustituyendo poco a poco las óperas y comedias de baja estofa, o las mediocres piezas de Kotzebue o de Iffland, por espléndidas representaciones del *Wallenstein* de Schiller o el *Rey Juan* de Shakespeare. Asiste al Consejo cuando hace falta, y a pesar de su ya manifiesta divergencia de opiniones políticas, sigue siendo el consultor predilecto de Carlos Augusto, a quien acompaña hasta en los campamentos de Silesia o Francia, y luego en el sitio de Maguncia. No es lícito regatear a Goethe un solo rasgo de probidad y conciencia en el cumplimiento de sus deberes. Ni siquiera quiso aceptar la tentadora invitación para suceder en Fráncfort a su tío Textor, por ser fiel al protector que le otorgó para siempre su confianza. Aquí, como de costumbre, los que sólo consideran un aspecto de esta existencia múltiple y plena desconocen a Goethe.

Claro es que en este apego a Weimar —y en tal respecto también se han equivocado algunos que ignoraron su vida— cuenta mucho su fecunda relación con Jena, indispensable a sus estudios y a sus más caros intereses por la cultura. Durante dieciocho años, a pesar de la redoblada atracción para el teatro y las letras que se encarga de mantener en él la amistad de Schiller, prosigue con ardor sus trabajos de botánica, de mineralogía, de osteología, de óptica. Ha aprendido la disciplina, la paciencia, el método, el oficio. Y sólo es de lamentar —desde nuestro punto de vista actual, pues en la ciencia no puede pedirse todo de un solo hombre— que, como observaba el agudo Schiller desde antes de conocerlo, haya desconfiado tanto de la razón especulativa, resignándose tan exageradamente al testimonio de los cinco sentidos.⁷

Aunque no logra todavía elaborar las mil impresiones de Italia, comienza a agitarse en su mente una vaga teoría estética. Preferiría poner en orden sus conclusiones más sencillas; por ejemplo, la influencia de los distintos materiales sobre las distintas arquitecturas, y la habilidad de adaptación al material que se advierte entre los antiguos. Apenas llegado a Weimar, compagina sus notas y propone algunos artículos a Wieland, para su revista *Mercurio*. El arribo de Moritz renueva las auras de Italia.⁸ Redacta unas páginas sobre el carnaval romano. Discute de arte antiguo con Meyer. El pensamiento que provocan en nosotros los artistas de la antigüedad —le explica— nunca supera los límites de la visión que nos presentan. De ellos aprendieron este secreto Carracci y Rafael. Los antiguos —dice— agotaron las representaciones del cuerpo humano en su mayor belleza, objeto final de la plástica, de suerte que los modernos, cuando no los repiten, caen en la fealdad. No sujetarse a la norma antigua es para el moderno lo que, en la música, desobedecer las leyes de la armonía. Quisiera establecer un canon de

proporciones e interpretar, según la anatomía, la perfección de la forma masculina y la femenina. Si no se detuvo tanto en la vieja escuela veneciana, es porque no encontró mucho arte antiguo en Venecia. Schiller lo orientará más resueltamente a los estudios abstractos, y este afán de hallar el principio de los principios cobrará aún mayor exigencia. Allí están, en prueba, los *Propileos* y la parte estética de la *Teoría de los colores*. Cuando concibe una posible obra de conjunto sobre Italia, le parece que lo más acertado sería reducirlo todo a unos cuantos hechos sencillos, y verlo todo como un fruto del suelo.⁹

2. EL NIDO EN LA SOLEDAD

Cultiva tu artista, mujer...
RUBÉN DARÍO

Puesto que la soledad lo llamaba, todavía quiso amurallarse, marcar con un hecho manifiesto, algo crudamente, su ruptura con los compromisos anteriores. La normalidad se protege, si hace falta, venciendo el propio corazón. Pero él necesitaba, al menos, la compañía deleitable, la “fembra placentera”. Sus primeras pasiones encendieron y atizaron el fuego, ya trágica, ya gozosamente, y siempre con aire de aventura y desorden; y Goethe se sacudía de ellas —Eneas que se salva del incendio y lo lleva en sí mismo—, robando el resabio de las emociones que luego verterá en su poesía: ya la “Carlota” inaccesible, ya la “Margarita” abandonada. La baronesa de Stein se encarga de apaciguar este fuego con un riguroso tratamiento de duchas frías a lo largo de varios años. Y cuando ya la hoguera es horno y ha aprendido a cundir sin llama, cuando sirve ya para cocinar el diario alimento de la ternura, aparece Cristiana Vulpius.

Se acercó a Goethe en plena calle, pidiendo protección para su hermano, un escritorzuelo. La muerte de su padre, víctima de la bebida, la obligaba a ganarse el sustento trabajosamente, fabricando flores artificiales. Su desplante y su buen ver impresionaron a Goethe. Él era ya cuarentón, ella tenía veintitrés años, una hermosa pulpa natural y, como decían Juana o Adela Schopenhauer, “el aire de un joven Baco”. No hay que imaginarla con largas trenzas rubias y ojos color de cielo, como pretenden algunos biógrafos, sino con ojos castaños y una melena de rizos negros. Goethe la convidó a su casa de campo, después a su casa de la ciudad, y al fin la instaló en sus habitaciones, confinándola más o menos en el servicio de cocina y de alcoba. La conoció por julio de 1788, tuvo un hijo de ella al año siguiente —los demás se malograron—, sólo la hizo su esposa en 1806, y la perdió en 1816.

Goethe no estaba hecho para el matrimonio de conveniencia ni para el matrimonio de compañía intelectual. Prefería las misteriosas “afinidades electivas”. ¿La galantería? Pase: hasta donde no perturba la vida, la ameniza y la enflora. Sobre todo —dirá más tarde y con el cinismo de la vejez— como pasatiempo de balneario.¹⁰ Pero sea lujo de

puertas afuera: no más tormentas íntimas. Por lo pronto, parece que no exige mucho del amor, y más que un hogar, se arregla un nido.

Nunca aprenderemos a aprobar los gustos del prójimo, y la sociedad siempre es la misma. Sólo el peso de aquella inmensa personalidad pudo salir adelante entre la general censura, las hablillas y hasta las calumnias. El Wolfgang y la Vulpius —el Lobo y la Vulpia o Vulpeja— eran la fábula de Weimar. Muy bien que el consejero Goethe sufriera el ser largamente desjarretado por la esposa del escudero Stein; correctísimo. Pero muy mal que se encerrara con una muchachita que no le debía cuentas a nadie. “Me temo — escribía Schiller—, que [Goethe] caiga en la locura de los solterones presumidos. Su amante, Mlle. Vulpius, le ha dado un hijo y vive de hecho con él. Fácil será que se case con ella dentro de unos años, y se persuada de que lo hace por el mucho amor que tiene a su hijo. Yo lamentaría este desvío del genio, pues no habrá muchos que lo entiendan.”¹¹ Las Sirenas del ducado y sus alrededores no perdonaban a esta Penélope en caricatura. Muchas amistades se alejaron. y Schiller mismo, el apóstol de la libertad, durante la época de su mayor arrimo a Goethe no se atreverá a añadir en sus cartas una frasecita de saludo para la amante.

Es propio de la grandeza despertar fanatismos y adoraciones exclusivas. Cada uno de los amigos de Goethe lo hubiera querido para sí. Y cuando Cristiana y él dejaban a todos en el salón y cerraban la puerta, ninguno se quedaba conforme. De ésta —comentaban a una—, Goethe está perdido. Porque también las adoraciones humanas, sabiéndose efímeras, anhelan históricamente que de una vez se les derrumbe su ídolo, alivio secreto de la derrota.

Pero Goethe aprendía junto a Cristiana a sustituir la fantasía desordenada por el cultivo saludable, o como se dice en *La tía fingida*, el esquilmo de la viña por el rebusco, que es sin duda lo más gustoso. Cristiana lo hizo feliz por mucho tiempo, si no ya en los últimos años, y nadie estaba en condiciones de sustituirla. Acaso sin darse cuenta, se halló responsable de la felicidad de la chica, y se fue quedando con ella.

Cuando la baronesa de Stein descubrió el secreto, presentó su ultimátum: o ella, o Cristiana. Goethe no veía el objeto de escoger entre dos términos de tan diferente utilidad. Estrechado a ello, escribió a la baronesa algunas amargas verdades, reclamando la libertad de ser quien era, de aficionarse a lo que mejor le placía, de conversar y vestir como se le antojara, de callar cuando le viniera en gana; y acabó deseándole que su próximo viaje a Ems restaurara sus nervios tan sobreexcitados y recomendándole que abusara menos del café. A los ocho días trató de dulcificar el efecto de sus palabras, pero la ruptura era inevitable.¹² Mientras ella hacía circular el drama *Dido*, expresión calumniosa de su resentimiento —que tanta compasión despertó entre las buenas almas para el pobre genio embaucado por la mujercilla—, Goethe seguía ocupándose con invariable afecto del joven Fritz, hijo de la baronesa. Ocho años pasaron sin que volvieran a cambiarse cartas. El tiempo obró su piedad, y la fiel conducta de Goethe para Fritz dobló al fin el ánimo de Carlota. La amistad pudo remendarse en términos discretos, y duró hasta la muerte de Carlota, en 1827.

Cuando nació el primogénito de Goethe y Cristiana, el mismo duque, a pesar del mundo, fue su padrino. Le impuso el bautismo el propio Herder, cuya amistad y admiración para Goethe sobrenadaban entre todas las tormentillas que allá él fraguaba a solas y de que Goethe nunca hizo caso. Y durante las cortas ausencias de éste, Herder velaba por la pequeña familia irregular. La primera que recibió, después, a la ya señora de Goethe, fue Juana Schopenhauer.

Sin embargo, el duque no quedó satisfecho, y no por respeto a las conveniencias. ¡Bueno estaba él para estos escrúpulos! Vale la pena de transcribir la reseña que da Müller sobre las opiniones del duque: “Goethe —le dijo a éste muchos años más tarde— era singularmente generoso con aquellos nuevos talentos que florecían en la época de la *bella literatura*; cuando, después del *Werther* y a su imitación, los genios se daban por docenas como los hongos que brotan con la tempestad. Goethe siempre había concedido mucho a las mujeres y amaba en ellas sus propias ideas, pero acaso sin verdadera pasión. Su más larga historia amorosa fue la señora de Stein, buena mujer pero no de muchos alcances. La Vulpius había venido a estropearlo todo y a apartarlo de la sociedad. También había sido funesta, en tal respecto, la desaparición de la gran duquesa madre, que ejercía una influencia sin coerciones; pues la gran duquesa Luisa carecía de carácter para heredarla en este papel. Goethe se había alejado pronto de la señora Heygendorff, a causa de su mujer. Él, Carlos Augusto, a menudo había criticado ciertas obras de Goethe, sobre todo el *Gran Copto*, cuya representación trató de evitar por intermedio de Schiller. La muerte de éste ha sido una pena, pues se iba haciendo más morigerado y sociable, renunciaba a sus fantasías y excentricidades de antaño y aprendía a apreciar con justicia las cosas del mundo... y era un punto de apoyo para su amigo Goethe... Los Herder son muy susceptibles, y ella, apasionada hasta la locura... La gente de Jena se ha alejado... La Revolución francesa los ha trastornado a todos, y aun a Goethe, aunque en menor medida... El hijo de Goethe no es mala persona. ¡Lástima que beba tanto y lo hayan educado como a un salvaje!”¹³

De suerte que Goethe se alejaba de la sociedad por culpa de Cristiana, y más cuando faltó la influencia benéfica de Schiller, el “niño bueno”, fallecido en 1805. Cristiana vino a representar un pequeño hábito absurdo que defendía al poeta contra la mundanidad, como una cerca de púas. Todo el tiempo que la sociedad de Weimar tardó en recibirla — los dieciocho años de su “matrimonio de conciencia”—, fue agua para el molino de Goethe. Aquella mujer del pueblo era una compañera cómoda, dócil y amable, y así se conservó hasta que la venció la enfermedad: nos lo hace saber el huraño Reimer en su *Miscelánea goethiana*. Y sucedió todavía que, con aquellos brazos robustos y desnudos de hembra hacendosa, defendió a su poeta contra la agresión de la soldadesca ebria, cuando las tropas imperiales cayeron sobre Weimar. A guisa de presente conmemorativo, Goethe le obsequió entonces el matrimonio, como ofrecía a los visitantes escogidos una medalla con su efigie. Tal vez ya no había amor para entonces; ya Cristiana daba mucho que hablar; obesa y desmedidamente aficionada a la botella, a los bailes, a los patines, a las ferias y al tiro de arco. Pero al principio el cuadro había sido diferente, y Goethe lo pinta en sus *Epigramas venecianos*:

“—¿Ignoras la buena compañía? Tu librejo sólo nos habla de bateleros, del populacho, de cosas peores aún.

”—Sí, conozco la buena compañía. Así se la llama cuando no da asuntos al poeta.”

Y más adelante:

“Muchas veces me ha sucedido perderme y encontrar de nuevo el camino; nunca con más fortuna que ahora. Esta locuela me hace feliz, y si otra vez me he equivocado, oh dioses sapientes, no me desengañéis sino en las frías riberas del Éstix.”

Haciéndose eco de los celos de Carlota de Stein y de Bettina Brentano, la posteridad ha denostado a la pobre Cristiana. No cabe duda que tenía sus defectos y cierta vulgaridad de cosa doméstica. La encantadora madre de Goethe, que después la trataría con benevolencia, reconociendo en ella ese tesoro del mundo que es la capacidad de alegría, comenzó por llamarla “tesoro de alcoba”. Nunca pudo Cristiana prescindir de su loca afición al baile; pero “Frau Aja” le decía: “Baila, baila siempre. Si yo fuera reina, haría lo que Julio César: sólo aceptaría en mi corte caras alegres”. Nunca pudo Cristiana prescindir de los vestidos chillones; aunque, a lo mejor, esta flaqueza divertía al autor de la *Teoría de los colores*: protesta contra una civilización grisácea y monótona, como el célebre chaleco rojo de Gautier. Ahora que se conocen sus cartas, de irritante puerilidad, no se le pueden conceder tamaños de Musa: ella fue más bien el pretexto de las *Elegías romanas* y los *Epigramas venecianos*. Seguramente que no era la dama de los sueños de Goethe, aunque él nunca lo confesó; ni llegó a enturbiarse —por mucho que se destiñera— el trato apacible entre ambos. Él nunca abandonó su paciencia afectuosa, y la lloró a su muerte con sincero dolor. Ella fue siempre su guardiana solícita.

¡Ah! Pero escribía con mala ortografía. ¡Como si no supiéramos que la ortografía es la única superioridad cabalística que el hombre conserva sobre la mujer! La madre de Goethe, mujer deliciosa e inteligentísima, bordadora y tejedora de raro talento, aunque sabía más que Cristiana, ignoraba el francés y tampoco entendía mucho de ortografía. Por lo demás, el poeta que se avergüence de una amante sin letras, relea los consejos de Baudelaire. Él propone, en achaque de amor, los tres escollos del artista: la gran dama (y lo sería Carlota de Stein), “que pertenece necesariamente a dos hombres y es pasto mediocre al alma despótica del poeta”; la *bas-bleu* o marisabidilla (sin remedio, Bettina), “porque es un hombre fracasado”; la actriz (cualquiera de las “Filinas” de Goethe), “porque está frotada de literatura y habla *argot*, y no es una verdadera mujer, puesto que el público le es más precioso que el amor”. No: el verdadero literato tiene sus instantes de horror a la literatura. Y Baudelaire opta por “la hembra de la vida” o por la mujer decididamente casera. Aquí, Cristiana. Por algo le tomó cariño “Frau Aja”.

3. CUADRO DE GUERRA

Agosto de 1792-agosto de 1793

Goethe regresa de Venecia en compañía de la duquesa Amalia: el segundo viaje a Italia, viaje rapidísimo y mudo. El duque, ahora general del ejército prusiano, va a combatir contra Austria, y lo arrastra hasta un campamento de Silesia, espectáculo que a Goethe no le pareció edificante. Pero sobreviene la coalición europea contra la Revolución francesa, y el duque parte a la frontera, llevándose a Goethe en su impedimenta (agosto de 1792). Teme éste que la libertad, en su desenfreno, se devore a sí misma. Como hombre probado en el gobierno, ha dicho en los *Epigramas venecianos*: “¿Quieres libertar a las masas? Atrévete primero a servir las. Ensáyalo y verás lo que cuesta”.

De camino, pudo al menos visitar a su madre, “Frau Aja”. La admirable mujer, gozosa de saberse abuela, envió algunos presentes a Cristiana. Goethe llevaba consigo sus notas sobre óptica y la teoría de los colores, plumas y lápices de dibujo, y resistió con naturalidad la larga travesía, las incomodidades, el encuentro con los aristócratas emigrados, escuchando contrito las quejas de los campesinos desposeídos de sus ganados por los “salvadores de Francia”. Le interesaban las irisaciones de la alfarería hecha pedazos, que unos pescadores andaban sacando en los pantanos de Verdún, mucho más que el ultimátum del rey de Prusia al comandante Beaurepaire. No tenía ningún deseo especial de ver morir a aristócratas o a demócratas.¹⁴ Entre el cañoneo, pasea con el príncipe de Reuss discutiendo sobre la refracción. En cambio, lo impresionaba profundamente el sacrificio y la heroicidad de los republicanos: Beaurepaire se mató de un tiro para no sobrevivir a su derrota; un granadero cautivo se arrojó al Mosa a los ojos de sus aprehensores.

Los expedicionarios hablaban confiadamente de su próxima entrada en París y atravesaban los fangales, sin cuidarse de la tempestad, soñando en la victoria. En Landres, mientras la borrasca apagaba las fogatas, sacudía y arrebatava las tiendas, Goethe dictaba sus notas de física, que conservaría celosamente con todas las huellas de la campaña. El 14 de septiembre de 1792 se metió a caballo entre el bombardeo de Croix-aux-Bois. Luis Fernando de Prusia, en persona, tuvo que refrenarlo. El ejército prusiano avanzó hasta Champaña entre humaredas de incendios “que cuadraban bien en un paisaje de guerra”. Luego volvió hacia Châlons en persecución de Dumouriez, y atravesó “el triste valle del Tourbe”. Dumouriez logró cortar al ejército prusiano del austriaco, y atacó a aquél peleando de norte a sur, en Valmy. Goethe cabalgaba a la retaguardia de su regimiento, y presencié, en el camino de Saint-Menehould, el asalto a la Posada de la Luna. El asalto fue rechazado por la artillería, “y los capotes blancos de los jinetes volaban paralelamente sobre las ancas de los caballos”. Las balas se clavaban en el suelo. El fango salpicaba las caras. El pelotón parecía flotar como una masa compacta. Los caballos, resoplando, se doblaban como pinos bajo la tempestad. Contrastando con aquellas imágenes espantables, la carita tierna, inolvidable, del portaestandarte Emilio von Bechtolsheim... Los fugitivos se rehicieron con el refuerzo de la infantería de Brunswick. La tierra temblaba bajo el disparo de las baterías de Valmy. Goethe había oído hablar de “la fiebre del cañón”. Quiso conocerla. Se lanzó hacia la colina de la Luna. Vanamente intentaron detenerlo los oficiales. El aire era un horno, sin embargo él advirtió que su pulso no se alteraba, y observó cuidadosamente el zumbido de las balas que ya le

recordaba el ruido del trompo, del agua hirviente, del trino de los pájaros. Experimenta cierta angustia física, pero no cree que sea miedo.

Dumouriez no había cedido, cambiaba la fortuna. Por la noche, Goethe, profetizando la futura transformación de Europa, dijo a sus amigos: “Comienza ahora mismo una nueva época del mundo, y podréis decir: yo estuve allí”. Y allí estaba Goethe. *Et quorum pars minima fui.*¹⁵

Hubo que replegarse hasta Hans y entrar en negociaciones. Goethe, que no perdía su verba, procuraba distraer a todos con su charla. Su criado le hacía el chocolate con el agua que escurría de la capota del coche. Se veían los grupos lamentables de heridos, los cadáveres hinchados, los caballos —como en las corridas de toros— pisoteando sus entrañas. A los cuatro días empezó la retirada, pero la luna pareció bañar en calma aquella luctuosa procesión. Pasaron sin contratiempo los puentes del Aisne. El príncipe heredero y el príncipe Luis Fernando de Prusia compartieron las lentejas de Goethe. Sivry le da ocasión de admirar el arte de vivir hasta en los menores pueblos de Francia. A mitad de una fatigosa marcha, Brunswick alcanzó al regimiento de Weimar y dijo a Goethe: “Usted podrá dar testimonio de que nos han derrotado los elementos y no los enemigos”. Carlos Augusto resolvió enviar a Verdún a su lacayo enfermo, e hizo que Goethe lo acompañara, sin duda para alejarlo de los combates. Y Goethe trepó en un carro de la ambulancia, sin temor al contagio de la disentería. En el tumulto de la retirada había perdido de vista su *coupé* de Bohemia donde guardaba sus manuscritos, y tuvo la suerte de encontrarlo ahora por el camino. Prosiguió la jornada en condiciones más llevaderas. En Étain pudo contemplarse en un espejo y apreciar el efecto del descuido y los malos tratos. Se encontró enflaquecido, despeinado y lacio y con una barba de varios días. El 16 de octubre pasó junto a un emigrado fugitivo que cruzaba penosamente la ruta de Longwy a Arlon. Iba herido, atacado de fiebre y de viruela. Apenas se vieron sin reconocerse: era Chateaubriand. Goethe pudo descansar en Luxemburgo, y se dirigió a Treves la renana, donde había de reunírsele el duque Carlos Augusto.

Allí averiguó que las fuerzas de Custine habían invadido el Palatinado, Spire, Worms, Maguncia y Fráncfort, y tuvo que emprender un largo rodeo, bogando el Rin desde Coblenza a Dusseldorf, donde visitó a Federico Jacobi, amistad ya en evanescencia.¹⁶ Saludó en Münster a la piadosa princesa Gallitzin —que nunca perdió la fe en que este nuevo Juliano el Apóstata y hasta su Cristiana acabarían por salvarse juntos—, y entró en Weimar el 16 de diciembre de 1792.

A los pocos meses, el duque lo llamó a Maguncia, donde los aliados habían logrado encerrar a Custine. Se incorporó al regimiento el 12 de mayo de 1793. La plaza sitiada se rindió el 23 de julio, con todos los honores de guerra. Las heroicas tropas republicanas se retiraron con armas, banderas y bagajes, al son de la *Marsellesa*, entonada con cadencia fúnebre, cuyos acentos nunca más olvidaría Goethe. Comenzaron los habituales desórdenes, y Goethe tuvo ocasión de salvar a un republicano perseguido por la multitud callejera.

Durante la campaña de Francia, sólo se le vio algo decaído una noche. En general, conserva el buen ánimo, como si el amenizar la vida de los militares en la tienda y en los

caminos fuera para él un deber de beneficencia. Les cuenta la Cruzada de San Luis o la batalla de los Campos Cataláunicos; les sirve, entre chistes, el buen vino francés que acaba de encontrar en una celda; escribe a la duquesa Amalia diciéndole que Júpiter se les ha vuelto *sans-culotte* por culpa del demócrata Wieland, y que las lluvias han convertido a todos los combatientes en arcilla, de que lo mismo podrá salir “un vaso de honor o un vaso de oprobio”.¹⁷ Finge buen humor por deber y por dignidad: es un estoico que se resigna. Sin tener obligación ninguna, forma entre los jefes, soporta las caminatas bajo la lluvia, comparte las noches al aire libre y duerme en los hoyos del suelo. Más de una vez recibe felicitaciones de la gente de tropa.

Durante el sitio de Maguncia, disfruta de cierta comodidad y ocio, y se ocupa más de sus papeles y sus dibujos. Asiste a un melodrama en regla: vino y mujeres en primer término, y al fondo, las llamaradas del incendio. “Así han representado los pintores a Lot y a sus hijas.”¹⁸

Pero odia la guerra, la guerra que rebaja a los hombres, que recluta en su favor todas las hipocresías, que arruina a los humildes, que no engendra más que la guerra. Aunque *La campaña de Francia* y *El sitio de Maguncia* sean obras redactadas treinta años después de los acontecimientos, concuerdan en esto con las cartas que enviaba a sus familiares o amigos, con los *Anales*, con las *Charlas de emigrados alemanes*, con los reflejos todos que, de aquella experiencia, han pasado —mal que bien— a su literatura. No oye las bravatas militares. No se contamina un solo instante con la insolencia del invasor, ni está orgulloso de figurar entre sus filas. El sentimiento de humanidad domina en él sobre toda pasión de bando. Le importa más que nada ayudar al necesitado. Lo mismo distribuye tabaco entre su regimiento que distribuye pan a la población de Valmy, salva a algún perseguido o ayuda a los campesinos contra los saqueos de las tropas. Y aunque individualmente siente compasión por este o el otro emigrado francés, a los emigrados, como clase, no los mira con buenos ojos: aquellos aristócratas, ostentosos hasta en la humillación, falsificadores de billetes; jugadores empedernidos, siempre los primeros en la huida, son los responsables de que los ejércitos extranjeros destrocen ahora los campos de la dulce Francia.

Vuelve horrorizado. De momento no anhela más que trazar en torno a su vida “un círculo en que sólo puedan penetrar la amistad, el arte y la ciencia”.¹⁹ En su hermosa alcoba negra del Frauenplan, lo esperan Cristiana y su hijo. Durante su ausencia, ella y el pintor Meyer —el amigo de Roma— han embellecido y compuesto la casa. Goethe comienza a instalar su museo privado de artes y ciencias, su laboratorio de óptica. Lee a Homero, retoca el *Reineke Fuchs* —la Fábula del Zorro, modernización del bajo alemán del siglo xv—, vuelve al *Wilhelm Meister*, que había dormido una larga siesta. Herder y Knebel vienen a cenar en su compañía para discutir los nuevos libros. Se informa del precio del Chester y el pescado seco en el mercado de Hamburgo. Quiere hacerse desentendido.

4. HACIA LA INTEGRACIÓN

Era inútil amurallarse. La hora de la integración no había llegado. Fácil aislarse del mundillo de Weimar; pero el trueno de la Revolución hacía retemblar las vidrieras. Goethe veía perturbada su filosofía de la evolución; burlado su creciente anhelo de que la humanidad conservara íntegro su patrimonio, mejorándolo progresivamente y sin destruir sus anteriores conquistas; amenazada tal vez la seguridad económica que apenas había comenzado a disfrutar, y hasta disipado el sueño de un retiro pacífico de trabajo en un ambiente también pacífico.

No podía rehacer su concepción del mundo, de la vida, de la sociedad. Imposible, por otra parte, negar la magnitud de un entusiasmo que permitió a la Convención levantar catorce ejércitos para oponerse a la coalición europea y que lanzó a todo un pueblo en defensa de sus fronteras. Ni le era dable rechazar la justificación de ciertos principios, ni aceptar que los envilecieran el odio y la violencia. Su espíritu se resintió hondamente. Este desconcierto no brotaba de su propio ser, sino que le era impuesto por accidentes exteriores. No lograba expulsarlo con la poesía, ni acabó de darle una formulación literaria que a él mismo pudiera satisfacerle. Aunque, a partir del *Gran Copto* (1791), y durante diez años, hizo cinco diferentes ensayos para tratar en forma dramática los temas revolucionarios, no quedó contento. (Reseña sobre la *Antropología* de Heinroth, 1823.) Mientras más se apega a la realidad —*El Ciudadano General*, *Los sublevados*—, menos acierta; y sólo se mueve con relativa soltura cuando transporta el asunto al vacío, como en *La hija natural*, teatro de sombras donde “apenas se escucha el ruido exterior”.

Goethe deseaba una reforma, sabía que era justa y necesaria. Desde 1785, el escándalo del Collar de la Reina —“primer hachazo al árbol real”—, al descubrir la prostitución de la clase gobernante, le había abierto los ojos. Él hubiera querido moralizar los gobiernos; pero estima que esa tarea no puede entregarse a las multitudes enfurecidas. La Revolución, por lo pronto, asume la forma del Terror y ahuyenta a sus simpatizadores teóricos: Klopstock, Hegel, Wieland, Kant, Fichte, Goerres, Gentz, Richter, el propio Schiller, cuyo candor juvenil y algo demagógico retrocedía ante la guillotina, como se aprecia en su correspondencia con Koerner. Goethe no desea “que se trasladen a Alemania artificialmente las escenas provocadas en Francia por una imperiosa necesidad”. Y sólo cuando se aplaque la marea de sangre podrá situar en su punto la justicia histórica, tantas veces indiferente a las cuitas de la persona. En 1793, la sangre cegaba la vista. “Aún no era posible apreciar las consecuencias benéficas que sobrevendrían a la larga.”²⁰ Y la verdad es que esta desazón contribuyó a hacer más densa aquella atmósfera de soledad que ya nunca lo abandonará del todo y que aún le pareció respirar a Guillermo Grimm a fines de 1809. Goethe no cerrará los ojos a las transformaciones políticas, antes seguirá siempre acompañándolas, pero no quiso acompañar el desfile de la locura.

Mientras tanto, la filosofía ronda ya de cerca su estudio. Las lecturas filosóficas de antaño más bien saciaban su apetito moral; pero se detuvo siempre en los lindes de la especulación metafísica. Con vago recelo, olvida sobre su mesa la *Crítica de la razón*

pura (1781); y aunque Jacobi lo instaba a ello, tampoco se atrevía con el *Fundamento de la metafísica de las costumbres* (1785), y ni siquiera con los *Primeros principios metafísicos de la Ciencia y de la Naturaleza* (1786), cuyo solo título muy bien pudo haberlo seducido. Por su parte, Herder, tan opuesto a Kant en esos días, no lo convidaba a tales lecturas.

Ahora, al regreso de Italia, se encuentra con que el yerno de Wieland, el furibundo kantiano Reinhold, ha empezado su campaña en Jena; y no puede menos de acercarse, acaso también solicitado por su creciente interés en la filosofía del arte. No adelanta mucho con la *Razón pura*; la espuma, la olfatea. Pero, desde luego, siente justificadas sus tendencias instintivas con la teoría de los juicios sintéticos *a priori*, y por de pronto se contenta con eso. Insiste al fin, lee los capítulos que halla más accesibles y trae algunos frutos a su cercado. La *Crítica del juicio* (1790) le facilita el lenguaje, el manejo de sus propias ideas: desinterés del arte y de la naturaleza, avenimiento de la estética y la teleología —reinos que él trataba de relacionar— y repudio de las causas finales. Sin duda le complace, asimismo, la aceptación del arquetipo y de la noción evolutiva de las especies. Es decir: espiga en Kant lo que le conviene. No se para a considerar el abismo que media entre su sentimiento de la naturaleza y la concepción kantiana, negación de lo sensible, rebajamiento dentro de lo natural a un extremo que Goethe jamás admitiría, aun cuando creyera también en la su-perioridad absoluta de la libertad humana y de la voluntad moral.

Los verdaderos kantianos bien que percibían las diferencias. y se limitaban a escuchar pacientemente las improvisadas disertaciones del poeta, que “se iba por los cerros de Úbeda”. Schiller, aún no ganado completamente al criticismo, considera imposible que Kant convenza realmente al autor del *Werther*, y escribe a Koerner que Goethe transforma sus lecturas kantianas de un modo de veras extraño. “Su filosofía es demasiado material.”²¹

Goethe lee la duda en la cara de sus amigos, pero no desmaya. Hace una tabla analítica de las “categorías”, con la *Razón pura* a la vista; y al margen de los *Principios metafísicos*, señala gozoso cuanto confirma su hipótesis de la polaridad como ley de la materia viva. En cambio, la doctrina del “mal radical”, en *La religión y los límites de la razón pura* que lee el año de 1793, lo saca de sus casillas. El Viejo de Königsberg, “tras de haber consagrado una larga vida a limpiar su manto filosófico de toda mácula de prejuicio, acaba de mancharlo con un verdadero crimen”.²² Y a Fichte, tras de haber leído su *Doctrina de la Ciencia*, le escribe con manifiesta intención, declarándole que lo entiende y lo aprueba, y que “le agradece el reconciliarlo con los filósofos, de quienes no puede prescindir, pero con quienes no acierta a entenderse”. Fichte —afirma— “nos promete poner de acuerdo la filosofía y el sentido común”.²³ Poco tiempo después, Schiller, que también seguía su propia senda, dará a Goethe “la ilusión de haber penetrado la filosofía de Kant y dominar su terminología”. Se ve, en todo caso, que Goethe está decidido a ir hasta el fondo de sus problemas y que emprende todos los sondeos posibles. Schiller lo estimulará en este empeño, como en otros órdenes de su labor.

Goethe iba alcanzando así la madurez, y no sólo por la vía intelectual, sino con la plenitud de su persona. Con menos se hubiera contentado cualquier estudiante de filosofía adiestrado a los veinte años por Herder. Pero Goethe no podía resignarse a una sabiduría puramente verbal, técnica y teórica, que él no hubiera practicado y merecido a cambio de un gasto vital. Llegado a este término, no se conformará con partir en pedazos la expresión de su ser. Anhela y exige lo imposible, la cabal unidad de su conciencia, y la colaboración ajustada “de todas las facultades juntas” (Ensayo sobre *Winckelmann*, 1805; *Poesía y realidad*, XII; la *Psicología* de Stiedenroth, 1824; pasaje del *Meister* sobre el peligro de perder la “saludable unidad”; pasaje sobre la unidad como salud biológica en sus *Consideraciones de la Morfología en general*).

Ésta es la suma ambición trágica a que han llegado tres o cuatro grandes poetas. Y sus obras particulares —ya excelsas en sí— adquieren nuevo sentido en esta lejana orientación. La singularidad de Goethe está en que nos haya dado las pruebas y las evidencias de semejante armonía, en otros apenas sospechada, y a la que acaso llegó “Monsieur Teste”, pero en silencio. A veces parece el más sencillo, y a veces el más extraño de los hombres. Su ostensible superficialidad —como en algunos lugares del *Fausto*— esconde profundidades de abismo. Como Simmel lo hace entender, sabe filosofar sin los instrumentos profesionales de la filosofía, y puede hablar de las ideas con esa familiaridad con que se habla del tiempo. En esta condición, nos recuerda al sabio ateniense de los mercados, así como en su hilozoísmo temperamental, apenas servido de aparejos, nos recuerda tanto a los presocráticos. “Ver con las manos y tocar con los ojos”, dicen las *Elegías romanas*. Fichte declaraba que los filósofos tenían que buscarlo, porque lo que Goethe *sentía* era la piedra de toque de cualquier *argumentación*.²⁴ Y Schiller: “La atenta mirada de usted cae serenamente sobre las cosas, y lo libra de los rodeos en que se extravían la especulación o la imaginación arbitraria. La intuición de usted capta y abraza con justedad y plenitud cuanto el análisis busca trabajosamente, y si usted mismo ignora su riqueza sólo es porque ella reposa en usted como un todo acabado; pues por desgracia sólo nos es dable conocer lo que aislamos y desprendemos de nos- otros mismos. De aquí que los espíritus que poseen una profundidad semejante pocas veces se dan cuenta de ella, y de lo poco que les aprovecharía pedir auxilios a la filosofía, a la cual más bien incumbe instruirse junto a mentes como la suya. La tarea de la filosofía se limita a descomponer lo que se le da, mientras que el don creador es oficio, no del lógico analítico, sino del genio, único capaz de sintetizar según leyes objetivas, bajo la guía oscura y secreta, pero firme, de la pura razón”.²⁵ Y Hegel afirma que Goethe junta los dos mundos, el abstracto y el que conocemos directamente, poniendo a ambos en intimidad. Este Goethe de una sola pieza parte de 1786. No era así el que antes conocíamos.

Goethe lucha entre el anhelo de reclusión y el afán de seguir extendiendo sus ya dilatados dominios. Su larga amistad con Herder sufría por las desigualdades de este hombre descontentadizo. Había dado en culpar a Goethe, sólo porque éste lo llevó a Weimar, de cuantos enojos le causaba su constante y sorda pelea con los eclesiásticos del ducado, que lo tenían por un pensador atrevido y un hombre estafalario. Durante su

viaje a Italia, su irritabilidad se exacerbó todavía más, porque el coadjutor Dalberg le impuso la compañía de su amante, la señora Seckendorf. Herder se separó de la pareja en Roma, y desde allí dirigía a su esposa Carolina, que se había quedado en Weimar, unas cartas furibundas, desahogando su genio mohíno contra Goethe: “Cuanto digas en su abono es nulo a mis ojos —afirmaba—. ¡Váyase al diablo ese dios para quien todo es una farsa que él maneja a su capricho! Te lo diré, si prefieres, en términos menos crudos: no quiero tratos con ese gran artista, ese reflejo único del gran Todo, para quien sus mismos amigos y cuantos gravitan en su órbita no son más que unos miserables pedazos de papel donde él escribe, u otros tantos colores de la paleta con que él pinta”. Carolina procura defenderlo al principio, aunque añadiendo con cautela: “¡Oh tesoro mío, no te engañes sobre la verdadera naturaleza de mis sentimientos!... Goethe es un alma fiel y varonil, créeme: te quiere de veras y es digno entre todos de tu afecto”.²⁶ Pero pronto se percata de que no debe exagerar esta nota, y acaba permitiendo que su salón se convierta en centro de las murmuraciones contra Goethe.

Éste no se engaña, persiste en ayudar a Herder sin perder su ecuanimidad. Conoce sus cualidades y sus defectos. No tenía otro compañero de igual talla, y hacía tanto caso de su opinión que retuvo por consejo suyo la publicación de las *Elegías romanas* y los *Epigramas venecianos*, y hasta le sometió el título del *Gran Copto*.²⁷ Como el filólogo Heyne quiere atraer a Herder a Gotinga, ofreciéndole los cargos de profesor de teología y consejero del consistorio, Goethe, para retenerlo y salvarlo de aquel ambiente de intrigas que lo espera, obtiene que el duque pague sus deudas, le aumente el salario, tome a su cargo la educación y futura situación de sus hijos, y lo nombre vicepresidente del consistorio de Weimar, con promesa de suceder al presidente actual. Herder era ingrato y salvaje, pero no negado a la admiración y a la amistad que, a pesar de todo, lo acercaban a Goethe. Ya hemos visto que, no obstante sus escrúpulos, cuidaba de Cristiana y de Augusto durante las ausencias de Goethe, y luego siguió frecuentándolo. Goethe, sin embargo, no podía ya abrirle su corazón como en los días de la juventud.

No, no había que abandonar a Goethe en aquel instante difícil. El trato humano se le hacía doloroso. Para este “Fausto” algo entristecido, algo ensimismado, el milagro de un rejuvenecimiento no estaba seguramente en las manos de “Margarita”, ni de Cristiana, ni mucho menos de “Mefistófeles”. Entonces aparece Schiller.

NOTAS

¹ G. a Carlos Augusto: 6 y 23-V-1788; a Knebel, 24-V-1788.

² Carolina Flachslan Herder: 17-VIII-1788.

³ G. a Schiller: 27-VIII-1794; a Zelter: 28-XII-1830.

⁴ Eck., 3ª pte.: 30-XII-1823 y 2-I-1824.

⁵ G. a Knebel: 25-X-1788.

⁶ Schiller a Koerner: 12-VIII-1787.

- ⁷ Sch. a K.: *loc. cit.*
- ⁸ G. a Voigt: 10-X-1788.
- ⁹ G. a Meyer: I-1788, 13-III-1790; 16-X-1795; y cartas de 1796-97. A Jacobi y a Stolberg: 2-II-1789; a Herder: 15-IV-1790; a Carolina Herder: 4-V-1790.
- ¹⁰ Eck., 3ª pte.: 20-VII-1831; Soret, *Conversaciones con Goethe*: igual fecha.
- ¹¹ Schiller a Koerner: 1-IX-1790.
- ¹² G. a C. de Stein: 1 y 8-VI-1789.
- ¹³ Müller: 27-V-1848.
- ¹⁴ G. a Jacobi: 18-VIII-1792.
- ¹⁵ G. a Knebel: 27-IX-1792; Müller: 12-V-1815.
- ¹⁶ “Preferible no encontrarse con los amigos de ayer: ya no se entiende uno con ellos; cada cual habla ya otro lenguaje... La inevitable discordancia no hace más que desazonarnos y enturbiar la pura imagen de las pasadas relaciones” (Müller, XII-1824).
- ¹⁷ G. a la duquesa Amalia: 25-IX-1792.
- ¹⁸ G. a Jacobi: 7-VII-1793.
- ¹⁹ G. a Jacobi: 19-VIII-1793.
- ²⁰ Eck.: 4-I-1824.
- ²¹ Sch. a Koerner: X-1790.
- ²² G. a Herder: 7-VI-1793; a Jacobi: 7-VII-1793.
- ²³ G. a Fichte: 24-VI-1794; a Carlota von Kalb: 28-VI-1794.
- ²⁴ Fichte a G. 21-VI-1794.
- ²⁵ Sch. a G.: Jena, 23-VIII-1794.
- ²⁶ Herder a su esposa: 7-IV-1789. Carolina a Herder: 10 y 29-V-1789.
- ²⁷ G. a Knebel: 1-I-1791 y 5-IX-1791.

V GOETHE Y SCHILLER

24 de junio de 1794-9 de mayo de 1805

1. EL CAMINO DE SCHILLER

La amistad entre Goethe y Schiller sólo se afianza el año de 1794. La crítica reconoce que el raudo tránsito de Schiller por el alma de Goethe parte la vida de éste en dos mitades. Sigamos los pasos de Schiller desde los primeros titubeos hasta esa hora trascendental. Retrocederemos unos años y, conforme el instante decisivo vaya acercándose, recordaremos brevemente el punto en que Goethe se encontraba. Fuera del concierto con Goethe —como observa Germán Grimm— “los hechos de la existencia de Schiller no son elementos de su poesía”.

Diez años menor que Goethe, educado en la severa escuela militar de Ludwisburg, practicante de medicina a la fuerza, pronto atraído a los estudios filosóficos y poéticos, lector de Rousseau y de Goldsmith, admirador del *Goetz*, del *Clavijo* y de Shakespeare, con precoz inclinación al teatro, Schiller —rebelde a la tiranía del duque Carlos de Wurtemberg— fue aprisionado. Durante su encarcelamiento, escribió *Los bandidos*, según aquella fórmula “romántica” que ya Goethe había superado. La publicación de esta obra, hecha a su costa —y cuya representación fue por algún tiempo prohibida como impolítica—, lo dejó endeudado para muchos años, pero le valió una fama repentina y provocó imitaciones en Alemania y en Francia. Escapó a las persecuciones, se escondió en la casa campestre de un amigo, otra vez obtuvo un préstamo, y comenzó su carrera de escritor con ese enojoso fardo encima.

Cuando el duque de Weimar pasó por Mannheim, la señora de Kalb hizo que Schiller leyera ante la corte el primer acto de su *Don Carlos*, y el duque le concedió el título honorífico de consejero. Comenzó a publicar un periódico en que censuraba acremente a los actores de Mannheim. La vida se le volvió imposible, y su padre casi lo forzaba a continuar su interrumpida práctica de medicina. En esta hora angustiosa, la carta y los presentes de un admirador desconocido vinieron a darle nuevos ánimos. Este admirador era el magistrado y hombre de letras Cristián Godofredo Koerner, de Leipzig, cuya amistad le fue tan preciosa. Schiller acabó por pedir a Koerner un modesto refugio: una mesa para escribir, unas gavetas para sus papeles, una cama, un sofá, una mesa donde comer.¹ Koerner le envió el dinero necesario para que pagara sus compromisos más

urgentes en Mannheim y pudiera trasladarse a Leipzig, donde a los quince días los amigos se encontraron por vez primera.

Schiller seguía trabajando en *Don Carlos*, y durante ese verano, escribió además aquella *Oda a la Alegría* que inspiró a muchos músicos, y que en 1818 Beethoven incorporará al final de su *Novena Sinfonía*. De entonces datan asimismo unas cartas filosóficas entre “Julio” y “Rafael”, y una novela hoy olvidada.

En 1787, sin duda a instancias de la señora Kalb que le había procurado el favor del duque Carlos Augusto y que pensaba divorciarse para contraer nuevas nupcias con Schiller, éste se acercó por Weimar. La señora Kalb fue algo como su madrina social. Por desgracia Goethe seguía en Italia, y entre tanto el joven se presentó a Herder y a Wieland. Al primero lo encontró genial y gruñón; al segundo, gozosamente rodeado de catorce retoños. La duquesa Amalia no le agradó mucho a primera vista. Conoció al semirridículo Vulpius, hermano de Cristiana, quien aún no aparecía en la historia; conoció a la actriz Corona Schröter, con quien llegaría a tener buena amistad, pero que de pronto no le impresionaba como artista de corazón. Knebel lo llevó a la casa de campo de Goethe, que él ocupaba en su ausencia. No halló precisamente bella a Carlota de Stein, pero sí muy interesante y de buena compañía. Recogió por todas partes los mejores informes sobre Goethe, el escritor y el hombre, su limpieza y su claridad. Le encantaba el político Cristino Diosdado de Voigt, un predilecto de Goethe. Es evidente que Schiller anda por Weimar con la idea de acogerse a la amistad de Goethe y a la protección de Carlos Augusto, pero no es hombre para importunar con instancias y espera más bien a que se lo llame.

Wieland, que lo había recibido con suma afabilidad y solía llevarlo a su club, se ausenta unos días. Herder cae enfermo. Schiller llama a la puerta de Bertuch, quien le hace admirar su jardín y le muestra el cenador rústico en que dictó su traducción del *Quijote*. Después, pasa unos días en Jena, donde oye las conferencias kantianas de Reinhold, el yerno de Wieland, “hombre exagerado y estrecho”. Cuenta por carta a su amigo Koerner las hablillas sobre los constantes pleitos y reconciliaciones entre Herder y Carolina su mujer. Comienza a sentirse bien hallado en Weimar, donde cada uno hace su mundo aparte. Organiza su pequeña sociedad; aun sueña con que Koerner se traslade también a Weimar, y cree poder obtenerle el nombramiento de consejero, gracias a la buena disposición de Schmidt, primer ministro en ausencia de Goethe. Se burla, pero con simpatía, del carácter indeciso de Wieland. Se le ocurre que bien podría casarse con su segunda hija, aunque realmente no la conoce. Trabaja en su *Historia de la rebelión holandesa*.

A comienzos de 1788, anuncia a Koerner su esperanza de ser nombrado catedrático en Jena, si bien la perspectiva lo atemoriza un poco. Entre tanto, quisiera casarse y no halla con quién —como en la canción—; quisiera definir su vida, hasta ahora un tanto errabunda. “He sido incapaz de ser feliz durante bastantes años.” Pero Koerner replica: “No por el hecho de casarte lograrás que se aquiete tu natural inestabilidad, que te trae y lleva entre la sensación del gozo y la sensación de vacío”. Además, bien está que se

ocupe un poco de cosas históricas, como medio para mejorar su situación; pero, por favor, no olvide la poesía, que es lo primero.

Hacia abril de ese mismo año, Schiller le cuenta haber recibido una singularísima oferta de matrimonio, en Schweinfurt, con buen puesto y poco trabajo, alto salario y dote muy tentadora. Este pensamiento ¿se le habrá vuelto al pobre Schiller una idea fija? Y al fin sobreviene la gran noticia, en el mes de julio: “Goethe ha regresado a Weimar hace un par de semanas. La gente lo halla algo cambiado. Veremos en qué para esto”. Aún no se han encontrado. Schiller pasa ahora una temporada en el campo, cerca de Volkstadt, junto a la señora Legenfeld y sus dos hijas, la menor de las cuales pronto será su esposa. La familia pertenece al mejor círculo, al de la señora de Stein. Las muchachas se parecen a las heroínas de Richardson. Y Schiller es levemente *snob* y algo preocupadillo de sus adelantos sociales, no obstante sus dramáticas prédicas de desmelenado.

2. LA ATRACCIÓN INDECISA

“¡Al fin puedo hablarte de Goethe! Sé que esperabas la noticia con impaciencia. He pasado casi todo el domingo en su compañía. Vino de visita [a casa de las Legenfeld] con las señoras Stein, Herder y Schardt. Al principio, defraudó mis esperanzas respecto a su encanto y sus atractivos personales. Es hombre de talla media, algo rígido en el porte y en el andar. Su cara me pareció inexpresiva, pero su mirada llena de vida y seducción. Aire serio, aunque muy afable; tipo moreno, y según mis cálculos, representa más años de los que tiene. Voz agradabilísima, y muy fluida y animada cuando empieza a contar historias. A la gente le gusta oírlo, y cuando él está de humor —y estaba de un humor excelente— habla con extrema rapidez. Se deleita evocando sus impresiones de Italia, y lo hace con mucho ingenio. Lo que me dijo me ha dado una visión muy clara y vívida de aquel país y de su pueblo...”

Después, averiguamos que Goethe hace grandes elogios de Angélica Kauffmann y el noble empleo que da a su riqueza. Habló de tantas cosas en unas cuantas horas, que Schiller sólo podrá contarlas poco a poco a su amigo Koerner. En conjunto, la impresión es buena. “Pero dudo que lleguemos a la verdadera intimidad. Mucho de lo que me interesa, mucho de lo que creo y espero, para él es cosa del pasado. Me lleva tal delantera, más en la experiencia que en los años, y en su desarrollo personal, que dudo si nuestros caminos podrán realmente encontrarse. Además, todo su ser es diferente del mío, y creo que lo ha sido siempre. Nuestro modo de ver las cosas es muy distinto. En suma, que nada ha salido en claro de esta entrevista. El tiempo dirá.” Y Koerner le contesta: “No espero amistad entre vosotros, sino una manera de fricción de que nazca el mutuo interés”.²

Siempre afligido por sus enojos económicos, Schiller se da tiempo para escribir una concienzuda reseña sobre el *Egmont*, reseña que Goethe ha leído con agrado —aunque

abunda en reparos históricos—, y que le ha valido cierta estimación. Ahora traduce la *Ifigenia en Áulide*, de Eurípides, sin que se le disimule el conflicto entre el argumento y la moral de los personajes.

Goethe le anuncia a los pocos días que le van a conceder la cátedra de historia en Jena, vacante por la partida de Eichhorn. Schiller se siente algo intimidado, aunque Goethe añade unas palabras de aliento y le recuerda que *docendo discitur*. Koerner le aconseja que se haga pagar bien y salga de una vez de aquella existencia trabajosa; le recuerda que el tiempo del poeta es precioso, y le asegura que es la Universidad quien sale ganando con su nombramiento, “pues hay allí profesores apenas conocidos en dos millas a la redonda”.³

Este año ha presenciado la toma de la Bastilla. Mozart ha compuesto el *Don Juan*. Byron acaba de nacer. Comienza el 1789.

Aunque Goethe ayuda a Schiller, y aun moviliza en su ayuda a sus mejores amigos como Vóigt, la crisis de soledad que atraviesa lo mantiene un poco distante, y tal vez hasta la preocupación de resolver sus intimidades con Cristiana, en una ciudad tan pequeña, y ante el círculo de las señoras Stein y Legenfeld, al que Schiller mismo está cada vez más unido. “Poco a poco —escribirá Goethe más tarde, refiriéndose a este momento de su vida— se aprende a trabajar en la soledad, a cambio de aquella recompensa que es ya imposible compartir con los otros.”

Entre tanto, Schiller prepara su curso y habla a Koerner de su nuevo poema *Los artistas*, clave para entender lo que había en aquel espíritu desde sus días prekantianos. Cada vez le irrita más la admiración sin discernimiento de Moritz para Goethe, singularmente cuando se empeña en considerar como modelos ciertas obras meramente medianas, o que así le parecían entonces. Más tarde ha de rectificar sus juicios, lo que honra su criterio. En todo caso, comienza a impacientarse con Goethe y su bondad fría, de divinidad ausente. “Quisiera matarlo y lo adoro. Su juicio ejerce sobre mí un peso inmenso. Ha manifestado una opinión muy favorable sobre mi poema *Los dioses de Grecia*, pero le parece muy largo; tal vez tiene razón. Su dictamen es muy seguro, y no me engaña con halagos. Yo deseo ver claro en mí mismo, y sólo él puede ayudarme.”⁴ ¡Pero Goethe es inasible, se escapa! Schiller aún ignoraba la humilde razón de esta actitud. “Parece que esconde algo”, decía. Y así era, en verdad. ¡Pobre Goethe! Escondía una pequeña felicidad, algo equívoca.

Koerner, que —como todos por esos días— ni conoce aún entera la obra lírica de Goethe, ni menos el *Fausto* ni el *Meister*; que no han aparecido, y que lo consideraba más bien como un serio rival dramático de Schiller, aconseja bondadosamente a éste que no niegue la grandeza, ya que él también participa de ella. “No —contesta Schiller—, no pretendo compararme con Goethe... Posee más genio que yo, y un tesoro mayor de conocimientos, una ‘sensitividad’ más clara y definida, y además, cuenta con una percepción artística muy delicada, refinada y pura en todas las ramas del arte, que yo ignoro en absoluto. Si no fuera porque yo poseo otros talentos, manifiestos en mis dramas, su antorcha ya me habría oscurecido.”⁵

3. LA CÁTEDRA DE JENA

Si, por un extremo de la vía, Goethe adelantaba con cautela —no porque recelara de Schiller, a quien tan instantáneamente dominaba con su sola presencia, sino porque sus actuales condiciones lo hacían un tanto huidizo—, por el otro extremo Schiller avanzaba lentamente, algo espantado ante los deberes universitarios y la vida que le esperaba en Jena. Pronto se encontrarían en el medio. Cada uno ignoraba la situación del otro. Schiller se hacía mil preguntas. De Goethe no podemos saberlo: había comenzado a callar. En mucho, era el más solitario.

Koerner ha cambiado de idea: es mejor que Schiller se case. Y puesto que, según cuentan, tiene “al alcance de la mano” a la señorita Schmidt, que posee riqueza, belleza y cultura, ¿a qué esperar?⁶ Pero Schiller está ya en Jena, ocupado en su nueva instalación, y lleno de gratas sorpresas. Posee tres cuartos, una mesa de escritor mandada hacer a su gusto. Dos ancianas lo atienden y le traen los alimentos a sus habitaciones. Todo es más barato que en Weimar.

El auditorio tiene capacidad para sesenta personas sentadas. Pero afluye tal multitud a la inauguración de su curso, que, aunque a última hora lo cambian a una sala mayor —para tres o cuatrocientos oyentes—, el público llena los pasillos, desborda por las escaleras y hace fila en la larga calle Johannes, la más larga de Jena. Los estudiantes acuden corriendo para ganar sitio. Los vecinos se alarman y se asoman a las ventanas. Acompañado de Reinhold, el nuevo profesor se encamina a su sitio lleno de inquietud, y apenas logra llegar, mareado con los estrepitosos aplausos. Se recobra en cuanto empieza a hablar, procurando hacerlo con el mayor dominio, y él mismo se asombra al descubrir la potencia de su voz.

La conferencia fue un éxito. Toda la noche ha dado tema de conversación a la ciudad. Los estudiantes lo han escuchado con inusitada y respetuosa atención. Después, le trajeron serenata y lo aclamaron bajo sus ventanas. Al día siguiente se siente ya tan seguro que se atreve a sentarse. Lee la mayor parte del tiempo, e improvisa explicaciones adicionales. Aún no toma el gusto al oficio: hay un invisible muro entre él y los estudiantes. Ignora su preparación, no puede saber si lo entienden, si de veras aprovechan sus explicaciones. Además, siente que ya lo rodea la envidia.⁷

La gente comienza a asociar su nombre al de la hija de Eckardt, personaje de influencia y buen pasar, pero a él no le agradan la familia ni la muchacha. “¿Y qué se te ha ocurrido decirme sobre la chica Schmidt? ¡Imposible! Esa gente sólo ve el dinero. Ella es encantadora, pero sin carácter para adaptarse a mi vida, lo que admiro mucho en una amiga como ella, pero no lo admiraría en mi esposa. Hay otra señorita de buena familia en Weimar, si yo quisiera... Pero no tiene dinero... Si sabes de algún buen partido, avísame: o riqueza, o mejor aún, pobreza absoluta, y así nos divertiremos más.”⁸

Espera con alegría la visita de Koerner, le reserva dos cuartos, le da la lista de sus mejores amigos. “No sé qué decirte de Herder y de Goethe, no me atrevo a forzar su puerta.”⁹

Las señoritas Legenfeld aparecen por Jena en julio, y al mes siguiente, Schiller declara su amor a la más joven, Carlota, desde Leipzig, donde ha ido para recibir a Koerner. Allí se le reúnen las dos hermanas. Schiller las presenta a su amigo y le da cuenta del compromiso. Koerner no sabe qué pensar: el paso ha sido demasiado súbito, no tenía ni la menor sospecha, está desprevenido. Se encamina con Schiller a Jena, llevando en su compañía a su mujer, su cuñada, su hijita y su criada. Los deberes del hospedaje y la sociedad privan a los dos amigos de toda ocasión para cambiar confidencias durante los breves días de su encuentro, y se despiden con la idea de que se dejaron por decir muchas cosas.

Desde Rudolstadt, en el campo, junto a la familia de su novia, cuenta Schiller a Koerner las impertinencias de Herder, quien, no habiendo predicado desde su regreso de Italia, porque dudaba si se quedaría en Weimar, acaba de consagrar su primer sermón a hablar de sí mismo, en forma que deleitó a sus adversarios e hizo enmudecer a sus amigos. ¡Para colmo, el texto del *Te Deum* tenía por asunto al señor Herder! y todavía dijo algunas insolencias en una cena de la duquesa, burlándose de la corte que lo ha acogido... Pasando a otra cosa, ¿ha leído Koerner los *Viajes de Anacarsis*, de que habla todo el mundo? La forma parecería excelente en manos de un genio, pero el autor es muy aburrido.¹⁰

Como Koerner vive en Dresde, Schiller insiste en su antigua idea de trasladarlo a Weimar, y de paso le expone su concepto de la historia, anticipación a las actuales teorías de los “campos inteligibles” que no deben limitarse a las naciones separadas. Mientras vuelve a Jena, se entretiene en dar lecciones a una treintena de discípulos, la mayoría incapaces de pagarle. Ha tomado gusto al oficio.¹¹ Cierta catedrático en Jena reclama el título de profesor de historia que Schiller le ha “arrebatado”, y éste aplaca la tormentilla haciéndose designar profesor de filosofía.

De su compromiso con Carlota de Legenfeld ni siquiera la madre de ésta tiene todavía conocimiento. Schiller se esconde a los ojos de la señora Kalb, como Goethe se esconde a los ojos de la señora Stein. No va más allá la semejanza del caso. La soñadora Kalb pide que Schiller le devuelva sus cartas y quema, iracunda, toda la correspondencia cambiada entre ambos. La prudente Stein también obtiene la devolución de sus cartas y las destruye, pero conserva cuidadosamente las cartas de Goethe que han llegado hasta nosotros. Schiller ha reconocido que la influencia de la señora Kalb no le fue benéfica. Goethe reconoce lo mucho que debe a la señora Stein. La señora Kalb, cuando puede, intercepta la correspondencia de Schiller y dicen que envía anónimos a su novia. La baronesa de Stein, por su lado, protege este noviazgo.

Se recrudecen los disgustos de Jena, la guerrilla entre colegas. “Tu sitio está en Berlín”, dice Koerner. “Pero —contesta Schiller— creo que debo soportar aquí todo el año entrante, primero para adquirir práctica, segundo porque voy a casarme.” El ambiente académico ha conseguido hartarlo. Ni siquiera se cree con derecho a imponerlo a su novia. Pero se calma unos días después, y así acaba el año de 1789.

La baronesa de Stein logra interesar al gran duque en el próximo matrimonio de Schiller y en su difícil situación económica. Parece que van a ayudarlo de algún modo, y

contempla con tranquilidad el porvenir. Por su parte, Goethe acaba de ceder su casa del Frauenplan al gran duque para hospedar a algunos personajes; se ha trasladado a la Jägerhaus, ha ido a Venecia por la duquesa Amalia y luego al Congreso de Reichenbach; ha continuado sus trabajos literarios y científicos; ha recorrido las colecciones de arte del ducado, nombrando aquí y allá curadores.

4. LA MAREA KANTIANA

Schiller se casó con Carlota de Legenfeld en el pueblecito de Eningen, alrededores de Jena, el 22 de febrero de 1790. A mediados de mayo, reanuda en Jena su curso de historia y diserta, además, sobre la estética de la tragedia. Ya no le intimida la cátedra, y apenas necesita preparar las lecciones orales. Su felicidad doméstica lo sostiene. Pero trabaja con exceso, lo que va minando su salud.

Koerner ha podido charlar con Goethe a su paso por Dresde, y Schiller comprueba con complacencia que Goethe trae el mejor recuerdo de su amigo. En Dresde, como en Weimar, se ha discutido a Kant.

Durante tres años, Schiller no realizará ninguna obra poética original: traduce a Virgilio, estudia, da sus cursos, va a sumergirse en Kant. El acercamiento futuro entre Goethe y Schiller renovará la actividad literaria de uno y de otro.

Por primavera se ha distribuido un fragmento o primera entrega del *Fausto*. Koerner sabe que Schiller no está del todo satisfecho. “Hay desigualdades —le confiesa—, tal vez debidas al mucho tiempo transcurrido entre la redacción de algunas escenas; pero el conjunto es delicioso, y me encanta que el carácter de ‘Fausto’ sea siempre de un orden superior al de ‘Mefistófeles’, aun cuando éste lo supere en ideas, experiencia y agilidad.”¹²

En 1791, como sabemos, Goethe se hace cargo del Teatro de Weimar, cuya dirección conservará hasta 1808. La aparición de Mozart, su menor en quince años, por quien ha comenzado a interesarse desde Italia, lo ha convencido de que Kayser no era el hombre para poner música a su *Egmont*. Aún no soñaba con que poco después había de hacerlo el propio Beethoven. Por ahora, se preocupa de dar a conocer en Weimar el *Don Juan* y *La flauta mágica* de Mozart.

La salud de Schiller ha comenzado a flaquear, en términos tales que tiene que abandonar el curso durante el invierno. Pero se siente muy halagado: Goethe declara que le hubiera gustado firmar cierto juicio sobre los poemas de Bürger, juicio anónimo de que Schiller es el autor. Se ha puesto a estudiar seriamente a Kant, y aunque no se restablece del todo, continúa sus apremiantes labores de escritor. Su felicidad doméstica sigue siendo ejemplar. A esta altura de su amistad, es ya indudable que aquel conferimiento constante de su trabajo y sus estudios con Koerner ha sido de suma utilidad para Schiller.

Logra al fin libertarse de las deudas que han pesado sobre toda su vida, gracias a un generoso donativo del príncipe de Holstein-Augustenburg y del conde de

Schimmelmann, ministro danés, auxilio que acaba de llegarle de Copenhague y está aparentemente sólo destinado a atender los gastos de su enfermedad.¹³ Este presente, de mil táleros por tres años sucesivos, le devolvió la vida para otros catorce de fecunda labor. La iniciativa corresponde a Baggesen, el poeta danés, a quien, de paso por Jena, impresionó mucho el estado en que se encontraba Schiller. Es muy singular que este raptó de liberalidad haya sido provocado por la falsa noticia del fallecimiento de Schiller, noticia llegada a Copenhague justamente en los momentos en que se celebraba una fiesta en su honor, la cual de pronto pareció un duelo.

El año de 1792 se inicia, pues, bajo los mejores auspicios. La salud de Schiller aún deja qué desear, pero prosigue tenazmente el estudio de Kant, que ahora quiere combinar con el de Locke, Hume y Leibniz. Suele cenar, en familia, con otros cinco jóvenes profesores interesados en las mismas lecturas. Cada uno trae su parte y no hay gasto extra. Después, se juega un rato a las cartas.

Koerner, que tampoco deja su Kant, reflexiona sobre ciertas proposiciones de este filósofo que le han parecido arbitrarias, lo cual lo ha llevado a meditar “sobre la prueba en general y sobre los límites de la duda”.¹⁴ Y como sabe que el mal de Schiller acaba de recrudecerse y no se mitiga aquel dolor del pecho que le apagaba la voz, le estorbaba el resuello, le impedía hasta el bostezo y le ponía las manos temblorosas, lo invita a trasladarse a su lado: “Volvamos a vivir Juntos”. Schiller prefiere dejar pasar la crisis y, por lo pronto, le ruega que le diga cuánto debe todavía a su acreedor Beit, para de una vez acabar con esa larga tortura. Sólo entonces le confiesa el excelente Koerner que él mismo ha pagado a Beit de tiempo atrás, para que no importunara a su deudor, y le ruega que no se inquiete ni se apresure, pues ya no recuerda de momento el valor de la deuda, ni tomó nunca nota del pago y, para fijar las cifras, tiene que buscar una vieja carta de Schiller ¡de 1789!¹⁵ La intervención de Dora, la cuñada de Koerner, no había sido ajena a la liberalidad de los amigos daneses: durante una temporada en Carlsbad, ella había hablado muy largamente sobre la situación de Schiller al príncipe heredero de Dinamarca. Pero ni Dora ni Koerner cometieron la grosería de anunciárselo. Schiller se dispone a visitar a su amigo, e insiste en pagar cuanto antes su deuda, pues no hay ya razón para demorarlo. “Pagaré cuanto debo, y a ti mismo te pagaré lo que puede pagarse. Para ser feliz sólo pido ya buena salud.” “Siempre estaremos juntos —le contesta éste—. Nadie, excepto Goethe, ha influido más que tú en mi existencia.”¹⁶

Por estos días, Schiller había adquirido el hábito de dormir un poco entre una y otra tarea. En cambio, de noche, cuando todos descansan y mientras cobra el sueño, se pone a jugar a las cartas con la criada. Se ha comprado un caballo, pero aún no puede montar, por miedo a los dolores del pecho. (Todos montaban a caballo en aquel tiempo: era el medio más general de transporte, aunque a un escritor urbano de nuestros días le resulte casi increíble.) “Pienso llevarlo a Dresde, y cabalgaremos juntos para tener más tiempo de hablar... También llevaré mi *Guerra de Treinta Años...*, no le dedicaré más de cinco horas al día; no quiero que absorba todas mis fuerzas. Consagraré mis mejores ratos a alguna tarea más inteligente, que ya te revelaré de palabra.”¹⁷

A mediados de abril, Schiller y su esposa emprendieron el viaje a Dresde, llevando consigo a otros compañeros, también estudiantes de Kant. Su permanencia de un mes al lado de Koerner se vio enturbiada por las recaídas de su salud. Venciendo sus dolores, pudo trabajar un poco y charlar con él a su sabor. Le comunicó entonces su proyecto, que era la publicación de un periódico literario (*Horen, Las Horas*), y Kant estuvo presente en aquellas tertulias como un convidado invisible. Schiller no logró contagiar a su amigo de su afición por las cartas y el ajedrez.

Vuelto a Jena, Schiller medita en un drama sobre Wallenstein, lo que llena a Koerner de alegría, pues teme que Schiller se aleje de la poesía más de lo que conviene, con sus preocupaciones históricas y kantianas. Schiller habla de cierta “premonición musical” que suele preceder a su trabajo artístico, y de la conveniencia de alternar la creación poética con la investigación, pues hay momentos en que las inspiraciones subconscientes “son como leones dormidos a los que es mejor no despertar”.¹⁸ A fines de septiembre, ha dado término a su *Guerra de Treinta Años* que ya comenzaba a pesarle. ¡Las Musas ya estaban indignadas! En diciembre, su salud otra vez flaquea.

¿Qué hacía Goethe, en tanto? Levantaba el teatro en Weimar, como habían intentado hacerlo Lessing en Hamburgo y Schiller en Mannheim. Transigía un tanto con el gusto del público, para no ahuyentarlo, y ya había logrado presentar el *Don Juan* de Mozart, al que pronto seguiría el *Don Carlos*, de Schiller. El pintor Heinrich Lips, llegado de Roma, acaba de hacer su retrato. Él continúa en su empeño de aplicar a la física el método que aplicó al estudio de la morfología de plantas y animales, incurriendo en el mismo des-vío de todos sus contemporáneos, con excepción de Kant, al querer conciliar el orden fisiológico y el orden objetivo de la visión. Su estudio de los colores encontró un público incrédulo. Convertida su atención al aspecto técnico de las artes, convencido de que los artistas alemanes que lo acompañaron en Italia hablaban de colores “fríos” y “calientes” sin entender lo que decían —salvo Angélica Kauffmann, que llegó a pintar para él un cuadro sin el menor asomo de azul—, ordenadas ya sus observaciones sobre la influencia de la atmósfera en los matices y en las sombras, se entregaba a mil experimentos al aire libre, se hacía traer las obras de Newton y buscaba cuanto se ha escrito en todo tiempo a propósito del color. A la vez, organizaba la representación del *Gran Copto*, que al menos perdurará por la aparición del personaje en la célebre escena del tercer acto. Se embriaga de trabajo. En cualquier periodo de su vida —observa Rudolph Magnus— es imposible que un solo biógrafo desenrede la trama de la actividad de Goethe. A ratos perdidos, jugaba con su hijo de dos años. Pero él no tenía un Koerner en quien confiarse, pues Herder estaba cada vez más maniático, gruñón y difícil. A Goethe ni siquiera le divertían las cartas, y mucho menos el ajedrez, contrario al espíritu poético, según el *Diván*. Schiller y Koerner también hablan por esos días de su respectiva soledad mental: al menos, se acompañaban en ella. Y los tres parecen huir del desperdicio a que obliga el trato con mediocres, y los tres dan señales de la marea kantiana.

Por estos días sobrevino la campaña de Francia, que ya conocemos a grandes rasgos en cuanto a Goethe se refiere.

5. LA AMISTAD

Las primeras cartas de Schiller a Koerner, el año de 1793, muestran una doble preocupación: los estudios de estética y el temor supersticioso de que reincidan los dolores del pecho como en el invierno pasado, y vuelvan luego los espasmos, como en la pasada primavera. “Cada signo del Zodiaco me tiene reservado un distinto padecimiento.” En cuanto a la estética, los autores que maneja, y son muchos, tienen sólo razón en parte, sin exceptuar al propio Kant. “Veo que necesitas crearte una teoría propia de la belleza”, le contesta su amigo. Schiller expone sus ideas en una carta de unas quince páginas. Unos quince meses después las discutirá ya con Goethe. La belleza le parece función de la libertad, y en la misma idea del deber encuentra una nota ofensiva, por donde se aleja de Kant. De cuando en cuando, asoma en la correspondencia la inquietud por los asuntos de Francia. Luis XVI había sido ejecutado el 21 de enero.¹⁹

Goethe, que había tomado con paciencia el escaso éxito de su *Gran Copto* y su *Ciudadano General*, estaba en el campamento de Maguncia desde el 27 de mayo.

Schiller se propone desarrollar sus teorías estéticas en una serie de cartas a su protector, el príncipe de Augustenburgo (20-VI-1793). Dos meses después, visita a su familia y vuelve a ver los lugares de su infancia, donde el duque Carlos adopta el buen acuerdo de ignorar su presencia. La figura del joven Guillermo de Humboldt —que no parece muy capaz de escribir con método ni amenidad lo mucho que sabe— comienza a dibujarse en las cartas de Koerner. Por octubre, todavía en Ludwigsburg, nace un hijo de Schiller. Sus amigos de ayer se le han quedado ya muy lejos. Su mala salud vuelve a amargarlo.

Schiller anda todavía por Suabia cuando fallece el duque Carlos, su enemigo. Es falso que la noticia lo haya afectado ni haya contribuido en modo alguno a agravar el precario estado de su salud. Se limita a escribir a Koerner: “Ha muerto el viejo Herodes”. Y le habla de otras cosas. Reinhold ha salido de Jena. ¿A quién llamarán para sustituirlo? Fichte sería una excelente adquisición, y hasta “una ganancia por cuanto a la salud mental”. Convendría buscar un puesto de tutor para el joven Augusto Schlegel.²⁰

Marat muere asesinado por Carlota Corday. El sur y el oeste de Alemania viven en constante sobresalto. Las joyas y las obras de arte emigran a Weimar, buscando la custodia de Goethe. En la misma ciudad de Fráncfort, la casa de “Frau Aja” se ha convertido en lugar de refugio para mil curiosidades y riquezas, que ahora quedarán casi abandonadas. A pesar de las instancias de su hijo, “Frau Aja” no había querido trasladarse oportunamente a Weimar, siempre pegada a su Antiguo Testamento y confiada en la protección de los Profetas. Goethe ha hecho nombrar a Fichte profesor en Jena.

Schiller se traslada a Stuttgart en busca de compañía intelectual (17-III-1794). Danneker le hace un busto que considera excelente, y que Goethe también elogiará más tarde, pero que sólo será presentado al público después de la muerte del modelo. Schiller regresa a Jena en mayo, y cuatro meses después recibe el primer vaciado de su busto. Ha

comenzado a relacionarse con Guillermo de Humboldt. Ha publicado su ensayo *De la gracia y la dignidad* (mayo de 1793), y acaba de recibir de Kant una réplica respetuosa.

Fuera del *Wallenstein*, que adelanta muy lentamente, lo han absorbido la filosofía y la estética. A mediados de junio, define el plan de su revista *Horen (Las Horas)*. Cuenta con Fichte, Guillermo de Humboldt y Woltmann. Ha invitado a colaborar a Goethe, Kant, Garve, Engel, Jacobi, Gotter, Herder, Klopstock, Voss y otros. Pronto vendrá por Jena el hermano menor de Humboldt, Alejandro.

Eran los días en que la influencia de Wieland en el sur de Alemania se equilibraba con la influencia que ejercía Klopstock en el Norte. Gleim y Lavater contaban con círculos limitados. Faltaba la comunicación entre los cuarteles generales. Goethe dice que reinaba en el pensamiento germánico una anarquía aristocrática y que hacía falta organizar aquella “Edad Media” para que produjera una alta cultura. Todo parecía desmenuzado. Él mismo se había resistido a forzar el acercamiento con Schiller, que lo aludía solapadamente en su ensayo *De la gracia y la dignidad*. Aquel genio abrupto no parecía hecho para agradarle.

Pero Batsch había fundado en Jena una sociedad de historia natural, a cuyas reuniones periódicas Goethe concurría asiduamente. Una tarde apareció Schiller. Salieron juntos, y ambos se encontraron en el más perfecto acuerdo para censurar los métodos fragmentarios de los naturalistas. Goethe acompañó a Schiller hasta su casa, entró con él, se animó la charla. Goethe expuso su teoría sobre la transformación de las plantas. La discusión, en vez de alejarlos, fundió el muro de hielo que hasta entonces los separaba.

—¡Pero la *Urpflanze* no es una experiencia, es una idea! —gritaba Schiller.

—¡Pues entonces —replicaba Goethe—, me felicito de poseer ideas que puedo ver con mis ojos corporales!

“Schiller era más hombre de mundo que yo —dice Goethe en sus *Anales*, 1817—. No quería rechazarme, y estaba resuelto a ganarme para su revista. Pactamos un armisticio; ninguno se declaró vencedor, ninguno vencido... Me objetaba con citas de la *Crítica de la Razón Pura*. Pero yo me dije que si para mí era experiencia lo que para él era idea, en alguna parte debía estar el enlace. Se había dado el primer paso. El magnetismo personal de Schiller era enorme: se apropiaba de cuantos caían en el círculo de su amistad... Acepté colaborar en su revista... Su esposa, a quien yo conocía y quería desde su más tierna edad, contribuyó a consolidar nuestro afecto... Fue una fiesta para nuestros amigos. [Lo fue, desde luego, para el excelente Koerner, que siempre deseó una inteligencia entre los dos hombres por él más admirados; pero el antikantiano Herder se puso desconfiado y celoso.] Aquella alianza, efecto de la magna y acaso inacabable lucha entre el sujeto y el objeto, nunca más había de romperse, y nos hizo un inmenso bien a ambos, lo mismo que a los demás. Para mí fue un renacimiento primaveral.”

Era el 24 de junio de 1794, noche de San Juan, fecha memorable (recordada más tarde por una inscripción al pie de la escalera que daba acceso a las habitaciones de Schiller). Dos meses después, Schiller dirige a Goethe aquella carta del 23 de agosto de que hemos citado unos fragmentos (véase “Hacia la integración”). Entre otras cosas, le

decía: “Usted procura percibir lo que hay de necesario en la naturaleza de las cosas, pero para ello emplea el método más difícil de manejar y de que con razón se abstienen los espíritus menos templados que el suyo. Considera usted la naturaleza en conjunto, en su totalidad, y a ese conjunto pide la explicación de los detalles particulares; pide a la infinita multiplicidad de las existencias fenomenales que dé cuenta del individuo. Partiendo de la organización más pobre y humilde, se eleva gradualmente hasta las más complejas formas, para construir al fin, por síntesis genética, la más elaborada de todas, el hombre, mediante los materiales que le ha dado el edificio entero de la naturaleza. Y así, creando en cierto modo al hombre por usted mismo y según el tipo de la creación natural, trata de desnudar los resortes ocultos de su estructura y de su vida. Concepción grandiosa y verdaderamente heroica, que demuestra hasta la saciedad a qué punto se armoniza estrechamente en su espíritu —hermosa unidad— la cosecha entera de sus ideas. Sin duda usted nunca se ha figurado que el espacio de su vida pueda bastar para dar término a tamaña tarea; pero mil veces vale más haber empezado siquiera este camino que haber acabado otro hasta el fin, sea el que fuere; y usted, como Aquiles en la *Iliada*, ha escogido entre la inmortalidad y una cómoda vida mortal en Ftía. Si hubiera usted nacido griego, o siquiera italiano, y si, desde la cuna, se hubiera usted visto rodeado de una naturaleza admirable y un arte idealista, la tarea que se ha impuesto le hubiera resultado muchísimo más leve y hasta innecesaria. Desde la primera intuición de las cosas, les hubiera usted impuesto la forma de la necesidad, y desde sus primeros ensayos, hubiera sentido crecer en sí mismo el estilo del arte excelso. Pero ha nacido usted alemán, y su esencia helénica fue fundida en moldes septentrionales: no le quedaba más que resignarse a ser un artista del Norte... o crearse una Grecia íntegra mediante un acto de la razón, proyectándola desde dentro hacia fuera”.

Fue tal la emoción de Goethe, que se apresuró a comunicar la noticia de su nueva amistad al joven Fritz von Stein, sin duda para que éste la comunicara a su madre. Como Goethe recibió tal carta el 28 de agosto, escribió a Schiller: “Jamás se me ha hecho mejor aguinaldo de cumpleaños... Comienza una nueva época de mi vida... Compartiré con usted cuanto hay en mí. Pues, mientras más me convenzo de que mis ambiciones superan las fuerzas de un hombre y la duración normal de una vida, más anhelo depositar en usted mil proyectos, no sólo para darles segura guarda, sino para que usted les comunique nueva vida y nuevo vigor”.

Goethe no podía menos de provocar envidias. El mismo Schiller lo había venido contemplando con esa mezcla de fascinación y desazón que suscita el triunfo no compartido. Cuando sintió que Goethe lo situaba a su altura, que se explayaba con él como con ninguno lo había hecho, le consagró su amistad para toda su vida: ¡diez años más, cortísimo plazo! El Schiller que así solicitaba patéticamente la compañía de Goethe y su trato de igual a igual no era ya el autor de *Los bandidos*. Su mente había madurado, y oscuramente requería el arrimo de su hermano mayor, quien también a ciegas, venía buscándolo. “Ahora ha sentido la necesidad de unirse a mí y de continuar conmigo la jornada, la jornada que venía haciendo solo y sin recibir el menor aliento.”²¹

La corte acababa de trasladarse a Eisenach. Goethe cuenta con unos días de asueto en Weimar, y convida a Schiller a su casa. Y así empezó una de las alianzas más hermosas en la historia del pensamiento humano.

6. LAS DOS VERDADES

La abstracción especulativa y el realismo visual descubrieron, pues, que su diálogo no era disputa, y que una profunda gravitación los equilibraba mutuamente. Cuando, por fin, Goethe y Schiller se acercaron, ambos más o menos se sentían solos, ambos estaban amenazados. Goethe se refugiaba en las ciencias, algo desviado de la poesía, no muy satisfecho de sus últimos intentos dramáticos, y contemplaba la marea creciente de la filosofía con cierta mirada perpleja. Schiller, por su parte, también andaba distraído de sus labores poéticas con la historia y con la metafísica. Puede decirse que si Schiller aportó a Goethe la fórmula de un *modus vivendi* filosófico, éste le reveló en cambio el mundo de las artes —hasta entonces, huerto cerrado para Schiller— y uno y otro se fertilizaron mutuamente sobre el terreno común de la literatura.

Esta conciliación jamás hubiera sido posible entre personas de *soberanía* desigual, pues, en cuanto al temperamento, Goethe y Schiller son muy distintos. A aquél podemos llamarle clásico, y a éste, romántico. Pero esta manera de hablar se presta a confusiones. Goethe es una naturaleza intuitiva; Schiller, una naturaleza discursiva. Aquél, un observador prudente y algo irónico; éste, un dialéctico sutil mezclado de humor apostólico. Además, la existencia había sido para cada uno cosa muy diferente. “Mi relación con Schiller —explicará Goethe más tarde— se fundaba en nuestra notoria comunidad de propósitos; nuestra colaboración, en la diferencia de los medios que empleábamos para alcanzarlos” (*Máximas y reflexiones*, IV). Y también: “Dos viajeros que parten de puntos alejados, se encaminan a igual destino y se encuentran a media jornada, suelen acompañarse mejor que si hubieran comenzado juntos el viaje”.

Schiller se daba a la creación como a una tarea, a un oficio de letras; con fatiga, esfuerzo y sudor, según decía Goethe. A éste, en cambio, lo hemos visto desconfiar desde el primer instante de todo empeño que suponga una contrariedad excesiva. Le contentaban más las obras de Schiller que su método de trabajo, harto premeditado y violento para su gusto.²² Confesaba a Schiller que el solo hecho de comunicar un plan le estorbaba para realizarlo, cual si de antemano le impusiera una sujeción.²³ Pocas veces “se sentó a escribir” como un literato profesional. Schiller, por su parte, concede primacía al espíritu sobre la naturaleza, traza un programa y se obliga a él, provocando en sí mismo un entusiasmo artificial, lo que fue causa de su prematuro agotamiento.²⁴ Pero Goethe no quiere que la obra se desprenda de una sola parte de su ser, sino de todo su ser completo. No quiere —nos declara una y otra vez— que la imaginación o el intelecto engendren la obra, sino que la sigan. Su constante consejo a los jóvenes escritores, al propio Eckermann, se reduce a no forzar el crecimiento interior y las

capacidades actuales; a adiestrarse en los pequeños asuntos, a empezar por lo particular y los temas concretos.²⁵ Si en Schiller hay una tesis previa, Goethe sólo por excepción “ha consagrado una obra extensa al desarrollo consciente de una sola idea, y tal es el caso de las *Afinidades electivas*”. El *Tasso* o el *Fausto* no encierran tesis escondidas. “Me inclino más bien a pensar que cuanto más inconmensurable y menos productiva sea para el entendimiento una obra poética, tanto mejor resultará.” ¿Qué podrían añadir los teóricos de la “poesía pura”? He aquí, por ejemplo, el caso fulminante de la creación mitológica: ¡las Madres! ¿Qué son las Madres? No lo sabe Goethe al comenzar. En Plutarco ha leído un día cierto lacónico pasaje en que se dice que los griegos adoraban a las madres como a divinidades. La palabra se le quedó en la conciencia; saltó a la pluma; y luego, ella de por sí, tirando misteriosamente del espíritu con el hilo de tinta, fue creando el nuevo significado.²⁶ Acaso lo acompaña en su obra cierto sentido musical. Los maestros simbolistas dirán más tarde que la poesía debe reivindicar su patrimonio en el seno de la música; y Goethe afirma ya que “la música es el verdadero elemento donde nace toda poesía y al que tiene siempre que volver”. Es la consigna de Verlaine: *De la musique avant toute chose!* (R. Rolland, *Goethe musicien*).

En el “estado mercurial” de la primera juventud, cede a la punzada inmediata, a ese estímulo que suele llamarse inspiración, y le acontece dejar muchas obras a medio hacer porque se evapora el entusiasmo. En la época posterior, observa una paciencia vegetativa, espera a que los frutos maduren y caigan en sazón; y siempre que habla de su trabajo con Schiller, con Knebel, con Wolf, emplea un lenguaje de hortelano, de jardinero. A tal punto, que aun asegura no poder escribir poesía durante el invierno.²⁷ Dejar dormir los poemas hasta que el genio vuelva por ellos tiene sus peligros; y aunque tal costumbre respondía en Goethe a una auténtica necesidad, él mismo probó sus daños, exponiéndose a la discontinuidad de las largas pausas y al abandono de algunos proyectos. Quienes pretendan imitarlo sin poseer su idiosincrasia acabarán por conceder mayor interés a su estado de ánimo que a su obra.

Nada le hubiera costado confiarse a su sola fantasía. La invención era en él instantánea desde los días infantiles, allá cuando contaba a sus amiguitos la historia del *Nuevo París*. Su don imaginativo y su poder de evocación se aprecian en numerosos pasajes del *Fausto*, y a veces le basta una palabra lanzada desde un caballo al galope para crear una ronda de brujas en el cadalso. Merck le ha dicho —y Goethe no habrá de olvidarlo nunca— que deje lo caprichoso y lo quimérico a gente menos dotada para adueñarse de las realidades (*Poesía y realidad*, XVIII). Goethe sueña con una forma de necesidad poética, y confiesa a Kestner su afán de poder un día volcar su pensamiento directamente, sin la interferencia de imágenes ni personajes. Más tarde se pregunta si no habrá una poesía directa, que no necesita de tropos ni metáforas: estética de la música gregoriana.

Los críticos creen advertir que, durante los años de su asociación con Schiller, y aunque nunca trató de ajustarse a la índole de éste, anduvo más cerca de la creación “arbitraria”, o conforme a un plan intelectual. De aquí el *Germán y Dorotea*, obra que,

por lo demás, todavía disfrutó el privilegio de ser escrita con extraordinaria rapidez.²⁸ De aquí *La novia de Corinto*, que tampoco parece haberle tomado mucho tiempo. La alegoría de *Paleofrón y Neoterpe*, para festejar la entrada del año de 1800 —unos dos mil quinientos versos— fue dictada de un rasgo, paseando de un lado a otro por su estudio, y la *Elegía de Marienbad* fue escrita a los setenta y cuatro años, durante el viaje en coche de Eger a Jena. Los poemas del *Diván*, obra de sesentón, salen a cuenta de dos o tres por día, y los escribía a chorro abierto, por miedo de no poder recobrarlos.²⁹ Otro tanto puede decirse del ciclo lírico de Dornburgo (1828). El anciano, como en su juventud, creaba bajo la plétora del instante, que él llamaba “estado sonambólico”,³⁰ y aún le sucedía componer poemas en sueños, perdidos para siempre. Pero hemos dicho mal “componer”: sus poemas “crecían” más bien, y él abominaba de la palabra francesa *composition* aplicada a la poesía.³¹ “Modelad, artistas; no discurráis: que vuestro poema sea un soplo”, dice el epígrafe de *Las Bellas Artes*.

7. LA COLABORACIÓN

Entretanto, la colaboración de Goethe y Schiller, aparte del estudio común y del mutuo estímulo, se manifiesta en la publicación de la revista *Las Horas*, la guerra literaria de las *Xenias*, las baladas de uno y otro poeta, la campaña teatral. De 1795 en adelante, tales actividades se desarrollan en medio de una verdadera batalla de censuras y burlas, que Goethe soporta con ecuanimidad y hasta buen humor y en que le corresponde la tarea de frenar a Schiller y evitar que se le desboque. Ante las agresiones de las gacetas literarias, los dos amigos pasan a ser camaradas de trincheras. El grueso calibre de *Las Horas* se acompaña con la artillería ligera de las *Xenias*, seiscientos epigramas en que el mismo Goethe se declarará más tarde incapaz de discernir la mano de Schiller y la suya. Los tiros van dirigidos contra los incomprensivos; los demagogos, los pedantes, y también contra algunos amigos de ayer que han caído en extremos de iluminismo, aberración mística y extravagancia —Jung, Stilling, Lavater, los Stolberg—, o los defensores del mezquino racionalismo atrasado, como Nicolai. Si, en otros días, el *Werther* fue prohibido y excomulgado en concepto de obra dañosa para los jóvenes, ahora las *Elegías romanas* son calificadas de procacidades intolerables, y pronto el primer *Meister* será juzgado como una indecente historia de bambalinas.* No faltaron infamias a propósito de “la Vulpia” ni groseras caricaturas de Goethe. Éste, para huir de las hablillas de Weimar, se refugiaba frecuentemente en Jena, al lado de Schiller, junto a la Universidad, donde disfrutaba de la compañía de Fichte, Schelling, Hegel, Voss el joven, Humboldt, los hermanos Schlegel, y donde encontraba elementos para su trabajo. Años más tarde, considerará como desperdicio el esfuerzo empleado en la publicación de *Las Horas* y del *Almanaque de las Musas*, pues no es posible redimir a la gente contra su voluntad.³²

Después de quince años de olvido, Goethe volvió a las baladas, cuyos temas ya no buscaba como antes en las leyendas del Norte, sino en la Antigüedad y en el Oriente, y

en cuya elaboración emplea un arte más erudito y refinado. El año de 1797 es “el Año de las Baladas”, dice Schiller.

Desde el incendio del antiguo teatro de Weimar, la escena había venido a ser cosa de aficionados, y se asilaba en las residencias ducales. En una de estas representaciones cortesanas, Goethe mismo había desempeñado el papel de “Orestes”, y el de “Ifigenia”, la actriz Corona Schröter, traída expresamente de Leipzig. El nuevo teatro fue inaugurado por Goethe en 1790. Al instante organizó una compañía permanente, la formó y la disciplinó, alternando la severidad más extrema con la benevolencia paternal. Él mismo dirigía los ensayos y no aceptaba desobediencias ni transgresiones. Ponía centinelas a las puertas de los camarines para que, durante las representaciones, los visitantes no distrajeran a las actrices. Lo mismo educaba a los artistas que al público, e imponía silencio y respeto para el espectáculo a los bulliciosos estudiantes de Jena. Gastaba su propio dinero en la mejor presentación de las obras y no perdonaba esfuerzo alguno.³³ Cuando se asoció con Schiller todavía se redobló su entusiasmo. Excitaba a Schiller para que diera término al *Wallenstein*, y fragmento a fragmento, le fue arrancando la trilogía entera, que al fin pudo representarse durante tres días sucesivos en abril de 1800. En 1797, había hecho un tercer viaje a Suiza, donde tuvo la inspiración de una epopeya sobre Guillermo Tell; pero resolvió ceder el asunto a Schiller para que éste lo redujese a drama, y pacientemente le dictó el conjunto, los detalles, el fruto de sus meditaciones y sus notas. Schiller, así estimulado, compuso sucesivamente su *María Estuardo*, *La doncella de Orleáns*, *La novia de Mesina*. Goethe mismo volvió a su *Fausto*, y escribió la primera parte de *La hija natural*, bajo la sugestión de las *Memorias* de Estefanía Luisa de Borbón-Conti que acababan de aparecer en Francia. Esta pieza fue representada en Weimar el año de 1803.

El teatro del ducado alcanza su apogeo hacia 1815. En relación con los empeños teatrales de Goethe, debe recordarse, además de la *Misión teatral* del *Meister*; una curiosa conversación recogida por Eckermann muchos años después. Se habla en ella de las peculiaridades lingüísticas en las distintas regiones de Alemania. Eckermann se refiere a algunos equívocos chuscos causados por la mala pronunciación de los actores, que han hecho reír a los públicos, y Goethe añade anécdotas de su cosecha. (Entre nosotros, es frecuente, por ejemplo, que los actores profesionales digan “ecsena” en vez de “escena”, en lo que parecen complacerse con cerril terquedad.)

Goethe dejó la dirección de su teatro en abril de 1817. Sucedió entonces que al gran duque, para satisfacer un capricho de su amante, la actriz Carolina Jagemann, se le ocurrió autorizar la representación de cierto ridículo melodrama, *El perro de Aubry de Mont-didier*, en que se exhibía un perro amaestrado. No hace falta, como quieren los biógrafos, preguntarse si Goethe conservaría, de su neurasténica juventud, un profundo horror a los ladridos. La dignidad artística basta y sobra para explicarse la resistencia de Goethe. El gran duque, por de contado, se salió con la suya. Pero Goethe abandonó el teatro, se fue a Jena para no aprobar con su presencia semejante dislate. Sólo volvería a ocuparse del teatro en dos ocasiones señaladas: cuando, en 1818, compuso y organizó una mascarada literaria en honor de la emperatriz madre de Rusia, cuya hija María

Paulowa se había desposado con el príncipe heredero de Weimar; y cuando, al incendio del edificio en marzo de 1825 —pues este teatro acabó en un incendio como el que existía antes de su llegada a Weimar—, quiso planear, con ayuda del arquitecto Coudray, un proyecto de reconstrucción. Goethe se ocupó, pues, activamente de su teatro más de veintisiete años: antes de su asociación con Schiller, durante ella y por mucho tiempo después, y su “misión teatral” marca una época en el desarrollo de la escena alemana. Asombra que alguien en nuestros días ignore estos hechos y haya osado considerarlo como un regidor negligente.

Por diciembre de 1803 llegó a Weimar Mme. de Staël —inteligente, ruidosa, entrometida como un reportero de las letras—, y encontró a Goethe un poco encerrado en sí mismo, algo aburrido cuando no había bebido champaña, y poco dispuesto a prestarse a sus interrogatorios. Por instancias del duque y de Schiller, a duras penas consintió Goethe en sacrificarle un poco de su tiempo. Temía las indiscreciones de aquella mujer que todo quería ponerlo en claro, y el ruido que por todas partes levantaba a su paso. Pero la entrevista —dijo Goethe— “resultó de lo más interesante: duró una hora, y no me dio oportunidad a despegar los labios”. Acompañaba a Mme. de Staël el ilustre Benjamin Constant, quien no parece haberse sentido muy a gusto en presencia de Goethe.

La fogosa hija de Necker no sabía estarse quieta. Paseaba por los salones improvisando verdaderas conferencias sobre la vida literaria de Francia o recitando a Racine. Agitaba sus hermosos brazos y espantaba al coro de señoras que la escuchaban boquiabiertas, haciendo calceta junto a los veladores. Si los franceses la encontraban demasiado germánica, los alemanes la encontraron excesivamente francesa. Schiller, a quien Goethe había encargado que recibiera a la dama, dice de ella: “Su naturaleza y su espíritu valen más que su metafísica, y su agudísima inteligencia se aproxima al genio... No concibe que haya en el mundo sombra alguna capaz de resistir a su antorcha. Lo que ella no entiende, no existe... Para lo que por acá llamamos poesía no tiene la menor aptitud, y en las obras poéticas sólo aprecia lo que es apasionadamente oratorio y universal. Pero no la engañarán jamás las indignidades ni las falsedades”.³⁴ Cuando, cuatro meses más tarde, Mme. de Staël salió de Weimar, Schiller declaró que se sentía tan extenuado como después de una larga enfermedad.

NOTAS

¹ Sch. a Koerner: 25-III-1785.

² Sch. a K.: 12-IX-1788; K. a Sch.: 28-IX-1788.

³ Sch. a K.: 15-XII-1788; K. a Sch.: 30-XII-1788.

⁴ Sch. a K.: 3-II-1789.

⁵ Sch. a K.: 25-II-1789.

- 6 K. a Sch.: 6-V-1789.
- 7 Sch. a K: 28-V-1789.
- 8 Sch. a K: *loc. cit.*
- 9 Sch. a K: 12-VI-1789.
- 10 Sch. a K: 26-IX-1789.
- 11 Sch. a K.: X y 10-XI-1789.
- 12 K. a Sch. 29-VI-1790.
- 13 Sch. a K: 13-XII-1791.
- 14 K. a Sch., 8-I-1792.
- 15 K. a Sch., 24-I-1792.
- 16 Sch. a K.: 28-II-1792; K. a Sch.: 2-III-1792.
- 17 Sch. a K.: 15-III-1792.
- 18 Sch. a K.: 25-V y 10-VI-1792.
- 19 Sch. a K.: 6-I-1793; K. a Sch.: 4-II-1793; Sch. a K.: 23-II-1793.
- 20 Sch. a K.: 24-XI-1793.
- 21 Sch. a K.: 1-IX-1794.
- 22 Eck.: 19-II-1829.
- 23 G. a Sch.: 28-III-1797; Eck.: 14-XI-1823.
- 24 G. a K.-F.-A. Conta: 26-V-1820.
- 25 Eck.: 18-IX, 29-X y 3-XI-1823; 3ª pte.: 11-III-1828.
- 26 Eck.: 3ª pte.: 6-V-1827 y 10-I-1830.
- 27 Sch., a Iffland: 18-XII-1800.
- 28 Sch. a Koerner: 28-X-1796.
- 29 G. a G. Boisserée: 8-VIII-1815.
- 30 Eck.: 2-I-1824.
- 31 Eck.: 20-VI-1831.
- * El 28 de agosto de 1833, Wordsworth, delante de Emerson, arrojó al suelo, indignado, un ejemplar del *Meister*, porque *it was full all manner of fornication* (Emerson, *English Traits*: I. "First visit to England").
- 32 Eck.: 3-XII-1824.
- 33 Müller: 16-III-1824.
- 34 Sch. a G.: 21-XII-1803.

VI

ÚLTIMAS CUMBRES

1805-22 de mayo de 1832

1. NAPOLEÓN

Herder había fallecido en 1803. Schiller murió el 9 de mayo de 1805. Goethe ni siquiera lo había visto de un mes atrás, recluso a su vez por achaques de salud. Adivinó la amarga noticia en la cara de sus familiares. No tuvo ánimos para acercarse al féretro ni asistir a los funerales —no aceptaba su sabiduría estas humillaciones ociosas al dolor—, pero luego consagró a su amigo una espléndida capilla mortuoria. Quiso continuar el drama *Demetrio* que aquella “mitad de su persona” había comenzado: no lo dejó la angustia. Contaba ya cincuenta y cinco años y contemplaba el porvenir con melancolía.

¿Sería, otra vez, la soledad? Aun sus relaciones con el duque se habían ido haciendo cada vez más protocolares. Wolf, el comentarista de Homero, pasó algunos días a su lado. Fue entonces su único solaz, y un solaz por cierto algo equívoco. Eran ambos buenos amigos; pero las eternas negaciones de Wolf impacientaban a Goethe, que lo llamaba perro gruñón. Una vez se encontraron juntos en el balneario de Tennstedt. Se acercaba el cumpleaños de Goethe. La presencia del aguafiestas no era ciertamente deseable. Goethe lo engañó en la fecha y lo obligó a partir la víspera: “Temí que, si se encontraba a mi lado el día de mi aniversario, se le ocurriera revocar a duda que yo hubiese venido al mundo”.¹

A mediados de 1806 Goethe decidió ir a Carlsbad; volvió restablecido, sólo para padecer nuevas aflicciones. Acababa de crearse la Confederación Germánica del Rin, que puso término a aquella sombra del Santo Imperio romano. Y estalló la guerra entre Francia y Prusia. Napoleón invadió a Alemania. Los Estados germánicos se repartieron entre los bandos. Goethe no creía en la derrota de las armas imperiales, y contemplaba los preparativos bélicos con no disimulado escepticismo.

Pronto el cañón tronó sobre Jena. El duque se mantuvo fiel a Prusia, y Weimar sufrió las consecuencias. No fue posible evitar que la soldadesca amenazara la casa y la persona de Goethe, aunque el primer adversario que se presentó en la ciudad, a la cabeza de los húsares, fue el joven teniente Türrckheim, hijo de Lili Schoenemann, que al instante vino a saludarlo; pero parece que no quiso darse a conocer por algún escrúpulo o reserva. Después aparecieron sucesivamente los mariscales Ney, Victor, Lannes, Augereau, y

Goethe se vio mejor tratado. El general Dentzel, antiguo universitario de Jena, restableció el orden e hizo custodiar respetuosamente la casa del poeta. Además, le envió al más grato de los huéspedes militares, al barón Vivant Denon, con quien Goethe se había encontrado en Venecia, compañero de Napoleón en Egipto, y ahora Inspector General de Bellas Artes y de los Museos Nacionales. En aquellos días luctuosos, Goethe tuvo al menos a quién mostrar sus joyas artísticas y sus colecciones, y el huésped mandó grabar el busto de Goethe en un medallón que le dejó de recuerdo.

Aconsejado, según dicen, por el mariscal Augereau, agradecido a Cristiana que lo defendió y lo salvó de los soldados intrusos, Goethe se desposó con ella el 19 de octubre, aprovechando la confusión general. En el acta matrimonial hizo inscribir la fecha fatídica de la invasión: 14 de octubre de 1806. El paso era oportuno para regularizar la situación de su hijo Augusto, que estaba ya en edad universitaria.

Entretanto, Napoleón había pasado por Weimar, donde la altiva dignidad de la duquesa Luisa lo impresionó al punto que concedió su perdón al duque. La duquesa Amalia, otra predilección de Goethe, falleció en 1807; y al año siguiente, “Frau Aja”, la madre inolvidable. Goethe buscó alivio en el trabajo. No bien acabado el *Primer Fausto*, se consagró a la *Pandora*, a *Las afinidades electivas*, a la *Poesía y realidad*, verdadero poema de su juventud. Cristiana salió para Fráncfort a recibir la herencia materna, y él se encaminó al Congreso de Erfurt, donde, entre otros príncipes y señores, habían de encontrarse Napoleón y el zar Alejandro, reconciliados en Tilsitt. Aunque Goethe fue de mala gana, tuvo algunas compensaciones: asistió a la Comedia Francesa —que venía en el séquito imperial—, aplaudió a Talma, y el 2 de octubre de 1808 fue recibido por Napoleón.

La entrevista ha sido narrada y comentada hasta la saciedad.² Para apreciar cabalmente la impresión de Goethe nos haría falta la presencia de Napoleón. Mientras tomaba el desayuno, entre las tareas de su despacho habitual, ante Talleyrand, Berthier, Savary y el Intendente Daru —un germanista distinguido—, Napoleón fue afable y deferente. Ya se alejaba con Goethe al balcón para hablarle a solas, ya lo mezclaba en la conversación de sus negocios y solicitaba el sentir de *Monsieur Goet*. Lo encontró bien conservado para sus sesenta años; quiso saber si era casado y tenía hijos; convencerse de que eran buenas sus relaciones en la Corte y de que se encontraba en los mejores términos con el duque de Dalberg, hoy favorito del emperador y príncipe primado de la Confederación del Rin. “Si va usted a la Comedia —añadió—, lo verá dormir noche a noche sobre el hombro del rey de Württemberg.” Y a propósito, recomendó a Goethe que aprovechara la ocasión para conocer el teatro francés. Le declaró que lo tenía por el primer trágico de Alemania, y que ignoraba a Lessing, a Wieland, a Schiller, aunque había ojeado su *Guerra de Treinta Años*, la cual no le parecía revelar a un dramaturgo de altura. Averiguó que el duque de Weimar —su adversario ya castigado y perdonado— era un protector de las artes y las ciencias. Y a su manera tajante, como quien dicta órdenes, aseguró que el *Mahoma* de Voltaire —recién traducido por Goethe— era una obra mala, y que las tragedias de la Fatalidad le interesaban poco. El Destino es cosa gastada. “El Destino es la Política.” Dijo que había leído siete veces el *Werther*, que lo

había llevado consigo a Egipto, e hizo algunas objeciones de detalle que Goethe aceptó sonriendo y justificó en breves frases. “Si escribe usted algo sobre el Congreso de Erfurt, *Monsieur Goet*, no olvide dedicárselo al zar de Rusia.” Se ve que quería llevarle el genio a aquel que solía llamar “el Talma del Norte”. y cuando Goethe se retiraba, la famosa frase: “He aquí un hombre”.

A los cuatro días, Napoleón estaba en Weimar, y la Comedia Francesa representaba, en el teatro de Goethe, *La muerte de César*. Siguió un baile. Napoleón hizo llamar a Goethe y a Wieland; comentó la tragedia; expresó el deseo de que Goethe fuera a París y escribiera otra obra sobre César, haciendo ver lo que perdió el mundo con su muerte. “Nada supera a una buena tragedia. La tragedia, en cierto modo, está por encima de la historia.” No dijo otra cosa Aristóteles. Después, dirigiéndose a Wieland, comenzó a deturpar a Tácito, y se interrumpió para observar lo bien que bailaba el zar Alejandro.

Lannes y Maret se alojaban en la casa de Goethe. Él y Wieland recibieron la Legión de Honor. Los Talma almorzaron con Goethe. El gran actor le ofreció hospedarlo en París, y no se cansaba de elogiar el *Werther*. El poeta, pensando en su pasado romántico, suspiró y dijo:

—No escribe uno tales cosas sin que se le caigan algunas plumas.

Ni Napoleón ni Talma sospechaban —observa la crítica—, que Goethe sería en adelante, por antonomasia, el autor del *Fausto*.

2. MINNA, BETTINA Y MARIANA

Afirman que, cuando Goethe se casó con Cristiana, su corazón pertenecía ya a la joven Minna Herzlieb, hija adoptiva del editor Fromann, la cual contaba a la sazón dieciocho años. Verdad es que le dedicó diecisiete espléndidos sonetos a modo de juego de sociedad —a Goethe no le interesaba ya el soneto—, pero aquello más parece haber sido un cariño que una pasión, y hasta un deseo de emular a Zacarías Werner, brillante y efímero meteoro. Verdad es que Minna pudo inspirar a Goethe algún fragmento de *Pandora*, pero esto no quiere decir amor. Y Goethe no necesitaba olvidar a una mujer para apreciar el encanto de otra.

Un año antes del Congreso de Erfurt, apareció en Weimar una de las figuras más características del romanticismo alemán: Bettina Brentano, impetuosa muchacha de unos veinte años a quien el príncipe Pückler había puesto un apodo que la define: “Orlanda Furiosa”. Era hija de Maximiliana de Laroche, y se había criado en la admiración de Goethe. Muy joven aún, se unió con una amistad apasionada a la canonesa Carolina de Günderode, y tras el suicidio de ésta, volvió a Goethe los ojos. Cuando se presentó inesperadamente ante el glorioso viejo, tras largas y penosísimas cabalgatas y vestida con un traje de hombre, comenzó por echarle al cuello los brazos y luego se le durmió en las rodillas. Lo asedió durante diez días, y él se dejaba embriagar un poco en la atmósfera de aquella naturaleza arrebatada y graciosa. Es posible que este episodio haya inspirado el *Solness* de Ibsen. Goethe comunicaba a Bettina los sonetos que escribía para Minna

Herz-lieb, y más tarde, Bettina había de apropiárselos, convirtiéndolos en supuestas cartas de Goethe dirigidas a ella (*Correspondencia de Goethe con una niña*).

En tanto, aunque siempre puntual ama de casa, Cristiana se avulgaraba y decaía. Goethe se encerraba a trabajar en Jena, o se iba a Bohemia, en busca de descanso y salud. La vida de los balnearios elegantes ponía una tregua en sus enojos. En Carlsbad, en Marienbad o en Teplitz, donde se amistó con Luis Bonaparte —el ex rey de Holanda— y con Beethoven, Goethe era el favorito de los magnates y las señoras. La curiosidad pública lo seguía. Beethoven, genio iracundo, no entendía las obligaciones cortesanas del ministro Goethe, a quien por lo demás admiraba. En la imperfecta amistad de los dos colosos es posible que corresponda alguna culpa a Bettina. Ésta, despechada después de su ruptura con Goethe, hizo correr, para regocijo de sandios, algunas anécdotas en que el poeta parece quedar en situación menos airosa que el músico. ¡Pues sólo faltaba que Goethe, con su responsabilidad, su cargo, su gloria y sus años encima, pudiera darse también aires de ogro y se permitiera no contestar los saludos de sus admiradores, como se complacía en hacerlo Beethoven! A cada uno su alto merecimiento, y hablen lenguas.

Pero ¿cómo sobrevino esa ruptura entre Goethe y la absorbente Bettina? Sucedió que Cristiana, ya presentada en sociedad, era blanco de las murmuraciones, y Goethe padecía en silencio. Cuando por 1811, Bettina, casada con el poeta Arnim, reapareció por Weimar y, en compañía del matrimonio Goethe, visitó una exposición de pintura, exageró un tanto sus aires de superioridad ante Cristiana. Las dos señoras, a la vista del público, riñeron como unas comadres. Goethe se puso naturalmente al lado de su esposa; la corte, naturalmente, al lado de Bettina. Y la historia romántica paró en sainete.

Fascinado por Napoleón, Goethe apuntaba en su diario las etapas de la campaña de Rusia que, por invierno de 1812, paró en un desastre. El héroe se desmoronaba. Cruzó en trineo por Weimar en su precipitado regreso a Francia, y apenas tuvo tiempo de mandar un saludo a Goethe. Luego era verdad; aquella fuga era la confirmación de su derrota.

Todos comenzaban a volver la espalda al vencedor de ayer, pero Goethe no pudo hacerlo. Él vivía en los siglos y era ciudadano universal. Apreciaba el bien humano por encima de aquel caos de fronteras. Entre el Código liberal de Francia y los Reglamentos militares de Prusia, su preferencia no era dudosa. Goethe vuelve a sentirse solo. En el propio año de 1812 dio término a la segunda parte de *Poesía y realidad*. Al año siguiente, desaparecieron Koerner y Wieland. Entre los ecos de la batalla de Leipzig, escribía el epílogo de su *Conde de Essex* cuando, de repente, el retrato de Napoleón se desprendió del muro y cayó al suelo.

Austriacos y prusianos entraban ahora por la ciudad. Acuartelados en Erfurt, dejaron a Weimar convertido en hospital de sangre. La peste cundía por la población. *Sans prendre part à l'ouragan*, Goethe se encerró a escribir el *Diván Occidental-Oriental*, oasis del arte. Impidió que su hijo se alistara en las filas, y lo hizo nombrar asesor. Mientras tanto, la inconsciente Cristiana, en compañía de Carolina Ulrich, la novia del profesor Riemer, recorría los bailes de las charreteras.

Cayó París. Goethe, por comisión de Berlín, escribió un poema para el regreso del rey de Prusia; un poema de encargo, frío, confuso y alegórico —*El despertar de Epiménides*—, pero donde no faltan hermosos fragmentos y hasta un velado elogio de Napoleón que hoy nos parece mucho más expresivo de lo que pudo parecer a los contemporáneos. Con todo, su pensamiento estaba muy lejos, al lado de Hafiz, el poeta persa: “Eres grande —le decía—, porque eres incapaz de acabar”. ¿Hablaba acaso de sí mismo? Leía por entonces con asiduidad los viajes a oriente de Tavernier y de Chardin, y la *Crestomatía árabe* de Sacy; cantaba a “Suleika”.

“Suleika”, una nube, encarnó en Mariana Yung, amiga del banquero Willemer, antigua cantante austriaca que “este fino conocedor había arrebatado a la bohemia teatral cuando ella contaba apenas diecisiete años”. Goethe se encontró con ambos en Fráncfort (1814). Willemer, precavido, se apresuró a legitimar su unión con Mariana, pues la atracción del añoso poeta parecía sobrenatural. La pareja lo recibió en su casa de campo, adonde Goethe volverá al siguiente año, huyendo de la ya extravagante Cristiana, quien no hacía más que precipitar la ruina de su salud; huyendo también de las eternas conversaciones políticas sobre el Congreso de Viena y el retorno de Elba.

Por las noches, en su bata de franela blanca, junto al piano, oía cantar a “Suleika” algunos fragmentos de Mozart, y le recitaba sus aromáticos poemas de Oriente. Allí lo encontraron los hijos de Carlota Kestner. El pasado —con todos sus fantasmas de amor— quería envolverlo. Goethe se estremeció y se puso en guardia. Partió a Heidelberg, para conocer las colecciones artísticas de Boisserée, joven mecenas empeñado en restaurar la Catedral de Colonia. En Heidelberg se le juntaron los Willemer. Allí dijo adiós a Mariana; incluyó entre sus propios versos la oda *Al viento del Oeste* que ella le dio como despedida; y el *Diván* acabó —según convenía a su género estético— con una nota de fatalismo y resignación. Tenía ya sesenta y seis años. “La religión, la mitología, las costumbres mahometanas, inspiran una poesía que conviene a mi avanzada edad.”

3. EL INFIERNO DE WEIMAR Y EL SUEÑO DE MARIENBAD

Cristiana se moría como un animal adicto y fiel, a los cincuenta y dos años, y tras veintiocho de servirlo con todas sus fuerzas y cuidar sus materialidades con evidente devoción. No incurramos en malicias fáciles sobre las imprudencias con que la humilde mujer adelantó su fin. La vecindad de la muerte pone en limpio el borrador de la vida. Él se encontraba en Jena, entregado a sus estudios, y regresó rápidamente en la primavera de 1816. Los criados se le enfermaron. Su hijo Augusto, Riemer y Carolina Jagemann se turnaban a la cabecera de la moribunda. Goethe se pasaba el día entre su gabinete y la alcoba, y apuntaba en su diario los progresos del mal. Cristiana falleció el 6 de junio, en medio de una tempestad. Goethe escribió:

La negra nube, oh sol, en vano

solicitas con tu clemencia:
todo lo que en la vida gano
gasto en lágrimas de su ausencia.

Pero el deber no le permitía encerrarse con su dolor. Carlos Augusto salió del Congreso de Viena convertido en gran duque de Saxe-Weimar-Eisenach; y hubo nueva constitución, y asamblea y ceremonias públicas. Sobrevinieron desórdenes universitarios en Jena, donde, con motivo del Centenario de Lutero (octubre de 1817), los estudiantes dieron a la hoguera la literatura reaccionaria de la Santa Alianza. Berlín y Viena se inquietaban. Kotzebue fue asesinado en Rusia (1819). Goethe, entre dos fuegos, mientras por un lado había tenido que reprimir los tumultos de la juventud, por otro tuvo que defender bravamente a su universidad, amenazada de clausura, y rechazar las intromisiones de Prusia y de Metternich.

Escuelas, museos, laboratorios y jardines reclamaban su incesante acción. Goethe obraba con prontitud, y a la intransigencia respondía con la intransigencia. Lo hemos visto cuando el incidente del *Perro de Aubry* (1817). Y Soret, instructor del príncipe heredero, le oyó contar cómo tuvo que echar abajo el muro de la incómoda biblioteca universitaria, y apoderarse a la fuerza de una sala para instalar decorosamente los libros.

El mentecato de su hijo, recién casado a los veintiún años con Otilia von Pogwisch, vivía entre el despilfarro y la orgía. Ella, “que tenía un loco afán de aventuras”, le pagó con la infidelidad.³ Había instalado en el Frauenplan a su madre y a su hermana Ulrica, y por unos años la casa se convirtió en un infierno. Goethe asegura más tarde a Eckerman que, siempre tolerante en las demás cosas, había acabado por ser algo severo en materia de matrimonio.⁴ No, no era lo mismo novelar poéticamente las desavenencias conyugales que sufrirlas en la propia familia. Goethe, como era ya su costumbre desde su regreso de Italia, sufría calladamente y continuaba su trabajo.

Cuidaba de Otilia, la quería; la comprendía en el fondo, y hubiera deseado guiarla. Otilia no carecía de imaginación ni de gracia. Tampoco de letras. Soret, Müller y otros hablan de ella con simpatía no disimulada. Por su parte, ella se sentía mejor avenida con su suegro que con su esposo. Acompañó con solicitud y buen ánimo los últimos y solitarios días del poeta: fue ella quien cerró sus ojos.

Por lo pronto, la vida en el Frauenplan era cosa poco envidiable. Goethe se quedaba en Jena lo más que podía. Vivía en cuartos amueblados. Le enviaban con impuntualidad el correo y aun los alimentos. Se resignaba a todo. O bien, en Carlsbad (1819 y 1820), continuaba su *Wilhelm Meister*.

En 1821, murió Napoleón, ese “compendio del mundo”. Acababa de abrirse, con gran éxito, el balneario de Marienbad. La familia Levetzow —la abuela, la madre y su hija Ulrica—, aristócratas arruinados, gente amiga de Goethe, abrió en Marienbad una pensión para huéspedes de alcurnia. Allá fue a dar Goethe, que se vió acogido con cariñoso entusiasmo y rodeado de las atenciones que ya echaba de menos. Había conocido a la señora Levetzow en Carlsbad (1806), cuando Ulrica, su hija mayor, tenía

dos años. La encontró de nuevo en Teplitz por 1810. Ahora, en Marienbad, comía a la mesa de sus huéspedes y las llevaba a pasear en coche.

Ulrica era una criatura angelical, recién salida de la escuela, que no se acostumbraba a la ausencia de sus hermanitas menores. Goethe salía de excursión mineralógica y le traía flores del campo. Se aficionó a su compañía. Le dio a leer *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, y le resumió de palabra *Los años de viaje*, lectura inadecuada para una niña de diecisiete años.

En 1822 Goethe volvió al lado de las Levetzow. Entonces conoció a Berta, hermana menor de Ulrica, que lo ayudaba a coleccionar y clasificar sus minerales. Sin embargo Ulrica seguía siendo su preferida, y hubiera soñado con hacerla su nuera de haber tenido otro hijo, pues la quería paternalmente, como solía confesarlo a la abuelita Levetzow. Cuando se despidió de ellas, escribió el *Coloquio de las arpas eolias*, en que despunta ya un sentimiento que no era precisamente paternal.

De regreso a Weimar, padeció una crisis cardíaca; pero en 1823, ahora en el séquito del gran duque, ya estaba de nuevo en Marienbad. El ambiente se transformó un tanto, respiraba galantería cortesana. Había parejas bajo todos los árboles. Ulrica lo seguía mimando con ternura, y a él se le ocurrió enamorarse una vez más, en plena gloria de sus setenta y tres años. ¡Veranillo de San Martín! —dice la historia guiñando un ojo. Pero fue una verdadera pasión. Además, aquella quimera significaba para él la redención de Weimar, donde la existencia había bajado de tono por obra y gracia de su hijo Augusto, muchacho grosero, y de la casquivana Otilia, tan linda como incierta.

El gran duque se prestó a pedir para Goethe la mano de Ulrica. Entre estos dos hombres tan distintos, las experiencias y los recursos comunes, la larga convivencia que alisa o resuelve las desigualdades, habían creado una suerte de fraternidad que resistía a todas las pruebas, y aun vencía el difícil tira y afloja entre el soberano voluntarioso y el orgulloso favorito. El gran duque cumplió el encargo a conciencia. Fue señorialmente persuasivo, e hizo a la familia Levetzow liberales ofrecimientos que podían tentar a un corazón de menor temple, no a Ulrica. Ella declaró que de buena gana se hubiera consagrado, como una hija, a velar por la vejez de Goethe pero que éste tenía ya una familia propia, y que no se sentía naturalmente inclinada a ser su esposa.

Goethe todavía la siguió a Carlsbad y pasó una semana a su lado. Ulrica sólo había pedido un plazo prudente antes de dar una respuesta definitiva. Pero él comprendió, y prefirió no estrecharla más. Regresó a Weimar desengañado y dolido. En las etapas del viaje escribió la célebre *Elegía*.

¡Lo que el amor cuesta a los viejos! —dice Balzac. Goethe ha pasado por esta tortura, cuando menos, con la dulce Minna, con Bettina —la pequeña bacante—, con la deliciosa Mariana. Nunca, sin embargo, parece haber sufrido más que en esta última prueba, aunque no han faltado malas lenguas para asegurar que exageraba un poco, así como por atuendo literario. Ulrica ha querido desmentir más tarde o rectificar la interpretación del caso (*Arbeit*, Múnich, 1904), aunque nadie ha concedido crédito a estos escrúpulos tardíos y piadosos. Y *La elegía de Marienband* es un testimonio irrefutable.

Goethe fue recibido por su familia entre una tempestad de denuestos y de amenazas. Nadie entendía ni perdonaba las extralimitaciones del genio. ¡El anciano se había puesto en ridículo y había llenado de infamia a los suyos! El hijo —que por lo visto se consideraba muy cuerdo— amenazó con llevarse a su esposa y a sus tres retoños a Berlín, antes que pasar por aquella afrenta. Hasta se habló de herencia y despojo. Otilia sufrió un ataque de nervios. Goethe lloró a solas.⁵ Pero ya la noche del 2 de octubre Müller lo encontró de nuevo bien acomodado en los estribos, lleno de verba y fantasía, y aun dispuesto a las confidencias irónicas sobre su fracaso.

La pianista polaca María Szymanowska, amiga de Carlsbad, llegó a Weimar y puso su belleza y su música al servicio de Goethe. Aquella mujer —como él decía— tocaba el piano “con una facilidad polaca”, y era por sí sola una fiesta para los ojos insaciables del juvenil anciano. De mucho sirvió su compañía, pero la recuperación de Goethe fue efímera. En cuanto se alejó la buena hada, el corazón de Goethe comenzó a flaquear en términos alarmantes.

Llegó de improviso Zelter, el director del Conservatorio de Berlín, que volvía de Holanda, y encontró la casa con aire de abandono. Nadie se presentó a recibirlo; él mismo empujó la puerta y se fue metiendo por los salones. Goethe estaba grave; Augusto, de mal humor, intratable; Otilia, ausente, en Dessau, donde acababa de morírsele un tío; Ulrica von Pogwisch guardaba cama. Zelter comprendió que nadie cuidaba de Goethe; modificó sus planes de viaje; se instaló al lado de su amigo, lo confortó, lo hizo que desahogara sus penas, leyó y releyó para él *La elegía de Marienbad*, se puso al piano, lo atendió con perfecta solicitud.

Al cabo de un mes Goethe estaba restablecido, y para la noche de San Silvestre, pudo recibir a sus amistades. *La elegía de Marienbad* tuvo un final victorioso, en que el alma, tras la zozobra, recupera su orden. Y si la casa no volvió a su antigua quietud —¡oh manes de Cristiana!—, al menos no perturbó más la quietud de Goethe, quien abrió de nuevo sus libros y encendió su lámpara, sin prestar oídos a los rumores importunos.

4. EL PASO DE BYRON

Nueva desgracia vino a ser el fallecimiento de Lord Byron en 1824. La imagen del joven romántico no se le apartaba desde que, en 1816 cuando menos, comenzó a conocerlo. En años sucesivos, Goethe leyó el *Manfredo* —de que tradujo un fragmento y sobre el cual publicó una reseña en su revista *Arte y Antigüedad*—; el *Caín* —y lo defendió de los reparos de Fabre d’Olivet—; el *Don Juan* —que también lo tentó a traducir unos cuarenta versos y a escribir un análisis de la obra—. Quiso traducir asimismo la sátira sobre *Bardos ingleses y críticos escoceses*, pero desistió por no entender bien las alusiones. El *Cielo y Tierra*, aunque menos profundo y trascendental que el *Caín*, le parecía una obra más inteligente y más clara. Solía comentar *El Deforme transformado* y poseía la *Correspondencia de Byron con R. C. Dallas* en una traducción francesa.

Consta que leyó dos veces la *Visión del Juicio* (1824 y 1829). Entre sus papeles póstumos se encontró una versión de *Fare Thee Well*, pero no es seguro que sea suya. Hace pasajeras referencias al *Mazeppa*, *La Isla*, *La Edad de Bronce*, los *Discursos*, *El prisionero de Chillon*; y es dudoso que conociera *La novia de Abidos*, *El lamento del Tasso*, *Óscar de Alva* y *Beppo*.⁶

La admiración de Goethe por Byron lo llevó a interesarse más generalmente en la poesía inglesa contemporánea, con ayuda de los trabajos de Jacobsen, que tanta popularidad alcanzaron en los años de 1820. Hablaba frecuentemente de Byron y lo ponía por encima de todos los poetas de entonces. Rastreaba las influencias que él mismo ejerció sobre Byron; se comparaba con él y lo comparaba con los demás. Lamentaba que el empeño de torturarse y de insistir en los aspectos más deprimentes del mundo lo privaran de aquella alegría que engrandece a Shakespeare; pues ese su pesimismo tan insistente acababa por contaminar al lector. Creía que Byron no había logrado saciar del todo en la vida pública su espíritu de oposición, por lo cual los que pudieran llamarse sus “poemas negativos” asumían un tono de “discursos parlamentarios represos”. Pero, aparte de estos reparos, no se cansa de aconsejar a Eckermann, a los comienzos de su trato, que estudie a fondo la lengua inglesa, siquiera para disfrutar de Byron. Además —le explica—, la literatura alemana proviene de la inglesa. “Pues ¿a quién debemos nuestras novelas, nuestro teatro, sino a Gold-smith, a Fielding, a Shakespeare? ¿Ni dónde encontrar en la Alemania de hoy tres nombres como los de Byron, More o Walter Scott?” Celebra los dones descriptivos de Byron, sobre todo en los paisajes marinos, donde aparece una vela o se oye silbar el viento, y también su caracterización de las figuras femeninas —así en *Los dos Foscari*—, “lo único que nos ha quedado a los modernos, ya que Homero agotó los tipos masculinos con el desnudo de Aquiles y con la prudencia de Ulises”. Advierte la rara facilidad con que Byron se sumerge en el ambiente de su asunto —como en el *Marino Faliero*—, a diferencia de esos escritores franceses que parecen verlo todo desde París. Le asombra la originalidad de sus desenlaces, y le contenta su despego de las famosas “tres unidades”. Cada día le encuentra nuevas excelencias: en 1829, dice a Henry Crabb Robinson —un estudiante inglés de Jena— que Byron tiene increíbles aciertos aun en el orden de la verdad científica. ¿Pensaba acaso, con referencia a sus teorías ópticas, en la pintura que hace Byron de los dos brazos del Ródano, uno azul y otro verde, según la profundidad y la velocidad de la corriente? Y concluye que Byron es un inspirado, no un reflexivo, “cuyas obras bellas le han nacido sin proponérselo, como les nacen a las mujeres los hijos hermosos”; y que sus excelencias son de hombre; sus defectos, de inglés; y su incomparable genio, suyo y nada más que suyo.⁷

Leyendo el *Cain*, se preguntaba si Byron insistiría en los temas bíblicos, y si se atrevería con Sodoma y Gomorra, que le parecía un asunto a su medida. Y añadía que, tras de haber escrito obras como el *Cain* y *El Diluvio*, comprendía muy bien que Byron lo encontrara todo insípido y hubiera partido a la guerra de Grecia en busca de nuevas emociones. Y aunque por lo pronto se explica la indignación provocada por el *Cain* en los ambientes eclesiásticos de Inglaterra, años más tarde, cuando ya todos los viajeros

ingleses llevaban las obras de Byron en la maleta, le parece absurda la prohibición del poema, y sostiene que en él no hay nada ajeno a las enseñanzas de los obispos anglicanos.⁸

En su análisis del *Don Juan* establece un curioso distingo entre el *humour* germánico, fundado en el sentido, y el *humour* británico, fundado en ingeniosidades lingüísticas. No será la primera vez que este poema le inspire consideraciones generales: “Cada forma poética —observa en otra ocasión— produce diversos y misteriosos efectos. Si el contenido de mis *Elegías romanas* se expresase en el metro y tono del *Don Juan*, resultaría escandaloso”. Tres años más tarde, sin embargo, habla del *Don Juan* —que declara “conocer poco”— con cierta extraña vaguedad y como si comenzara a olvidarlo. A menos que Eckermann no lo haya entendido.⁹

Por su parte, Byron sentía veneración por Goethe. Sin embargo, encontrándose en Ravena a fines de 1820, tuvo un mal momento. Se preparaba en Londres la publicación del *Marino Faliero*. Decidió encabezar el libro con una carta-prólogo dirigida a Goethe. Se contuvo a tiempo, y la mandó suprimir. La carta quedó muchos años en poder de los editores. El sucesor de éstos, Charles A. Murray, el futuro diplomático, no sin ciertos escrúpulos, la envió finalmente a su destinatario, después de una visita que le hizo en 1830. En esta carta, Byron, irritado por algunos juicios de Goethe, le reprocha el ignorar a Wordsworth y a Southey y se indigna de que Goethe achaque a la poesía inglesa el disgusto y el desdén de la vida. ¿Y lo dice el autor de *Werther*, libro que —como afirma Mme. de Staël— ha provocado más suicidios que una belleza ingrata, y más muertes que el propio Napoleón, salvo las causadas en sus combates? Pero tiene buen cuidado de añadir: “Mi principal objeto al escribir estas líneas es el manifestar mi respeto y admiración sinceros al hombre que, durante medio siglo, ha guiado las letras de una gran nación y ha de pasar a la posteridad como la primera figura literaria de la época..., como la primera de toda Europa desde los días de Voltaire”. Cuando Goethe conoció esta carta, era ya cosa del pasado, redimida por la amistad y el afecto que luego fue creciendo entre ambos. La observación de Byron sobre la facilidad del nombre de “Goethe”, que —a diferencia del de “Grillparzer”— lo hacía más cómodo para la fama, sin duda vino a confirmarlo en su idea sobre el humorismo lingüístico de los ingleses. Algunos fragmentos de esta carta, cuidadosamente escogidos, aparecieron en las *Cartas y diarios de Lord Byron* que el editor Murray envió a Goethe en 1830, y que éste leyó en compañía de Riemer y de Otilia.

Como arrepentido de su momentánea irreverencia, Byron no sólo quiso que desapareciera esa carta, sino que se propuso dedicar a Goethe el *Sardanápalo*. Pero no tuvo suerte. Por algún embarazo del correo o algún descuido del editor, la obra apareció en 1821 sin la dedicatoria que Byron había enviado de Italia. Exigió al instante que se explicara el caso a Goethe, y que, en el *Werner*, que ya estaba para salir, se estampara esta otra dedicatoria: “Al ilustre Goethe, uno de sus más humildes admiradores dedica la presente tragedia”. Goethe, aunque complacido, estimaba en más el *Sardanápalo* que el *Werner*. Y por cierto, la dedicatoria perdida —que le fue comunicada al fin, después de la muerte de Byron, y que conservó piadosamente— era muchísimo más halagüeña, sobre

todo para un burgués de la pequeña corte de Weimar, y por lo mismo que venía del gran mundo londinense y de un orgulloso lord inglés. Decía así: “Al ilustre Goethe, un extranjero se atreve a ofrecerle el homenaje que un vasallo literario debe a semejante Señor: primero entre los escritores del día, creador por sí solo de toda una literatura nacional y lustre de toda la literatura europea. La modesta obra que le dedica tiene por título: *Sardanápalo*”.¹⁰

Para mejor conocer la existencia de Byron, Goethe no dudó en imponerse la enojosísima lectura del *Glenarvon* de Caroline Lamb, novela de clave. Quería ver a Byron, no sólo en sus libros, sino también en su vida, en sus hazañas deportivas, en su desenfreno, en sus pecados y en sus virtudes. Cuando comentó el *Manfredo*, pretendió, tal vez con razón, descubrir allí algunos rasgos autobiográficos, aunque Byron siempre negó que los hubiera. A Goethe le irritaba la general incompreensión que contribuyó a desquiciar a Byron. Lo consideraba víctima de su misma cuna aristocrática, y comentaba con Eckermann este pasaje de Parry en *Los últimos días de Lord Byron*: “Al noble caballero le faltaban todas las virtudes de la clase media, y su nacimiento, su educación y género de vida le impedían adquirirlas. Quienes ahora lo censuran pertenecen sin excepción a la clase media, y le achacan la ausencia de aquellas normas a que ellos sujetan su conducta, ignorando en absoluto las que él heredaba con su elevada posición”. Byron, decía Goethe, demostró desde el primer instante que era incapaz de rienda; comenzó por declarar la guerra a la crítica en su sátira de los *Bardos ingleses*, y tuvo que ceder terreno para poder vivir. Después se sublevó contra la Iglesia y el Estado, contra su patria y su sociedad. No dejó cuajar su talento. Su rebeldía y las malas lenguas lo expulsaron de su país y, si no llega a morir en Grecia, lo hubieran expulsado de Europa. Grecia fue un refugio de naufrago, y acaso contribuyó a matarlo el encontrarla tan decaída.¹¹

En su afán de apropiarse a los poetas que admira, asegura que en Alemania se aprecia mejor que en Inglaterra a Shakespeare y a Byron; lo cual, a raíz de la triste aventura de Missolonghi, no dejaba de ser verdad para el caso de Byron. “Byron — declara con orgullo al general W. Congreve— es uno de nuestros favoritos. Nos basta admirar en él al gran poeta, y dejamos a sus compatriotas la triste tarea de acumular cargos contra su conducta privada.” Congreve le dice que, aunque Byron haya muerto joven, ya su gloria había envejecido. No lo acepta Goethe, pero concede que difícilmente hubiera podido superar la plenitud que alcanzó en la *Visión del Juicio*.¹²

Por devoción a su memoria, contribuyó con unas páginas, firmadas el 16 de julio de 1824, al volumen de Medwin, *Conversaciones de Lord Byron en 1821 y 1822*; y en 1826, aceptó formar parte de un comité de homenaje a Byron. El homenaje se redujo a un busto que, rechazado por la Abadía de Westminster, se custodia en el Trinity College (Cambridge). Dos años más tarde, Flatter le obsequió un busto del poeta que, aunque mediocre, Goethe hizo colocar en lugar de honor, donde todavía lo encontró Murray en 1830, y que hoy se halla en el Museo de Weimar.

La influencia de Goethe en Byron ha sido ya minuciosamente estudiada, y aquél, desde luego, la consideraba tan inobjetable como lícita. Byron se defendió alguna vez y

quiso negarla en algún caso, pero en muchos otros la declaró él mismo sin rodeos. De un modo general, el *Sturm und Drang* no aconteció en vano para Byron, como se aprecia singularmente en *Lara* y en *El Corsario*, aunque el propio Goethe no parece haber reparado en ello cuando se refiere a estos poemas, donde también hay recuerdos del *Oberón* de Wieland. Es posible, como quiere Carré, que ni Byron ni Shelley hubieran practicado mucho a Goethe cuando echaron a andar y que, más bien por instinto y por absorción atmosférica, hayan franqueado por cuenta propia la etapa que va del *Werther* al *Fausto*. Pero es indiscutible que el *Manfredo* viene del *Fausto*, como lo afirmó Goethe. Y si Byron no leía muy bien el alemán, sabemos que Shelley le traducía el *Fausto* de viva voz. (Byron entendía lo bastante para corregir la traducción que George Finlay le proponía en Metaxata el año de 1823, de las *Afinidades electivas*. Finlay dijo: “Relaciones escogidas”, y Byron rectificó: “Afinidades de elección”.) También *El Deforme transformado* le parecía a Goethe un inteligente aprovechamiento de su “Mefistófeles”, y en el preliminar, Byron declara efectivamente haberse inspirado en una vieja novela llamada *Las tres hermanas* y en el *Fausto*. Shelley le dijo: “Tu *Deforme* es una mala imitación del *Fausto*, con dos versos que le robaste a Southey”.

Tampoco es difícil rastrear influencias de Byron en Goethe. El viejo de Weimar poseía el don de alimentarse con los renuevos de cada primavera. Algunos creen ver una reminiscencia de *Childe Harold* —directa o a través de charlas con Eckermann— en aquella cascada bajo el arcoiris que aparece en el acto I del *Segundo Fausto*; aunque sigue siendo dudoso que Goethe haya conocido realmente este poema. Pero Goethe concede a Eckermann que el soplo byroniano se deja sentir en su *Elegía de Marienbad*;¹³ y, además, le explica que el episodio de “Helena” —*Segundo Fausto*, acto III— fue retocado y refundido en vista de la tragedia de Missolonghi. “Euforión”, en su rauda y luminosa vida, en su armonía del espíritu romántico o fáustico y el espíritu clásico o helénico, fue entendido como un símbolo del poeta inglés, y éste, por haber realizado en su persona semejante fusión, como el representante más auténtico de los tiempos modernos.¹⁴ La elegía que sigue inmediatamente al encuentro de “Helena” y “Fausto” —una de las más hermosas páginas— ¿está consagrada a llorar aquella vida patética y aquella muerte prematura? Y todavía tal o cual poema —como las frecuentes y siempre vagas explicaciones sobre la “energía demoniaca”— descubren la presencia de Byron en el pensamiento de Goethe.

La verdad es que se entró Byron en la vida de Goethe mucho más de lo que a primera vista pudo esperarse. Esta flecha enherbolada acertó con el tendón de Aquiles. Herder, Schiller y Byron son, en tres edades sucesivas, otros tantos focos de su existencia. Byron fue la última pasión del anciano, una pasión paternal, tierna y comprensiva. En cierto modo, Byron era un duende familiar y un convidado invisible, no sólo en las charlas literarias del Frauenplan, sino en el trato íntimo y casero. Otilia y aun su hermana Ulrica sentían el embrujo lejano del seductor, y Goethe solía gastarles bromas sobre aquella rara atracción a que él mismo no era ajeno.¹⁵ Otilia llegó a concebir un amor espectral del tipo byroniano, y acabó por saciar de alguna manera aquella apetencia abstracta. En 1823 se presentó a Goethe un enviado de Byron, Charles J.

Sterling, hijo del cónsul inglés en Génova. Traía la mejor recomendación: Goethe le abrió sus puertas, y Otilia no pudo ni quiso mostrarse indiferente.¹⁶ Sterling trajo la noticia de que Byron estaba a punto de embarcar para la aventura de Grecia, y el viejo se apresuró a dedicarle un poema. Byron ni siquiera se atrevió a contestar en verso, sino que lo agradeció con una carta emocionada, en que le anunciaba su propósito de visitarlo al regreso. Fue acaso su última misiva literaria.¹⁷ A la sola idea de encontrarse con Byron, Otilia se manifestaba inquietísima.¹⁸ Se dio el trabajo de traducir un fragmento de *Cielo y Tierra*. Y tres años más tarde, tras la muerte de Byron, todavía suegro y nuera se disputaban sus reliquias, que aquél guardaba cuidadosamente en una carpeta roja.¹⁹

El caballero romántico suscita a su paso una llamarada a cuyo fulgor descubrimos en el alma de Goethe ciertas tenebrosidades y honduras que, por lo demás, no pueden sorprender a quien conozca ya su vida y su obra. Byron encarna todas aquellas tentaciones que Goethe tradujo en poesía. Pero si Goethe predica con insistencia que nunca deben confundirse el orden real y el orden ideal, Byron los mezcló, o bien invirtió el sentido de los términos, como lo hacían, en su tiempo, aquellos suicidas wertherianos. Para conformarse a la realidad, Goethe aplicó el renunciamiento con una constancia y virtud mayores de lo que conceden Sainte-Beuve o Menéndez y Pelayo. En Goethe se descubre fácilmente el intersticio entre el mundo práctico y el poético. El intersticio lo cubre la poesía, lo cubre la intensa labor mental, en agencia de apaciguamiento y de satisfacción simbólica, de catarsis que “agita, sin daño, la piedad y el terror”.

Ahora bien, cuando Goethe se enfrenta con un destino que se desenvuelve en línea magnética a la de su propio destino, parece que lo sacude un temblor profundo. Ante sus ojos atónitos Byron aparece como la incorporación de un sueño secreto. Aquella osadía, aquel arrojo, poseen un alto sentido vital, y aunque Eckermann se espante de oírlo, son lecciones aprovechables. El poder nunca es ridículo, decía Napoleón, y Goethe viene a decir a Eckermann que nunca la bravura es ridícula.²⁰ Parecería que Goethe ha compuesto una música prohibida y Byron la está ejecutando. Byron es una de las posibilidades ideales de Goethe, lanzada a la aventura práctica. De aquí la grandeza y la miseria de su destino. Aquella hazaña helénica —dice Goethe— tiene ya algo de impuro, de anacrónico; es una confusión que no podía acabar felizmente.²¹ Byron resulta otra criatura más de sortilegio y hechicería, entregada en expiación al fuego. Goethe no pudo ya salvarlo, como lo hubiera deseado, pues la ley está en persistir. A “Fausto”, activo y consciente, lo salva la fuerza de su integridad, y “Mefistófeles” esgrime en vano sus considerandos de leguleyo. Pero este nuevo “aprendiz de brujo” desata tempestades que no sabe cómo conjurar. Y Goethe le dice en su poema, temblando cual si adivinara el desastre a que se encamina: “Ojalá te encuentres a ti mismo, como yo creo haberte encontrado”.

5. LA MUERTE

Tiene la ancianidad sus compensaciones. La vida ha sido renovación incesante, y ya han caído todos los obstáculos del camino. Deslumbradora, la lozana vejez de Goethe más parece una condensación del vigor vital que no una decadencia. Plenamente movilizado en todo instante, se lo ve acercarse con ánimo cabal a todas las invitaciones que lo solicitan. ¿Será la segunda pubertad, propia de las naturalezas geniales, de que él mismo solía hablar a Eckermann? En ocasión del concierto de la Szymanowska, Goethe improvisa un brindis: asegura entonces que el recuerdo no es una partida de caza en busca de una pieza perdida, sino que el recuerdo es sustancia que se incorpora a nuestro ser. No hay pasado, sino una perpetua novedad cada vez más rica. La Szymanowska se va y no se va, no se irá nunca. “La tengo encerrada en mi interior.”²² De suerte que para él la vejez no es una resta, es una suma. Además, el ambiente se dulcifica conforme se aflojan los tirantes de la ambición. Y en fin, la literatura militante se resuelve a considerar con deferencia al que ya no puede ser un rival. La fama del viejo es más estable que los triunfos de la juventud.

Pero, en cambio, Goethe tiene que soportar cortesías de monumento público. Lo visitan monarcas, embajadores y notabilidades europeas; y desde luego, meros turistas intelectuales a quienes ahuyenta mostrándoles sus colecciones osteológicas.

Los años y el hábito le van dando una apariencia ceremonial, que no siempre tiene tiempo de dejar caer cuando lo abordan los nuevos escritores. El travieso Heine, por ejemplo, al verlo tan solemne, no resistió la tentación de gastarle una broma. “¿Qué hace usted ahora?” —preguntó Goethe—. Y el muchacho, bajando humildemente los ojos: “Estoy escribiendo un *Fausto* excelencia”. Pero él mismo, en su espléndido libro *De la Alemania* —a la vez que reivindica la figura inmortal y casi reclama su derecho a admirar más que ninguno “al que inauguró la era de las artes”, tras las falsas divinidades “como aquella *vieja peluca* de Gottsched”—, ha puesto la verdad en su punto. Hasta para censurarlo —dice— hay que comenzar por arrodillarse y pedirle perdón, como lo hizo el verdugo antes de decapitar a Carlos I. He aquí lo que nos cuenta: “Cuando, en Weimar, me vi frente a él, mi mirada espiaba furtivamente los rincones para convencerme de que no andaba a su lado el águila con el rayo en el pico. Ya iba yo a hablarle en griego, cuando advertí que entendía el alemán, y me atreví a decirle, en mi lengua, que las ciruelas crecidas entre Jena y Weimar tenían un gusto excelente. Me había pasado muchas noches de invierno pensando en decirle cosas sublimes, pero en aquel instante sólo me fue dable soltar esas sandeces. Y Goethe sonrió, sonrió con aquellos mismos labios que un día besaron a Leda, a Europa, a Dánae, a Semele y a muchas princesas o modestas ninfas”. Grillparzer —ante el cual Goethe se olvidó de arrancarse la máscara oficial en la primera entrevista— salió decepcionado. Pero, convidado a almorzar después, se conmovió hasta las lágrimas con aquella afabilidad paternal.

Entre 1825 y 1827 desfilan por la casa Schopenhauer, Quételet, Hegel, Cousin, Ampère, Stapfer, Saint-Marc-Girardin. Ampère lo visitó a diario durante tres semanas, asistía a su *petit-lever* y ambos hablaban largamente de literatura francesa. El romanticismo francés aprendió el camino de Weimar. Nerval y Berlioz envían a Goethe sus obras. En 1829, David d’Angers acude a modelar un busto de Goethe —aquel busto

que se le volvió todo cerebro—, y al año siguiente, le manda de París una caja con retratos y medallones de los escritores del día, y muchas obras dedicadas de Victor Hugo, Sainte-Beuve, Vigny, Janin. Inglaterra le rendía tributo semejante, y entre otras cosas, “quince amigos” le obsequiaron un sello con su lema: *Sin prisa, pero sin descanso*.²³ Otilia le trajo a Thackeray en 1831.

Cuando se iba quedando solo —hasta Carlota de Stein había fallecido en 1827, y al año siguiente, el gran duque y Lota Kestner—, cuando ya desaparecían los amigos y los amores de antaño, una vaga onda de cordialidad general comienza a envolverlo. Nada podía sustituir el calor de la intimidad perdida, ciertamente; pero aún le quedaba la panacea del trabajo, el consuelo superior de las Musas. Correspondía con Cuvier; lo apasionaba la controversia entre éste y Geoffroy-Saint-Hilaire, que compartía sus opiniones sobre los orígenes animales. El joven Mendelssohn tocaba el piano para él, y él en cambio le leía fragmentos de su *Helena*.

Pero faltaban las últimas heridas. La gran duquesa Luisa desapareció el 14 de febrero de 1830. A poco, durante un viaje a Italia, falleció su hijo Augusto (27-X-1830). La noticia lo sorprendió en plena tarea, el 10 de noviembre: era —“poesía del azar”— una carta de Roma, firmada por Kestner, hijo de Lotta. Permaneció inmóvil un instante. Müller y el doctor Vogel lo rodeaban. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y exclamó: *Non ignoravi me mortalem genuisse*. Hizo venir a Otilia y le dijo: “Augusto no volverá de Italia”. Y después: “Ahora tenemos que vivir más unidos”.²⁴

Y así fue, en efecto. Otilia había comenzado por 1829 la publicación de un periódico de sociedad, *El Caos*, en alemán, francés e inglés, casi por distraer a su suegro, aunque más de una vez se sentía cansada. Lo continuó hasta la muerte de aquél, así como continuó siempre a su lado, a pesar de que la solicitaban otras tentaciones. Ella, los dos nietos, la nieta que murió al siguiente año, el pintor Meyer, acompañaban su reclusión. Goethe quiso dominar su pena. “Me mantiene la idea del deber —escribió a Zelter—. El cuerpo debe, el espíritu quiere.” Pero a los pocos días de recibir la noticia sobre el fallecimiento de su hijo, sufrió una grave hemorragia. Se enderezó aún “sobre las tumbas” y siguió labrando su *Fausto*. Había alcanzado los ochenta y dos años, y quería salvar definitivamente a su héroe, como esperaba salvarse él mismo —más allá de las ortodoxias—, por su lealtad para la vida, que viene a ser, con la resignación, la verdadera figura de su mística.

Los días de sol, paseaba con sus nietecitos. La salud amenguaba. Los pulmones nunca se restablecieron después de la última hemorragia. Cayó en cama a mediados de marzo de 1832. En vano pretendía leer los libros recién llegados. Se hizo instalar en un sillón. El día 22 deliraba dulcemente. Creía ver por el suelo una carta de Schiller, y allá, entre las penumbras de la alcoba, una hermosa mujer coronada de rizados negros. ¿Será un recuerdo de la Condesa de Vaudreuil, esposa del ministro de Francia, último arrobo de sus ojos? Tal vez una síntesis de todas las bellezas que contempló en su vida, algo como una Helena evocada de las sombras para acompañar el tránsito de “Fausto”. Comenzaba la primavera. Murió cerca de mediodía.

Dejaba trazados mil senderos: el lirismo personal, el drama gótico, el romanticismo, la moderna tragedia, un nuevo clasicismo y el concepto de la “literatura mundial”; el entendimiento filosófico de la ciencia, el transformismo y el darwinismo; el sentido general de lo europeo y la futura sociedad de naciones; el ideal de superación constante y de sabiduría moral; el respeto del orden divino y la liberal comprensión del orden humano; la reivindicación de la poesía como trama y como norte de la existencia.

Más que un iniciador, Goethe es una composición armoniosa —después de él nunca superada— entre todos los intereses de la acción y la meditación; una gran síntesis humana con quien era útil, y sigue siéndolo, confrontar las conquistas particulares de la investigación, del arte y de la conducta; y a quien nos es dable referirlas por lo mismo que no fue la suya una naturaleza inaccesible ni sobrehumana, sino sometida a nuestros mismos quebrantos.

Tampoco está fuera del tiempo, ni tiene significación alguna hablar de su “ucronismo”: “Lo que más nos importa —solía decir— son las cosas de nuestra época, únicas que se reflejan en nosotros y en que nosotros nos reflejarnos con pureza cabal”. El haberse aplicado a la realidad próxima, tangible y visible —explica en su ensayo sobre Winckelmann, a propósito de los historiadores griegos— fue la cualidad por excelencia de los antiguos. Pues sólo las formas, y no los sueños abstractos, nos llevan hasta las esencias. Lo cual no significa, desde luego, que cuanto nos pase por delante tiene derecho a perturbar el necesario aislamiento del trabajo, ni tampoco significa que el pasado no nos pertenezca. Pues “no sólo están asociados los hombres cuando materialmente se juntan: también están a nuestro lado los que andan lejos y los que han dejado de existir”.

Consideremos la hora en que Goethe aparece y lo veremos sumergido en su tiempo, así como lo hemos visto, en todas sus etapas, rodeado por un cortejo de amigos o acompañado de una mujer. El racionalismo, que arranca del siglo XVII, poco después se codifica en la Ilustración y el *Aufklärung*. Para la Alemania del siglo XVIII, puede representárselo en los nombres de Leibniz o de Cristián Wolff, y viene a decirnos, en suma, que todos los males de la humanidad provienen de las pasajeras deficiencias de la cultura. Pero pronto, con Rousseau y el *Sturm und Drang*, el enigma de la vida y aun la dignidad de lo irracional reclaman sus fueros: Hamann, Herder, el joven Goethe y los primeros dramas de Schiller pueden evocar esta fase del pensamiento. Al Dios-Razón sucede el Dios-Naturaleza. La naturaleza no es ya el objeto inanimado de la ciencia, sino un sujeto, un inmenso ser palpitante.

Tales ideas estaban en el aire, no aparecen con Goethe. Las debe a sus precursores: a la Biblia, a sus estudios teológicos, a los círculos pietistas; a las universidades y a los libros; a Platón y a Plotino; a Spinoza y a Leibniz; a los pandinamistas de los siglos XV y XVI, como Paracelso, van Helmont, Basilio Valentino; a los místicos Jacobo Boehme, Swedenborg, Zizendorf, y hasta a su coetáneo Lavater; a la estética de Cudworth, Shaftesbury, Young, Sterne, al mismo Gellert, a Breitinger o a Batteux; a Klopstock, a Rousseau, a Hamann y a Herder. A todo lo cual deben unirse las lecturas y el estudio de

Shakespeare, Erwin de Steinbach, Hans Sachs, Durero, Homero y Ossían, que animan el fuego de su juventud durante la “era titánica”.

Conforme se calman los primeros ímpetus y aprende a acomodarse en la sociedad de los hombres —el Weimar de 1775 a 1805—, la evolución clásica adelanta en sucesivas etapas:

De 1775 a 1786, instalación en un orden nuevo, tránsito de la mocedad revolucionaria a la fuerza de la madurez. A un lado Carlos Augusto y sus fiestas; a otro, la lenta domesticación de Carlota de Stein; y en medio, los deberes públicos y el sentimiento social, que traen a las ciencias como de la mano, y con ellas, la revelación de las leyes universales.

De 1786 a 1788, el episodio afortunado del viaje a Italia, la libertad del arte, el valor de la felicidad, el descubrimiento de la luz.

De 1788 a 1794, el paréntesis gris de Weimar, la reclusión, el abandono de las faenas burocráticas, el provechoso escándalo de Cristiana Vulpius. Lo cual le permite reconcentrar sus azúcares y posar su vino.

De 1794 a 1805, la autofecundación por injerto, que eso vino a ser la amistad de Schiller; la guerra literaria; Weimar, capital de la inteligencia alemana. La muerte de Schiller da la hora de la vejez.

Asuma un mundo nuevo: guerras napoleónicas, Restauración, Santa Alianza, régimen de empresa capitalista, avance del maquinismo, derrame del idealismo filosófico que se elabora desde Kant hasta Hegel, romanticismo de la Joven Alemania, rápidos progresos de la ciencia y la técnica. Goethe lo ve y lo acompaña todo desde las últimas cumbres de su edad. Su clasicismo, todavía algo exclusivo, se expande en universalismo; su “tipismo” o preocupación de los paradigmas, en “simbolismo”; un simbolismo que acepta y resiste las corrientes de lo transitorio sobre el lecho de lo inmutable, de lo eterno.

Entre tanto, su curiosidad y su saber han ido abrazando ensanches que sólo se explican por su vigor mental y por la buena economía de sus fuerzas; pues no era un atleta y ni siquiera fue muy sano. El largo proceso puede resumirse en tres palabras, como quiere Lichtenberger: revolución, clasicismo y mística. Pero siempre que se tomen en cuenta la fluidez y el ir y venir incesante de aquella naturaleza dotada de rara plasticidad. La verdad es que conviene acostumbrarse a entender a Goethe como un caso de simultaneidad prodigiosa; no de eclecticismo, no de yuxtaposición artificiosa, sino de viviente integridad. De aquí que los juicios más encontrados parezcan convenirle a un tiempo, según la fase que se contemple.

Criatura de Apolo y de Dioniso, es medida desmesurada. Se escabulle como Proteo y escapa en el vuelo de Euforión. Es fiel y es voluble en sus amores; nunca falsamente seductor, sino sinceramente ofrecido. Se da y se recobra, se enloquece y se salva. Vende el alma al diablo, y no se la entrega. Sale incólume de sus propias tormentas, pero resiente los terremotos lejanos y los eclipses de las estrellas. En una constante coartada, es una presencia constante. Mucha sustancia natural ha entrado con Goethe en la literatura. Habla tan cerca de su pensamiento y piensa tan cerca de su vida, que vence el oficio conceptual del lenguaje y sus palabras parecen hechos. Mezcla de algún modo la

voluntad del Occidente y la resignación del Oriente. Concilia el espíritu del Norte y del Mediodía, y cuenta sus dineros de bárbaro septentrional sobre el mosaico romano. No acabamos de darle mate, porque se nos sale del tablero. Es inabarcable, y a veces, también invisible. ¿Cómo poner sitio al grande abuelo? Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta. Él ha dado por consigna a su alma: ¡Fuego en toda la línea!

NOTAS

¹ Müller, 3-IV-1824.

² Müller: 2-X-1808; Falk.: 2-X-1808; notas de G. a Müller: 14-II-1824, redactadas por reiteradas instancias de éste (23-XII-1822 y 14-II-1824); carta de Bonstetten a Federica Brun: 16-X-1825.-El relato de Müller no es idéntico a las notas de G. Según éste, Napoleón lo saludó diciéndole: “Es usted un hombre”, y durante la charla le repetía sus frases dándoles un giro más contundente. Todavía en 9-VI-1814, G. decía a Müller: “Nunca he contado todo lo que hubo en mi entrevista con Napoleón para evitar hablillas”.

³ Müller: 17-XI-1823.

⁴ Eck. 30-III-1824.

⁵ Müller: 23 y 25-IX-1823.

⁶ En los *Anales* y en una entrevista con Ticknor aludida en las *Conversaciones* de Biedermann, habla de *Lara* y del *Corsario*, 1816. Ver también Müller: 18 y 19-I-1820, y 12-X-1823; *Anales*, 15-I-1825. Los testimonios de su entusiasmo por Byron abundan en Eck., Müller, Soret; en sus cartas a Knebel, a Boisserée, etc. En 1819, lo comprueban los norte-americanos Cogswell y George Bancroft. Respecto al *Beppo*, Eck. (8-XI-1826) dice haber comprendido a la lectura de esta obra ciertas observaciones de G. sobre algunos deslices del realismo pedestre, pero no dice que G. la haya leído. Errores de época: G. tenía por obras de Byron *El Vampiro*, de Polidori—por lo demás, sugerido a Polidori por Byron—, y la *Oda a la muerte del General Moore*, de Wolfe. Acaso los excesivos elogios que sobre esta obra se le atribuyen sean imputables a la pluma de Müller (25-II-1820, y 20-XI-1824).

⁷ Eck.: 19-X-1823, 3-XII-1824, 24-II y 25-XII-1825. 18-I y 5-VII-1827; 3ª pte.: 14-III y 14-IX-1830, 21-III-1831. Soret: 25-V-1824, 28-IV-1825, 14-III-1830. Müller: 1-VI-1825.

⁸ Eck.: 24-II y 8-III-1824, 20-VI-1827.

⁹ Eck.: 25-II-1824; 5-VII-1827.

¹⁰ Cartas de G. a Benecke: 12-XI-1822; a Boisserée: 12-I-1823; a Noes von Esenbeck.: 2-II-1823. Eck.: 26-III-1826.

¹¹ Eck.: 24-II y 11-VI-1825.

¹² Eck.: 15-VII-1827. Soret: 28-IV-1825.

¹³ Eck.: 16-XI-1823.

¹⁴ Eck.: 5-VII-1827.

¹⁵ Müller: 18 y 29-I-1820.

¹⁶ Müller: 27-V y 17-XI-1823.

¹⁷ Leghorn: 24-VII-1823.

¹⁸ Eck.: 4-XII-1823.

¹⁹ Eck.: 26-II-1826. Tiempo después, G. hacía a Eck. el elogio de los ingleses que pasaban por Weimar, de su aplomo y su garbo. Y añadía melancólicamente: “Y yo, buen padre de familia alemán a quien importa la felicidad de los suyos, siento un leve escalofrío cuando mi nuera me anuncia la llegada de otro joven inglés... Son

gente peligrosa, y en serlo está su mayor virtud”. (Eck.: 3ª pte., 12-III-1828.) Por supuesto que el discreto Eck. sólo publicó este pasaje en la tercera parte de sus *Conversaciones*, que circuló en 1849, cuando ya habían muerto Augusto y Goethe, y cuando ya Otilia había desaparecido de la escena. Ella, tras el fallecimiento de G., abandonó Weimar precisamente en compañía de Sterling; vivió luego con Gustavo Kühne (1806-1888), escritor de la joven Alemania revolucionaria, y, después, en Viena, con el doctor Seligmann. Regresó a Weimar y se extinguió en la pobreza, año 1872.

²⁰ Eck.: 16-XII-1828.

²¹ Müller: 13-VI-1824.

²² Müller: 4-XI-1823.

²³ “Los quince amigos de Inglaterra”: Th. y J. Carlyle, W. Scott, Southey, Wordsworth, J. G. Lockhart, Procter, Lord Levenson Gower, W. Fraser (de la *Foreign Review*), Maggin, Heraud (del *Fraser’s Magazine*), G. Moir (traductor del *Wallenstein*), Churchill, Jerdan (de la *Literary Gazette*) y John Wilson (del *Blackwood*).

²⁴ Testimonio de Jenny van Pappenheim, citado por los biógrafos.

NOTA ADICIONAL a la p. 149:

El año de 1816, Lota Kestner (la inspiradora del *Werther*), ya viuda, sesentona y madre de doce hijos, visitó en Weimar a una de sus hermanas que allí vivía casada, y se encontró nuevamente con Goethe. La entrevista fue ceremonial. No quedaba el menor rescoldo de la hoguera de antaño. La terrible descarga había quemado los plomos, y el tiempo había hecho su obra. Sin duda aquel cambio de cortesías huecas es el tipo de las emociones inútiles que tanto amedrentaban a Goethe.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I LAS JORNADAS HEROICAS. 1749-1775

1. El primer Fráncfort
2. Leipzig
3. El segundo Fráncfort
4. Estrasburgo
5. El tercer Fráncfort
6. Wetzlar
7. El cuarto Fráncfort
8. El torbellino

NOTAS

II UN ALTO EN WEIMAR. Noviembre de 1775-septiembre de 1786

1. Toma de posición
2. El servicio público
3. Carlota de Stein
4. Nuevos derroteros

NOTAS

III ITALIA. 1786-1788

1. Sentido de la fuga a Italia
2. La nueva metamorfosis
3. El orden natural
4. El orden artístico
5. El orden social

NOTAS

IV EL SEGUNDO WEIMAR. Junio de 1788-julio de 1794

1. Inquietud y serenidad
2. El nido en la soledad

3. Cuadro de guerra
 4. Hacia la integración
- NOTAS

V GOETHE Y SCHILLER. 24 de junio de 1794-9 demayo de 1805

1. El camino de Schiller
 2. La atracción indecisa
 3. La cátedra de Jena
 4. La marea kantiana
 5. La amistad
 6. Las dos verdades
 7. La colaboración
- NOTAS

VI ÚLTIMAS CUMBRES. 1805-22 de mayo de 1832

1. Napoleón
 2. Minna, Bettina y Mariana
 3. El infierno de Weimar y el sueño de Marienbad
 4. El paso de Byron
 5. La muerte
- NOTAS

Con motivo del centenario de la muerte de Goethe, Alfonso Reyes dedicó al poeta alemán algunas páginas en la revista *Sur*, que con el tiempo regresarían al telar hasta convertirse en este libro. Entre la crítica literaria y la biografía, la obra recorre la evolución intelectual del autor, al tiempo que reflexiona sobre las vivencias esenciales de su tortuosa jornada hacia la sabiduría.

Es tan íntima la relación entre la vida de Goethe, su pensamiento y su obra —nos dice Reyes— que no se puede entender sin recordar los principales accidentes de su viaje terrestre. Para estimarlo con justicia no hay más remedio que *verlo acontecer*, aplicando aquella regla que él mismo dictaba: “ver acontecer las cosas es el mejor modo de explicarlas”. *Trayectoria de Goethe* esclarece el doble camino entre este artista y su medio, a través de la tupida red de circunstancias que gobernaron su existencia. Es además una “verdadera rosa de los vientos” que, a más de cinco décadas de su publicación, continúa guiando los trabajos en torno a la vida y obra del genio de Weimar.

ALFONSO REYES (México, 1889-1959), abogado, diplomático, escritor, poeta, traductor, periodista y fundador de El Colegio de México y de El Colegio Nacional, fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. En 1945 recibió el Premio Nacional de Literatura. Fungió como encargado de negocios *ad interim* en España (1921 y 1922-1924), como ministro en Francia (1924-1927) y como embajador en Argentina (1927-1930, 1936 y 1937) y Brasil (1930-1936). El FCE ha recogido sus *Obras completas* en 26 volúmenes.

Índice

INTRODUCCIÓN	7
I LAS JORNADAS HEROICAS. 1749-1775	10
1. El primer Fráncfort	10
2. Leipzig	11
3. El segundo Fráncfort	12
4. Estrasburgo	13
5. El tercer Fráncfort	15
6. Wetzlar	15
7. El cuarto Fráncfort	16
8. El torbellino	18
NOTAS	22
II UN ALTO EN WEIMAR. Noviembre de 1775-septiembre de 1786	24
1. Toma de posición	24
2. El servicio público	25
3. Carlota de Stein	28
4. Nuevos derroteros	29
NOTAS	32
III ITALIA. 1786-1788	33
1. Sentido de la fuga a Italia	33
2. La nueva metamorfosis	35
3. El orden natural	37
4. El orden artístico	38
5. El orden social	40
NOTAS	45
IV EL SEGUNDO WEIMAR. Junio de 1788-julio de 1794	46
1. Inquietud y serenidad	46
2. El nido en la soledad	51
3. Cuadro de guerra	54
4. Hacia la integración	58
NOTAS	61
V GOETHE Y SCHILLER. 24 de junio de 1794-9 de mayo de 1805	

V GOETHE Y SCHILLER. 24 de junio de 1794-9 demayo de 1805

1. El camino de Schiller	63
2. La atracción indecisa	65
3. La cátedra de Jena	67
4. La marea kantiana	69
5. La amistad	72
6. Las dos verdades	75
7. La colaboración	77
NOTAS	79
VI ÚLTIMAS CUMBRES. 1805-22 de mayo de 1832	81
1. Napoleón	81
2. Minna, Bettina y Mariana	83
3. El infierno de Weimar y el sueño de Marienbad	85
4. El paso de Byron	88
5. La muerte	93
NOTAS	98
ÍNDICE	100